



Ariadna Baker

DANIELA

Y SUS GIROS

TRILOGÍA "NO MÁS MENTIRAS" 2

Ariadna Baker

DANIELA

Y SUS GIROS

TRILOGÍA "NO MÁS MENTIRAS" 2

Ariadna Baker

DANIELA

Y SUS GIROS

TRILOGÍA "NO MÁS MENTIRAS" 2

Primera edición.

Daniela y sus giros. Trilogía “No más mentiras” n°2

©Ariadna Baker.

©Noviembre, 2021.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

Primera edición.

Daniela y sus giros. Trilogía “No más mentiras” n°2

©Ariadna Baker.

©Noviembre, 2021.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[RRSS](#)

[RRSS](#)

Capítulo 1



Si antes había creído vivir los peores vuelos de mi vida, este se ganó la palma.

Veintitrés horas fueron las que tardé en llegar a Phuket, sí a Tailandia, ese lugar en el que empezó todo y al que quería regresar para buscar muchas respuestas.

Tuve que hacer escala en otro país, por lo que fue el viaje más largo, doloroso y solitario que había vivido nunca.

Lloré al igual que ahora lo hacía montada en ese ferry que me llevaría a la isla de Koh Phi Phi. Lo primero que sabría es si era verdad lo que me había dicho Delvin, de que él no era el director nuevo en Las Maldivas y que seguía teniendo aquí su puesto.

Si así era, quería tener muchas más respuestas que, por supuesto, ya nada iban a cambiar lo sucedido. Pero no quería regresar a España envuelta en mil preguntas y dudas que harían comerme la cabeza aún más.

Quería cerrar el pasado, hacerlo sabiendo quién era quién, pero vamos que, con la foto de Ethan, de él poco más me importaba saber, que más daño que ese.

Nadie me esperaba por lo cuál pagué a un chico con un carrito para que me llevara todo y me fui andando por el camino de madera hasta llegar al hotel donde me fui directa al despacho de Delvin, si no lo encontraba, ya preguntaría.

La chica de recepción me miró sorprendida y le pedí que me vigilara el equipaje.

Fui directa al despacho y di dos golpes en la puerta. Su voz me indicó que entrara.

La cara de ese hombre al verme fue impactante, creo que se le subió la tensión, la bilirrubina y hasta los huevos a la garganta.

—Daniela...

—La misma —sonreí.

—No imaginé que vinieras.

—Pues ya ves, retornando al principio de los orígenes —me puse delante de él, de pie, no me apetecía darle dos besos.

—¿Qué te trajo hasta aquí?

—Quiero tener respuestas de todo, absolutamente de todo.

—Entiendo.

—No, no lo entiendes y nadie me va a entender, pero con saber lo que necesito y que me lo aclares, me es suficiente.

—¿Comemos juntos?

—Vale. Antes asígname una cabaña para que deje mis cosas.

—Puedes quedarte en mi...

—Ni se te ocurra decirlo —murmuré advirtiéndole con el dedo—. Si piensas que volví para abrirme de piernas, estás muy equivocado.

—No iba por ahí.

—Más te vale.

Levantó el teléfono y le dijo a la chica de recepción que me alojara en la cabaña Premium de las de delante.

—Ya te están llevando allí las maletas.

—En media hora nos vemos en el restaurante de la playa.

—Vale.

Salí de allí y me fui para la cabaña, allí estaba el chico metiendo todas las cosas. Le di una propina y se marchó.

Ver a Delvin me trajo muchas más preguntas y recuerdos que se habían dormido en mi mente y que de repente, por arte de magia se hacían de lo más latentes.

Coloqué todo, me duché y puse cómoda. Salí para el restaurante y ya estaba allí sentado, por cierto, sin uniforme.

—Pedí pescado a la plancha con verduras.

—Perfecto, de todas formas, no creo que coma mucho. Quiero que me cuentes la verdad, pero toda la verdad.

—Todo esto tiene un principio...

—Pues cuéntamelo, tengo todo el tiempo del mundo.

—Comenzó todo cuando os ofrecimos a todos los de la agencia que vinierais a conocer el resort. Un día sin esperarlo vimos que tanto tú, como Marisa ibais a venir. Se lo dije a Mikel, ya que era íntimo amigo y además por una cuestión de una imagen para la firma, se creó un grupo con Ethan y por ahí fue donde dije lo de vuestra visita

—Sigue —murmuré cuando se hizo un silencio.

—Ahí fue cuando Mikel, me dijo muchas veces que me liara con alguna de las españolas y Ethan no dejaba de repetir que directamente a orgía, que os diera por mí y por ellos.

—Que asco... —murmuré con tristeza, negando.

—Cuando le dije que me había liado contigo y les conté lo de la orgía, Ethan dijo que te tenía que probar y de ahí a preparar lo de Las Maldivas donde me alojé unos días, pero no era el director. Vamos me avisaron tres días antes.

—Él no sabía que iba a venir.

—Sí, tres días antes me lo dijo, el mismo día del evento.

—¿Martha también me vendió?

—Siempre, es más, ella estuvo liada con Ethan.

—No me lo puedo creer... —me eché el pelo hacia atrás y cogí aire, ese que me faltaba en todo momento.

Me contó todo de una forma que comenzó a cuadrarme.

—Yo me enamoré de ti.

—Si te hubieses enamorado, no habrías permitido que jugaran conmigo —me levanté—. Tengo que ir a hacer

algo.

Me alejé y me fui andando hacia la cabaña de Carles, por su cara supe que no estaba avisado de que estaba en la isla.

—Daniela, ¿qué haces aquí?

—Vengo a buscar muchas respuestas —lo abracé, a él, le tenía un gran cariño.

—¿Con quién viniste?

—Sola —murmuré, echándome a llorar.

—No llores, princesa, no llores —besaba mi cabeza.

—He estado hablando con Delvin y me contó que... —le relaté todo lo que me había dicho.

—Yo sabía que Delvin no estaba jugando limpio.

—Pero lo de las drogas...

—Alguien te la echó, de esas no te das cuentas que estás bajo los efectos, pero lo estás.

—Ahora comí con Delvin y ni bebí de la copa, no me fiaba —negué.

—No sé si fue él o los otros que participaron. Delvin lo pasó muy mal cuando te fuiste, pero también sabía que iba a volver a jugar con lo de Las Maldivas y fui para protegerte, pero ya lo hizo Ethan. No pensé que él también estuviera metido en el juego.

—Me voy a volver loca —lo abracé de nuevo y es que necesitaba ese abrazo, lo necesitaba de verdad.

—No llores más, princesa, no llores más que me duele mucho verte así.

Me dio de comer un poco de sopa que tenía en la cazuela, le conté todo lo vivido desde que me fui y lloró, lloró sabiendo todo lo que había perdido y lo que ahora me había pasado.

Sabía que él era sincero y buena persona, pero le unía algo a Delvin que no me quería contar, pero se las tenía guardada. Al igual que fue sincero diciendo que Delvin estaba mal, arrepentido y que le había dicho muchas veces que actuó mal conmigo, pero que me amaba.

Estuve toda la tarde con Carles sentada y echada sobre su pecho, charlando mientras él me acariciaba el hombro.

Era una gran persona, de las mejores del mundo.

Delvin sabía que estaba con él y no lo molestó en todo el día para nada, respetó este momento que sabía que yo también quería tener. De todas formas, notaba todo muy cambiado. A Carles más protector que nunca y eso que ya lo era.

Esa noche me quedé a dormir con él, en su cama, como dos amigos, sabía que no le tenía que decir nada porque él me iba a respetar, sabía que ese hombre lo era de verdad. Un señor de los pies a la cabeza y un amigo de corazón.

Era una gran persona, de las mejores del mundo.

Delvin sabía que estaba con él y no lo molestó en todo el día para nada, respetó este momento que sabía que yo también quería tener. De todas formas, notaba todo muy cambiado. A Carles más protector que nunca y eso que ya lo era.

Esa noche me quedé a dormir con él, en su cama, como dos amigos, sabía que no le tenía que decir nada porque él me iba a respetar, sabía que ese hombre lo era de verdad. Un señor de los pies a la cabeza y un amigo de corazón.

Capítulo 2



Tenía los ojos muy hinchados de todo lo que había llorado los dos últimos días y más, el día anterior con Carles, ahí fue cuando solté todo ese dolor que habitaba en mí.

Tenía varios mensajes de Martha que dejé en visto, me preguntaba preocupada, me hablaba, pero me daba igual, al final, era como ellos.

Fui a la cocina donde estaba Carles, preparando el desayuno. Lo abracé, cogí un café y me salí a hablar con Marisa.

Estaba flipando con toda la información, lo más gracioso es que Martha, no había tenido cojones de contarle nada

Yo sí le conté lo de Ethan y mi decisión de venir, lo hice en el cambio de avión que tuve que esperar unas horas y ahora le informé de mi charla con Delvin y Carles.

Lo de Martha le dolió mucho, decía de echarla, pero le dije que no, que ahí la íbamos a dejar y que el Karma actuaría, eso sí, ninguna de las dos le íbamos a hablar ni a contestar a nada. Si quería saber que se comprara un libro.

—Me quedaré aquí unos días, quiero irme cuando esté mejor, no quiero regresar a mi casa en este estado.

—Tranquila, tómate el tiempo que necesites, yo te mando lo que haya que hacer y tú lo vas trabajando desde allí. Ten cuidado y no te metas en más historias.

—Tranquila. Te quiero.

—Yo a ti más.

Me giré al notar el abrazo de Carles y me abracé a él.

—He escuchado que te quedas hasta estar mejor.

—Sí, además va a correr por cuenta del hotel o lo hecho a arder —reí.

—No hará falta —sonrió.

Me voy a la cabaña, necesito dar el número nuevo de teléfono a varias personas. Lo saqué en la terminal del transbordo y solo se lo di a Martha y Marisa. Tengo que mandarlo a mucha gente y recuperar del ordenador los contactos.

—¿Qué hiciste con el otro móvil?

—Partirlo contra el suelo del rancho de Ethan —sonreí con tristeza mientras me alejaba a la cabaña.

Sí que había que estar muy loca para después de todo lo vivido, volver aquí, pero, ¿qué tenía que perder ya?

Muchas cosas las tenía clara como el agua, otras se me iban de las manos, pero lo fundamental es que sabía, que ni Delvin ni Ethan jugaron limpio, pero, ¿qué ganaba Ethan con todo esto? Siempre iba a tener un buen papel por parte de mi agencia, no sé, lo veía todo tan macabro y sin sentido, que me parecía surrealista hasta donde podía llegar la mente humana.

Me senté en la terracita de mi cabaña con el ordenador y el móvil nuevo, pasé la información y seleccioné a quién mandar mi número, a todos menos a Ethan. Aunque eso era una tontería, porque con dos llamadas lo conseguiría.

Tiré una foto de mi ordenador en la mesa, la piscina y el fondo de la playa, lo subí a las redes con el siguiente texto.

“A veces, es mejor regresar a algunos lugares para poder tener todas las respuestas, por mucho que duelan”

Me puse a trabajar hasta el mediodía, que me trajeron un menú de refresco con patatas y hamburguesas, me encantaban las que hacían aquí.

—Dice el señor Delvin que toda la estancia y lo que pidas, correrá a su cargo —murmuró el chico.

—Dile que Dios lo bendiga — dije con una ironía que no se apreció, pero que Delvin iba a entender.

—Claro y a usted también.

—Igualmente —sonreí.

Comí a duras penas, pero sabía que me tenía que obligar a mí misma, por primera vez veía mis caderas marcadas por completo por esos huesos que tenía a cada lado.

Miré las redes y me metí en la de Ethan, sí, así de tonta era yo, me mortificaba a mí misma y es que lo había amado tanto, que esta caída había sido la más grande de mi vida.

Me encontré una foto de él sentado en el suelo con Quick y Billa sobre sus piernas.

“Ojalá algunas personas hubieran sabido amarme como ustedes dos lo hacen”

Me dieron ganas de decirle que era un cuentacuentos y que tenía una poca vergüenza increíble, pero no, no iba a caer tan bajo de dirigirme a él. Que siguiera engañando al mundo y haciendo ver que era un hombre de verdad, de esos que él no conoce ni el significado, pero que vendía a la perfección.

Me sequé las lágrimas, el verlo me dolía mucho, por mucho que me hubiera desencantado, ese amor seguía ahí y lo echaba de menos lo más grande. Esa era la puta realidad, que lo amaba con toda mi alma y solo un abrazo de él aliviaría mucho de mi dolor, por muy paradójico que sonara, pero lo necesitaba con todas mis fuerzas.

i

Obvio que ni aún teniéndolo delante lo abrazaría, para mí iba a morir de alguna forma u otra...

Lo que no podía entender es como una persona que no tiene sentimientos puros hacia ti ¿Cómo te podía mirar como si el mundo se detuviera? ¿Cómo podía hacerte sentir que lo eras todo para él? Bueno, siendo francos era muy fácil. Era uno de los mejores actores de Hollywood...

No se trataba de ser mejor o peor persona, se trataba de principios, esos que él no tenía y que sin embargo el resto del mundo lo tenía como el ejemplo a seguir. Increíble, pero cierto.

Después de trabajar hasta las seis de la tarde, me fui andando a buscar a Carles, sabía que a esa hora iba a estar por la cabaña.

Me abrazó al verme, siempre tenía un abrazo para mí y una sonrisa. Me llenó de besos en la mejilla, mientras me zarandeaba con cariño en ese abrazo.

Me agarró de la mano y nos fuimos a pasear por la orilla, charlando, abrazándonos como dos amigos que están ahí en un momento como ese.

Él sabía el dolor que tenía en mí, sobre todo por lo de Ethan, y a lo que había que añadir lo de la pérdida de mis padres, eso era el colmo de las desgracias. Me hubiera encantado tenerlos en estos momentos.

Paseamos un buen rato hasta sentarnos en la orilla a charlar y luego darnos un baño.

Hablar con Carles, era entrar en una espiral de serenidad, calma, paz, sabía escuchar como nadie y aconsejar con toda la humildad del mundo, jamás decía nada que te pudiera doler, medía esas palabras para no romper ese hilo

tan sereno de conversación.

Regresamos a su casa y nos preparamos unos sándwiches que nos comimos en el sofá donde nos quedamos dormidos dos horas después.

Desperté cuando noté que me cogió en brazos para llevarme a la cama.

Así era él, un hombre de los pies a la cabeza, no el que me enamoró, pero si en el que vi, que algo nos uniría desde el cariño para siempre.

r

í

tan sereno de conversación.

Regresamos a su casa y nos preparamos unos sándwiches que nos comimos en el sofá donde nos quedamos dormidos dos horas después.

Desperté cuando noté que me cogió en brazos para llevarme a la cama.

Así era él, un hombre de los pies a la cabeza, no el que me enamoró, pero si en el que vi, que algo nos uniría desde el cariño para siempre.

Capítulo 3



No, no me podía creer lo que estaba escuchando cuando aparecí por la cocina de Carles.

—¿Qué cojones haces cantando por Andy y Lucas? —sonreí escuchando esa canción y él tarareándola. Un tema precioso llamado “Por ella”.

—*Pero es que no me atrevo a decir que la quiero, nos une una amistad más bonita que el cielo* —puso un café en mi mano y me dio un beso en la mejilla.

Siguió cantándola y yo con él ¡Fue un momentazo!

—¿Escuchas a Andy y Lucas?

—Sí, tuve una amiga de España que vivía en New York y que siempre me las cantaba, me las pegó por completo.

—Y te recuerdo a ella... —sonreí.

—Para nada, pero esta canción sí.

—¿No te atreves a decir que me quieres?

—*Y es que no me atrevo a decir que la quiero....* —volvió a murmurar cantando.

—Yo sí que te quiero, por la gran persona que eres Carles —nos abrazamos.

Ese día él iba a Phuket a unas gestiones al banco, así que se iba rápido y yo me fui a la cabaña a trabajar en aquella mesita que se iba a convertir en mi despacho durante unos días.

Me senté y pedí que me trajeran un café. Mi sorpresa fue mayúscula cuando apareció Delvin con la taza en la mano.

—Buenos días —sonreí.

—Buenos días, guapa. No te quise molestar con anterioridad.

—Mejor —sonreí viendo que se sentaba.

—¿Qué tal estás?

—Bueno, con una procesión muy grande por dentro, pero viva, que no es poco.

—Quiero pedirte perdón por todo lo que hice —me miró con esa mirada que un día hizo latir mi corazón.

—Tranquilo, con que no me eches del hotel durante los días que tarde en coger un poco de fuerzas, me es suficiente.

—Puedes quedarte todo el tiempo del mundo.

—Gracias, Delvin.

—¿Te apetece que comamos juntos en el restaurante luego?

—No mucho, pero ahí estaré.

—Te lo agradezco.

—Nada que agradecer.

Se levantó y se marchó.

Miré el móvil y me seguían llegando mensajes de Martha, se le veía desesperada porque le respondiera, pero eso de dejarla en visto, era lo mínimo que podía hacer por esa falsa sin escrúpulos.

Marisa me llamó casi a la una de la tarde.

—Hola, preciosa.

—Hola, amore mío, tengo que darte una noticia.

—¿Buena o mala?

—Las dos cosas.

—Suelta y dispara.

—Nos van a dar un premio en Hollywood a las dos.

—¿Un premio por gilipollas?

—No, por mejor decisión en papeles.

—¿En serio?

—Sí.

—¿Y la mala?

—A Ethan, se lo van a dar a mejor actor.

—Eso no lo dudo, pero al mejor de todos, los papelones que hace dentro y fuera del cine son de reconocérselo y ponernos a sus pies —murmuré con ironía.

—¿Vamos a ir?

—¿Cuándo es?

—En diez días.

—Nos vemos allí y ya me vuelvo contigo para España.

—¿Estás preparada para encontrártelo?

—No, pero tampoco lo estuve para muchas cosas y lo afronté.

—Creo que irán todos los de la sede de California.

—Si te refieres a Martha, allí la espero —dije a modo de reto.

—Eso es, que nos espere —contestó de la misma manera que yo.

Colgué y seguí trabajando hasta las dos que me fui al restaurante donde ya estaba Delvin esperando.

Estaba guapísimo y es que el tipo valía un montón, al menos físicamente. De la otra manera me desconcertaba por

completo, no sabía si es que se le fue la olla en su día, o que era así por naturaleza.

—Una botella de vino cerrada, por favor —le dijo al camarero y se me escapó una risa—. No quiero que, como los otros días, te quedes sin beber.

—Ya, ya, vigilaré cada movimiento del camarero, no me fio de ti ni de nadie de aquí.

—¿Ni de Carles?

—De él, sí —sonreí.

—¿Y en qué se diferencia de mí? —Arqueó la ceja.

—En muchas cosas, créeme que sí.

—No es justo que sabiendo que estamos en el mismo barco, le des ese favoritismo.

—¿Tú me hablas de justicia?

—Me duele, sé que no actué bien contando las cosas ni arrastrándote a algo que entiendo que no te pertenecía, pero pensé que disfrutaste haciéndolas, pero de ahí, a cargar solo con toda la culpa, creo que es injusto.

—No tú solo no, las están cargando unos cuantos más, pero tranquilo, sé la gran parte de culpa que tuve yo por fiarme, de todas maneras, si estoy aquí, es porque no te guardo tanto rencor.

—Pero no volverías a estar conmigo.

—Por supuesto que no...

—Te echo mucho de menos.

—Yo también echo de menos a Ethan y no por eso me voy a volver a liar con él jamás. Es más, ni a mirarlo a la cara.

—No se lo merece. Tuvo la oportunidad de tenerte y la perdió.

—Tampoco vengas a dar clases de moralidad.

—Sigo sin entender tu inquina hacia mí y no a Carles.

—No lo metas, hazme el favor, no lo metas.

—Vale —murmuró a desganadas.

Había algo que no entendía ¿Por qué aceptó hacer lo de Las Maldivas si se suponía que sentía algo por mí?

No, no se lo iba a preguntar porque no me hacían faltas más respuestas y porque realmente la parte que más me dolía era la de Ethan, sinceramente. ¿Para qué andar rascando donde ya no hacía falta?

Después de todo, de Delvin quería quedarme con momentos bonitos que vivimos y sentí de verdad, al menos yo, no era rencorosa, sabía que no me obligó a ir a esa cena y esas cosas, pero me daba mucha rabia que, como hombre, hubiera permitido esos juegos que se traían Mikel y el hijo de puta de Ethan.

Después de comer me fui en lancha con Delvin a la isla de “Leonardo di Caprio” como yo le decía.

Pedimos dos cervezas y nos sentamos en la orilla del mar.

—Este lugar me trae muchos recuerdos —sonreí, recordando a Aitor.

—Está lleno de magia, todo el que la pisa se queda prendado de ella.

—Koh Phi Phi también atrapa...

—Sí, yo estoy encantado de estar aquí.

—¿Con tus fiestas de orgías?

—No, eso no es habitual. Me duele que eso nos hizo una brecha muy grande y sabes que al final me di cuenta porque ni aguantaba verte con Carles.

—Me da pena no creer en ti, pero es que no puedo, hay algo que me dice que fuiste muy consciente de todo y te dio igual hacerlo.

—Me gustabas, pero no a los límites de los que me enamoré luego.

—Eso no justifica nada.

—Lo sé, no actué bien, pero mi parte fue reír con los chicos y lo de Las Maldivas. Pensé que lo de la orgía lo hacías porque querías y no pensé en ningún momento que te habían echado nada.

—Cada vez tengo más claro que sí.

—Pero no fui yo.

—Puede ser, pero bueno, no sé si fue peor lo de mandarme a manos de Ethan de esa manera. ¿Qué te llevó a hacerlo?

—Hay cosas que me unen a Mikel y que no entenderías.

—Pues entonces no me apreciabas ni un poquito, por mucho que te ate, si yo te gustaba como dices, no me habría mandado con Ethan con tu aparición y todo lo que preparasteis. No hubiese permitido que te echaran la culpa de lo de las drogas. No habrías permitido que jugaran conmigo.

—Ojalá algún día pueda explicarte lo que hoy no puedo.

—Será muy tarde.

—Ya lo es de todas formas.

—Sí, tienes razón —murmuré.

Nos dio allí el atardecer, de todas maneras, le puse un mensaje a Carles diciendo que estaba bien y que lo vería al día siguiente.

De allí nos fuimos a cenar al restaurante de la playa y luego me acompañó a mi cabaña.

—Descansa y gracias por este día que hemos compartido.

—No hay de qué, Delvin.

Me dio un beso en la mejilla y me metí en la cabaña.

—Pero no fui yo.

—Puede ser, pero bueno, no sé si fue peor lo de mandarme a manos de Ethan de esa manera. ¿Qué te llevó a hacerlo?

—Hay cosas que me unen a Mikel y que no entenderías.

—Pues entonces no me apreciabas ni un poquito, por mucho que te ate, si yo te gustaba como dices, no me habrías mandado con Ethan con tu aparición y todo lo que preparasteis. No hubiese permitido que te echaran la culpa de lo de las drogas. No habrías permitido que jugaran conmigo.

—Ojalá algún día pueda explicarte lo que hoy no puedo.

—Será muy tarde.

—Ya lo es de todas formas.

—Sí, tienes razón —murmuré.

Nos dio allí el atardecer, de todas maneras, le puse un mensaje a Carles diciendo que estaba bien y que lo vería al día siguiente.

De allí nos fuimos a cenar al restaurante de la playa y luego me acompañó a mi cabaña.

—Descansa y gracias por este día que hemos compartido.

—No hay de qué, Delvin.

Me dio un beso en la mejilla y me metí en la cabaña.

Capítulo 4



Esa mañana desayuné en mi mesa de trabajo como ya la tenía bautizada.

Me había levantado de lo más triste y las lágrimas no me dejaban de brotar.

No había vuelto a mirar la red de Ethan, desde que puso aquella foto con Quick y Billa, pero esta mañana no lo pude evitar.

Parecía que me había llamado y es que, desde aquel post de la foto con los perros, no había puesto nada hasta hace cinco minutos.

Salía sentado en el capó delantero de su coche con las piernas cruzadas, descalzo, sin calcetines, como a él le gustaba estar por allí. Se le veía serio, la imagen era espectacular, si algo tenía es que de cualquier manera estaba guapísimo. Un texto acompañaba la imagen...

“Es difícil entender como algo tan bonito se pudo esfumar entre mis dedos...”

Era para ver los comentarios, esos típicos que no sabían a qué se refería, pero por dorarle la píldora le ponían de todo.

“Entonces no sería tan bonito, seguro que no te llegaba a la suela de los zapatos”

“Ella se lo pierda, otro como tú, no existe”

“Que le jodan, ella se lo perdió”

Cosas así, sin sentido porque nadie sabía de quién estaba hablando ni de qué se trataba, así de estúpido era el ser humano que a veces, por caer bien, hace comentarios fuera de lugar, sin importarle que la otra persona puede que tenga la respuesta a todo eso.

De nuevo las lágrimas no dejaban de brotarme por las mejillas. Me daba rabia mirarlo en esa foto y sentir eso tan

grande que sentía por ese ser tan despreciable, pero es que no lo podía olvidar, no podía arrancarlo de mi cabeza, ni mucho menos de mi corazón.

Carles apareció y se puso de cuclillas junto a mí, y me abrazó.

—¿Qué te pasa, princesa?

—Mi corazón está destrozado en mil pedazos.

—No sabes lo que me duele verte así.

—Lo sé —le acaricié la barbilla y le señalé la silla para que se sentara a mi lado.

Llamé para que nos trajeran un café y unas tostadas.

—¿Qué tal ayer con Delvin?

—Bien, pero sigo sin confiar en él.

e

—Haces bien, me duele decirlo, pero haces muy bien.

—Tú no confías plenamente en él.

—No —sonrió —, pero soy sincero y sé que algo fuerte siente por ti.

—Y tú.

—Sí, pero soy consciente de que tu corazón tira para otro lado.

—A un lado sin salida.

—Así es.

—Lo amo con todas mis fuerzas —lloraba secándome las lágrimas —, a pesar de saber que fui un juguete para él, pero lo amo con todo mi corazón y es la verdad.

—El del corazón es el dolor más profundo que puede sentir una persona. Lo amas con todas tus fuerzas como dices y cuando se ama así, nos pueden hacer el daño más grande del mundo que, ese amor no desaparece.

—¿Te dolió así alguna vez?

—Sí, no hace mucho.

—¿Y ella no te correspondió?

—No, se fue en un helicóptero con Ethan —soltó y me ocasionó una carcajada.

—Dime que estás bromeando.

—No —sonrió y acarició mi barbilla—. Tú le has enseñado a este —se tocó el corazón— que se puede amar con todas las fuerzas.

—Joder, me siento mal.

—No, pues, aunque no te tenga, he sentido el amor de verdad y eso, jamás me había pasado. Así que te comprendo, aunque sepa que jamás te tendré, se que no te voy a olvidar —pellizcó mi mejilla.

—Pues yo quiero olvidar a Ethan, así que no me digas que esto no se me va a pasar nunca, que me tiro por un puente.

—Se te irá aliviando, pero jamás lo olvidarás, aunque no lo sientas de forma tan fuerte como ahora.

—Y, ¿cómo lo sabes?

—Porque a mí también me da mucho miedo a estar toda la vida con este dolor.

—Joder, Carles, no me hagas esto —solté el aire con cara de preocupación.

—Solo por lo que viví a tu lado, merece la pena una vida de dolor —se acercó a mi frente y la besó.

—Y que no me haya enamorado de ti en vez de él ¿Seré gilipollas?

—Jugó con ventaja —murmuró sonriendo con ese precioso rostro que tenía y es que era guapísimo.

—En unos días lo veo en la entrega de premios... —se lo había contado por mensaje.

—¿Lo piensas saludar?

—Antes me tiro de un puente —nos reímos.

—¿Lo odias?

—No conozco el significado de esa palabra ni lo quiero conocer, pero sí, que lo detesto, que fue mi gran decepción, tan grande, que jamás lo podría volver a mirar a los ojos y hablar como si nada pasara, ni siquiera saludarle.

—Pero dolerá verlo.

—Mucho, como cuando entro en sus redes y veo las fotos que sube, se me hace un nudo muy grande en la garganta.

—Perdió a una gran mujer...

—Ni siquiera creo que me sintió como si me hubiera tenido. Me devoraba a besos y a la vez se besaba con otra.

—¿Por qué crees que actúa así?

—No lo sé, nada tiene sentido. Yo habría jurado que ese hombre se había enamorado de mí. Me trató de una manera tan bonita...

—Se va a arrepentir.

—No lo creo, no tiene sentimientos, una persona que aparenta ser una cosa y tener unos valores y por detrás actúa de otra manera muy diferente, es que no tiene escrúpulos.

—Es demasiado perfecto, un tipo guapo, de éxito, simpático, con mucha empatía, además de noble y humilde...

—Un gran actor, eso es lo que es, en su vida personal y profesional, es lo que tengo claro.

—Una lástima.

—Una gran decepción...

La verdad es que hablar con Carles, era una de las cosas más bonitas que podían pasar en la vida. Podía ser yo en todo mi esplendor, me gustaba con el tono y la claridad que me hablaba sin faltar el respeto ni hacerse pesado. Me gustaba esa paz que me transmitía cuando mi mundo estaba roto por completo.

Guardé el portátil y me fui con él, a hacer unas gestiones en la isla, en el centro de esta. Terminamos cogiendo una motocicleta y subiendo al punto más alto de todo Koh Phi Phi, fue una preciosidad para los ojos, me quedé boquiabierto. Se veía la mar turquesa y toda la isla, además de la de Leonardo.

Se puso detrás de mí, me rodeó con una mano por la cintura y apoyó su barbilla en mi cuello. Sacó el móvil y tiró un selfi que quedó impresionantemente bonito.

—Es preciosa, pásamela.

—Ahora mismo, pero, ¿me das permiso para subirla al Facebook?

—Claro y etiquétame.

—¿Segura?

—Segurísima —sonreí.

La subió con un texto muy bonito en el que decía...

“Ella es mi amiga, esa mano que jamás soltaré...”

—Gracias —sonreí y le di un abrazo.

—Es un placer que me dejes estar a tu lado en las condiciones que sea.

—Eres muy grande, Carles, eres de lo mejor —murmuré y le di un beso en la mejilla.

Bajamos en la moto y la dejamos en el centro. Nos fuimos andando hacia su casa, por el camino compró cosas para preparar una cena.

Mientras la hacía escuchamos Andy y Lucas, me hacía gracia que un neoyorquino como él, la escuchara. Eso sí, é nació allí pero su padre era cubano y su madre puertorriqueña.

Cenamos viendo una película de comedia romántica, era para vernos a los dos comiendo chuches y rajando de todo lo que pasaba.

Esa noche me quedé allí con él, dormimos abrazados como siempre, sin pasar nada, eso ahora mismo era inviable mi corazón latía para otro lado, pero eso sí, me sentía muy bien entre sus brazos.

—Es preciosa, pásamela.

—Ahora mismo, pero, ¿me das permiso para subirla al Facebook?

—Claro y etiquétame.

—¿Segura?

—Segurísima —sonreí.

La subió con un texto muy bonito en el que decía...

“Ella es mi amiga, esa mano que jamás soltaré...”

—Gracias —sonreí y le di un abrazo.

—Es un placer que me dejes estar a tu lado en las condiciones que sea.

—Eres muy grande, Carles, eres de lo mejor —murmuré y le di un beso en la mejilla.

Bajamos en la moto y la dejamos en el centro. Nos fuimos andando hacia su casa, por el camino compré cosas para preparar una cena.

Mientras la hacía escuchamos Andy y Lucas, me hacía gracia que un neoyorquino como él, la escuchara. Eso sí, él nació allí pero su padre era cubano y su madre puertorriqueña.

Cenamos viendo una película de comedia romántica, era para vernos a los dos comiendo chuches y rajando de todo lo que pasaba.

Esa noche me quedé allí con él, dormimos abrazados como siempre, sin pasar nada, eso ahora mismo era inviable, mi corazón latía para otro lado, pero eso sí, me sentía muy bien entre sus brazos.

Capítulo 5



Después de desayunar con Carles, me fui para la cabaña, ya que él tenía que hacer cosas y yo también.

Fue llegar y casi me da un infarto al ver desayunando en mi terraza a Aitor.

—¡Aitor! —grité incrédula.

—Ya voy por el segundo desayuno, pensé que me daba la comida aquí esperando —dijo, chupándose los dedos y causándome una carcajada.

—¿Qué haces aquí? —pregunté incrédula.

—Me enteré de todo y me dije: ¿por qué no ir a ver a la niña?

—Yo te como entero —le mordía el cuello mientras lo abrazaba fuertemente.

—Dios te escuche —murmuró, causándome una carcajada.

—¿En qué cabaña te alojas?

—En ninguna, yo pagué el vuelo y ya, primero intentaré que me acojas y si no lo haces, me voy a las cabañas de arriba que van los mochileros y valen cinco euros la noche —soltó, causándome una carcajada.

—Te quedas conmigo, por supuesto que sí —abrí la puerta para que metiera su maleta.

—El director pasó por aquí, me vio y ni me saludo ¿No folló?

—Pues ni idea, conmigo seguro que no —me reí.

—Es broma, sí me saludó, me dio la bienvenida y me ofreció que me hospedara aquí por cuenta de la casa, pero le dije que tú me estabas esperando.

—¿Eso le dijiste?

—Sí —sonrió con esa carita de niño bueno.

—Ya te vale, pero bueno, hiciste bien —reí.

—Cuídame que soy escritor, pero pobre, que no veas el avión lo carito que me salió.

—Tranquilo que no soltarás un euro.

—Entonces te hago hasta de mayordomo.

—No —reí—. Lo que estoy segura es que nos vamos a reír mucho.

Nos quedamos ahí sentados tomando un café cuando colocó su ropa. Un rato después apareció Carles y los presenté. Se conocían de yo haberles hablado del uno al otro.

—Esta noche hay una fiesta en un chiringuito de la otra playa, ¿os animáis? —preguntó Carles.

—Por mí, sí —dijo Aitor, convencido.

—Pues por mí también, ya que lloro, que sea de fiesta.

—Pues listo. Os veo a las diez.

Me había gustado eso de que Carles nos ofreciera salir esa noche y que los dos se hubieran saludado de esa manera. La verdad es que mi posición era delicada ¡Que me había acostado con los dos! Y porque no se venía Delvin, si no sería triplete...

Me fui a comer con Aitor a un restaurante de esa misma playa, pero no al del hotel.

Lo que me hizo reír durante la comida fue brutal, se me olvidaba por momentos todas las tristezas de los ataques de risa que me daban con el chiquitín, como todos lo llamábamos.

También estuvimos hablando de cosas serías, como todo lo que me había pasado con Ethan, y luego lo que había descubierto aquí.

Luego nos fuimos a descansar a la cabaña un rato para estar bien por la noche.

?

Me eché a un lado de la cama y cuando salió del baño en calzoncillos y haciendo con los brazos fuerza como si

fuera un gimnasta, me morí de la risa.

—¿Dónde vas así?

—A intentar impresionarte, pero viendo la que liaste cuando me fui de la isla, creo que me va a costar un poco — solté una carcajada.

—Anda, métete aquí —destapé su lado y di unos golpecitos para que entrara.

—Ahí me meto y donde me dejes.

—Aitor, no empieces —reí.

—Tú ponte bocarriba y yo me tiro en tu pecho.

—Ahí estamos, el niño cambiando el cuento —reí negando.

—Bueno, vale, tú en el mío y luego yo en el tuyo. Un ratito cada uno —metió la mano por mi cuello para que me echase sobre él.

—De eso nada, que te veo las intenciones.

—Joder, que difícil me estás poniendo la vida —resopló.

—Peor te la voy a poner como no cierres esa boca y duermas un rato.

—Bueno, pero dame un besito en los labios.

—No —reí.

—Joder, un besito que no te estoy pidiendo otra cosa.

—Sabes que ahora mismo no puedo.

—¿Qué no?

Cogió y me dio uno rápido.

—Anda, duérmete que aún te llevas una colleja.

—No, no, ahora me lo tienes que dar tú.

—No me hagas irme al sofá.

—Me voy contigo, así que, tú sabrás.

—Aitor...

—Un beso de nada, antipática, que me he recorrido medio mundo y es lo mínimo que me merezco.

—Ya empezamos con los chantajes emocionales —reí y le di un beso en los labios—. Hala, a dormir.

Se lo di, pero con el cariño de una amiga, ahora mismo no estaba para juegos ni para tontear con nadie, mi corazón seguía en otra dirección.

Cerré los ojos sobre su pecho y sentí que, aunque estaba en el peor momento de mi vida, tenía personas que se desvivían por mí.

Y, sobre todo, Aitor, ese que por animarme cogía los aviones sin pensarlo, dejando atrás sus novelas, pero a mí, a mí no me abandonaba.

—No me hagas irme al sofá.

—Me voy contigo, así que, tú sabrás.

—Aitor...

—Un beso de nada, antipática, que me he recorrido medio mundo y es lo mínimo que me merezco.

—Ya empezamos con los chantajes emocionales —reí y le di un beso en los labios—. Hala, a dormir.

Se lo di, pero con el cariño de una amiga, ahora mismo no estaba para juegos ni para tontear con nadie, mi corazón seguía en otra dirección.

Cerré los ojos sobre su pecho y sentí que, aunque estaba en el peor momento de mi vida, tenía personas que se desvivían por mí.

Y, sobre todo, Aitor, ese que por animarme cogía los aviones sin pensarlo, dejando atrás sus novelas, pero a mí, a mí no me abandonaba.

Capítulo 6



Un vestido corto, suelto, de tirantes y en color blanco. Iba descalza para esa fiesta. Los chicos iban guapísimos. Agarrada a de ellos, en medio de los dos, charlando y muerta de risas con las cosas de Aitor y que Carles tanto se reía.

Ni cenamos, fuimos directos por los cubatas, pero sin pensarlo, además de chupito de tequila incluido. Eso sin contar que Aitor, mientras nos vestíamos se había tomado dos en la habitación.

—Tú, tranquila, que nosotros vigilamos tu copa —murmuró Aitor y le di una colleja.

—La próxima burrada que digas, te comes el vaso —le advertí riendo.

—Pobre hombre, que noche le espera de cobros —dijo Carles, sabiendo que Aitor no iba a parar de soltar de las suyas.

—Verás como nuestra amiga esta noche conoce a uno y nos deja aquí con la cara partida. Más vale que la vigilemos —volvió a bromear Aitor y le di otra colleja.

—Tú sigue pegando, que al final comprenderé que me perdí la parte esa sado que tenías.

—No te voy a dejar beber más —le advertí ante la risa de Carles, que se moría con las cosas de Aitor.

—¿Te puedo hacer una pregunta nada más? Es que tengo curiosidad.

—No, claro que no, viniendo de ti y con dos cubatas de más en lo alto, puedes soltar lo más grande.

—Que va, solo quería que me resolvieras quién te hizo más feliz, Carles, Delvin, Ethan o yo —ahí no me lo pensé y la colleja sonó bien fuerte.

—Joder, hija, encima que vengo desde el culo del mundo para aclarar dudas —bromeó para imitarme a mí.

—Tú sigue así que vas a aclarar todas las ideas de las de collejas que te vas a llevar.

—Mañana te cojo cita en el fisioterapeuta que hay en la isla —le dijo Carles, y nos echamos los tres a reír.

—Lo veo, lo veo —le contestó poniendo cara de terror.

Un “buenas noches” nos hizo girarnos a los tres y, cómo no, el tercero en discordia, Delvin.

Nos saludó y se pidió una copa. La cara de Carles haciéndome gestos por detrás era para verla y Aitor, disimulando para no echarse a reír.

Aitor agarraba su copa como diciendo que no fueran a echarle nada y encima me hacía un gesto de que vigilaba la mía, al final estallé en risa.

—Muy gracioso el chiquitín —murmuró Delvin, habiéndose dado cuenta de todo.

—Más gracioso es usted —le contestó Aitor y por lo que le conocía le iba a soltar un disparate —, que se supone que debe de cuidar a sus huéspedes como buen director y fue dejar a la niña aquí y casi la tengo que enviar a que la recomponga “*The Good Doctor*”

—¡Aitor! —protesté riendo, pero Delvin y Carles también, se lo habían tomado con humor.

—¿Qué? Poco digo para todo lo que debería de decir —se señaló la boca —Un segundo, por favor —cogió mi copa y se fue a la barra.

Apareció con un vaso de los de café con tapa y pajita.

—Aquí tienes, un cubata seguro —nos echamos todos a reír.

—Chico, si piensas que para acostarme con una mujer le tengo que echar algo en el cubata, estás muy lejos de la realidad —le hizo un guiño un poco irónico.

—Por si acaso.

—Vale ya, por favor, joder, que uno porque es chiquitín y el otro —me referí a Delvin —porque también lo parece... —resoplé y miré a Carles, que negaba riendo.

¡

—Soy el único que me salvo.

—Desde luego que sí, hijo —respondí ante la mirada de Delvin y Aitor, que seguían mirándose desafiantes.

—Eh, que yo seré el chiquitín, pero que más vuelta le di a la tierra para estar a tu lado.

—Eso sí, pero ya vale, vamos a pasarlo bien, demasiada cruz me cayó todo este tiempo como para encima veros a los tres de esta guisa.

—Pues que ni mire tu cubata.

—Joder que me lo has traído precintado y todo —me reí y los otros también.

—Más vale prevenir que...

—¿Qué? —le preguntó Delvin.

—¿Vais a parar quietos, o ya me voy a enfadar? —dije en tono agobiada.

—Elige con cual te quedas de los tres —dijo Aitor, que ya iba de copas hasta las cejas.

—¡Aitor! —reímos todos menos él, que esperaba a que contestara, era adorable.

—En verdad me cae bien Carles, pero a este, a este no lo trago.

—Ni yo a ti — dijo sonriendo y con ironía Delvin.

—Pues ese es tu problema.

—Y el tuyo también.

—Mirad, si vamos a estar así, cojo a Carles y me piro.

—Cuando quieras —murmuró este y Aitor le hizo un gesto de que le metía una piña... Pobre iluso.

La verdad es que era para verlos a los tres, el que más se mantenía en su sitio era Carles, que no se desprendía de su maravillosa sonrisa, pero Aitor no dejaba de llevar sus dedos en plan v a sus ojos y luego a los de Delvin, en un acto por decirle que lo estaba vigilando y este negaba riendo incrédulo de la que llevaba encima Aitor y que le había dado por él.

Una camarera se acercó para ver si queríamos otra ronda.

—Quiero una ronda y un beso aquí —le dijo el descarado de Aitor a la chica.

Y lo más grande es que ella se lo dio.

—Ya se olvidó de mí —murmuré a Carles, que soltó una carcajada.

Y ahí que fue Aitor detrás de ella a acompañarla por los cubatas.

—Chicos, me voy a dormir, mañana tengo que levantarme temprano —murmuró Delvin, con muy mala cara.

Le dijimos que descansara y nos quedamos a solas hasta que apareció Aitor de la cintura de la camarera que traía las copas.

—¿Y mi gran amigo? —se refirió a Delvin, con ironía.

—Se marchó a dormir.

—Pues uno menos y un cubata más para mí —sonrió y le hizo un guiño a la camarera —. Te voy a estar esperando a que salgas de trabajar —le dijo el muy descarado.

—Mi turno termina en media hora.

—Aquí te espero para acompañarte a tu casa.

—Me hospedo en el hotel —sonrió.

—Pues te acompaño hasta la puerta de la habitación.

—Vale.

La chica se marchó a seguir atendiendo y Aitor no dejaba de mirarle el culo.

—Daniela, te queda media hora, antes de que me lance a conquistar otro corazón.

—Dale sin miedos —respondí ante la sonrisa de Carles.

—Si ya sabía yo que contigo no tengo más nada que hacer, menos mal que me puse las botas en su día —soltó el muy descarado y se puso a bailar a ritmo de la canción que sonaba.

Media hora bailando para que esa camarera lo viese, hasta que vino a por él.

—Me voy a acompañar a mi amiga, pero no te preocupes que mi mejor amiga siempre serás tú —me dio un beso en la mejilla.

—Llevas una llave de la cabaña en el bolsillo, te lo recuerdo.

—Vale, espérame allí.

—No sé quién llegará antes —reí.

Nos tiramos un rato Carles y yo riendo por lo de Aitor. Era todo un personaje, la verdad es que era feliz siendo así

—Te quiere mucho, sea de la manera que sea, pero te quiere mucho.

—Sí —sonreí mientras movía el vaso ese de plástico cerrado con el cubata dentro.

—Se fue con ella porque estaba borracho como una cuba y porque sabe que contigo es muy difícil tener algo ahora.

—Sí —murmuré—. A Aitor, lo adoro y es un amigo que me saca mil sonrisas, pero, por ejemplo, hoy estando aquí con los tres pensaba que tú eras el que más me llenaba.

—¿En qué sentido?

—Contigo es diferente. Con Delvin como que no me fio y no lo puedo ver más allá, ni quiero. Con Aitor, como que me hace vivir momentos de risa y a la vez sé que cuando peor estoy, sin decir nada, aparece, lo adoro, pero no me llega a llenar más allá. Pero contigo es diferente, me gusta con la complicidad y amor que me miras, me siento protegida sin necesidad de que me abracés, pero cuando lo haces, sigues creando esa sensación que me hacías tener cuando nos veíamos en tu cabaña la anterior vez. No sé explicarme —reí.

—Estoy completamente seguro de que, si Ethan no estuviera en tu cabeza, terminaríamos de alguna manera juntos.

—Y teniendo mulatitos por la vida —sonreí, imaginando a unos preciosos niños de color jugueteando por mi casa

—Saldrían preciosos como tú —acaricié mi mano y la puse sobre su pierna.

—Tú eres muy guapo —me ruboricé al mirarlo.

—Y tú la princesa más bonita del mundo —acaricié mi mejilla.

Me levanté de mi tumbona y me senté en la de él, que no tardó en echar su mano sobre mi hombro y darme un beso en la mejilla.

—Echo de menos a mis padres —murmuré con tristeza.

—Lo imagino, pero seguro que están muy orgullosos de ti, observándote desde algún lado.

—No por Dios, espero que no hayan visto todo lo que hice —reí, recostándome y tumbándome bocarriba, poniendo mi cabeza en sus piernas y él puso su mano sobre mi barriga.

¡.Estuvimos ahí un rato charlando hasta que nos fuimos andando por la orilla del mar de la mano.

Nos paramos justo frente a su cabaña y seguimos charlando cuando de repente nos vimos envueltos en un beso que no sabría decir quién rozo primero al otro, pero fue mutuo, en un momento de esos que te abrazas y te quedas mirando a la otra persona de tal manera que cuando te das cuenta ya estás en otra dimensión.

—La hemos liado —reí echándome sobre su pecho y abrazándolo con fuerza.

—Haz siempre lo que te pida el corazón.

—No siempre se puede, pero sí, en estos momentos necesitaba este beso, no te voy a mentir.

—¿Solo ese?

—Dame otro —reí acercándome a sus labios y fue cuando me levantó sobre su cintura y caminó hasta su cabaña sin dejar de besarme.

Me sentó sobre la mesa de la cocina y se puso entre mis piernas, a la vez que levantaba mi vestido y me lo quitaba.

Comenzó a besar mi cuello mientras acariciaba mi cabeza con su mano, tenía una forma tan especial de tocar...

Se deshizo de mi sujetador y lamió mis pezones con delicadeza, pero los puso duros como piedras.

Su miembro rozaba mis partes, sabiendo que eso conseguía ponerme más aún a flor de piel.

Se deshizo de mi braga y me lamió hasta dejarme sin aliento y luego me llevó a la cama donde lo hicimos. Me agarré a sus hombros y me dejé llevar por aquel hombre que era mi debilidad, esa era la verdad, Ethan era mi gran amor y Carles mi debilidad...

—Lo imagino, pero seguro que están muy orgullosos de ti, observándote desde algún lado.

—No por Dios, espero que no hayan visto todo lo que hice —reí, recostándome y tumbándome bocarriba, poniendo mi cabeza en sus piernas y él puso su mano sobre mi barriga.

Estuvimos ahí un rato charlando hasta que nos fuimos andando por la orilla del mar de la mano.

Nos paramos justo frente a su cabaña y seguimos charlando cuando de repente nos vimos envueltos en un beso que no sabría decir quién rozo primero al otro, pero fue mutuo, en un momento de esos que te abrazas y te quedas mirando a la otra persona de tal manera que cuando te das cuenta ya estás en otra dimensión.

—La hemos liado —reí echándome sobre su pecho y abrazándolo con fuerza.

—Haz siempre lo que te pida el corazón.

—No siempre se puede, pero sí, en estos momentos necesitaba este beso, no te voy a mentir.

—¿Solo ese?

—Dame otro —reí acercándome a sus labios y fue cuando me levantó sobre su cintura y caminó hasta su cabaña sin dejar de besarme.

Me sentó sobre la mesa de la cocina y se puso entre mis piernas, a la vez que levantaba mi vestido y me lo quitaba.

Comenzó a besar mi cuello mientras acariciaba mi cabeza con su mano, tenía una forma tan especial de tocar...

Se deshizo de mi sujetador y lamió mis pezones con delicadeza, pero los puso duros como piedras.

Su miembro rozaba mis partes, sabiendo que eso conseguía ponerme más aún a flor de piel.

Se deshizo de mi braga y me lamió hasta dejarme sin aliento y luego me llevó a la cama donde lo hicimos. Me agarré a sus hombros y me dejé llevar por aquel hombre que era mi debilidad, esa era la verdad, Ethan era mi gran amor y Carles mi debilidad...

Capítulo 7



Por la mañana amanecimos desnudos y volvimos a acariciarnos hasta terminar haciéndolo de nuevo.

Luego se marchó a trabajar y me fui a la cabaña, ni rastro de Aitor, ni siquiera de haber ido a dormir.

Encendí mi móvil y salí afuera, donde tenía un café que había pedido en el restaurante.

Me entró un mensaje que me puso la piel de gallina, era de Ethan, yo no le había dado mi número, pero era obvio que Martha, sí.

No ponía nada, solo una foto mía con Carles cuando me llevó a besos en brazos para la cabaña la noche anterior. Se nos veía besándonos.

¿Quién cojones nos la tiró y por qué la tenía Ethan? La sangre se me subió a la cabeza por completo.

Me fui al despacho de Delvin enfurecida y ni llamé a la puerta, abrí del tirón y me fui hacia él.

—¿Por qué nos hiciste una foto y se la enviaste a Ethan?

—¿Dé qué hablas?

—No te hagas el tonto, sé que has sido tú, no puede ser nadie más.

—Te estás equivocando y no tengo ni idea de lo que estás hablando.

—¡Vete a la mierda!

Salí de allí dando un portazo que se escuchó en todo el Lobby, las de recepción me miraron sin gesticular.

Me senté de nuevo en la terraza de mi cabaña y le respondí al mensaje.

Daniela: *Tuve un buen maestro...*

No tardó en responderme.

Ethan: *¿Cuál de ellos?*

Qué capullo contestar eso, que capullo. Cogí aire y le mandé un emoticono de un dedo, el del centro. No me volvió a contestar, cosa que agradecí porque le hubiera dicho lo más grande.

Aitor apareció con cara de no haber dormido en toda la noche.

—Hay una que está ganando puntos para convertirse en mi favorita y desbancarte —dijo, señalándome con el dedo.

—Pues hala, le puedes dar los que le queda.

—¿Qué te pasa con esa cara?

—Nada.

—Nada, pero el morro bien que lo tienes hacia fuera.

—Estoy muy cabreada Aitor, no es momento.

—Voy a ducharme, ve pidiéndome un desayuno completo.

—Te lo pides tú, con el huevo de silicona.

—Madre mía, que mal estás. Voy a pedir dos, creo que te hace falta comer algo.

—Que sabrás tú, lo que me he comido —negué resoplando.

—¿Te has liado con Carles?

—¡Vete a la ducha! —resoplé fuerte.

—Voy, voy —murmuró con un gesto cómo diciendo: “vale, vale”.

Antes de que saliera de la ducha, llegó el desayuno de los dos, ya que lo pidió por teléfono antes de meterse.

En ese momento que lo estaban poniendo en la mesa, entré al perfil de Ethan de Facebook y había subido una

imagen de esas que contenía una frase, una indirecta vamos...

“La decepción es el dolor más grande al que puede enfrentarse el ser humano”

Me dio tanta rabia que fuera él precisamente quién dijera eso, que no me pude contener y le di un “me enfada” como reacción y le comenté por primera vez en mi vida el post.

“Que me lo digan a mí, que no pensé toparme con un cerdo disfrazado de cordero”

Ahí lo llevaba y clarito como el agua. Lo que no sabía es lo que me iba a responder.

“¿Con cuál de ellos?”

A la mierda, se la estaba buscando, pero bien, este no sabía que Daniela, con rabia, era como soltar a un león muerto de hambre frente a una multitud.

Le iba a responder que con el que me metió en su casa, pero claro, capaz era de contestarme que todos de alguna manera lo hicieron y claro, si me pone eso, ya es cuando somos titulares de todos los periódicos y revistas mundiales, porque le iba a decir lo más grande.

Aitor apareció y se sentó a mi lado.

—¿Me vas a contar qué es lo que te pasa?

—Que soy una desgraciada, eso me pasa —terminé contándole todo.

—Pero se supone que no deberías de estar así después de todo lo que te hizo. Debería de importarte un pimiento que haya recibido esa foto.

—Me duele, lo amo y me duele, me estoy volviendo loca.

—Bueno, eso ya lo estabas de antes —murmuró, causándome una risa.

—No tanto, créeme que no tanto —negué volteando los ojos.

—No te debería de preocupar ni entrar al juego de sus provocaciones, no debes. Si pone algo ni lo deberías de ver

—No puedo, lo intento, pero no puedo, todo es superior a mí.

—Si me das trescientos euros, te dejo en paz.

—¿A que viene eso, Aitor? —me reí.

—Es que Lana, como se llama la camarera, es de Bangkok y se va luego tres días para allá, así me compro el vuelo, me pago la estancia y luego regreso —se rio —, que mis ahorros están cayendo considerablemente por culpa de ir a salvarte.

—Yo te los doy —reí.

—Te como entera —se acercó a besarme la mejilla.

Le hice un *Bizum* y se puso a aplaudir cuando lo recibió.

Compró el mismo vuelo que ella y preparó una mochila con ropa para tres días, se fue a buscarla después de comerme a besos toda la cara diciendo que me dedicaría cada polvo que echara ¡Tenía guasa el asunto!

Carles apareció un rato después y le conté todo, se quedó muerto viendo la foto y obvio que tenía claro que no podía ser otro que Delvin.

Cogí ropa de la cabaña y me fui a la suya, me apetecía quedarme allí hasta que volviera Aitor.

Esa tarde me la pasé tirada sobre él en el sofá, estaba decaída, muy triste, me sentía muy perdida.

No hubo un momento en que Carles, no me hiciera una caricia o me besara. Era el hombre más paciente que había conocido. Todo lo entendía sin necesidad de tenerle que explicar nada.

Incluso en la cena no dejó de hacerme gestos de cariño en un absoluto silencio.

Nos acostamos pronto, él me abrazó y ahí rompí a llorar hasta quedar dormida.

—¿A que viene eso, Aitor? —me reí.

—Es que Lana, como se llama la camarera, es de Bangkok y se va luego tres días para allá, así me compro el vuelo, me pago la estancia y luego regreso —se rio —, que mis ahorros están cayendo considerablemente por culpa de ir a salvarte.

—Yo te los doy —reí.

—Te como entera —se acercó a besarme la mejilla.

Le hice un *Bizum* y se puso a aplaudir cuando lo recibí.

Compró el mismo vuelo que ella y preparó una mochila con ropa para tres días, se fue a buscarla después de comerme a besos toda la cara diciendo que me dedicaría cada polvo que echara ¡Tenía guasa el asunto!

Carles apareció un rato después y le conté todo, se quedó muerto viendo la foto y obvio que tenía claro que no podía ser otro que Delvin.

Cogí ropa de la cabaña y me fui a la suya, me apetecía quedarme allí hasta que volviera Aitor.

Esa tarde me la pasé tirada sobre él en el sofá, estaba decaída, muy triste, me sentía muy perdida.

No hubo un momento en que Carles, no me hiciera una caricia o me besara. Era el hombre más paciente que había conocido. Todo lo entendía sin necesidad de tenerle que explicar nada.

Incluso en la cena no dejó de hacerme gestos de cariño en un absoluto silencio.

Nos acostamos pronto, él me abrazó y ahí rompí a llorar hasta quedar dormida.

Capítulo 8



—¿Mejor? —preguntó cuando abrí los ojos.

—No lo sé, dame dos minutos —sonreí y le di un beso en los labios.

—Tengo ganas de ti... —Me abrazó, agarrándome con una mano la nalga.

—Si me lo dices así, hasta a mí me entran ganas —le besé el cuello.

Me puso sobre él, que estaba recostado y me senté sobre sus caderas.

Metió sus manos por debajo de mi camiseta y se enganchó a mis pechos, los fue acariciando y apretando lentamente mientras yo, ya me sentía de lo más excitada.

Bajó sus manos y sacó mi braga, se quitó el calzoncillo y se puso un preservativo.

No me penetró solo comencé ahí sentada a buscar mi placer, mientras él, jugueteaba con mis pechos.

Y me corrí con el roce en mi zona de su miembro, me corrí a gritos y moviéndome muy rápido. Él, ayudaba empujándome a que lo sintiera mejor. Fue un momento de lo más excitante.

Me dejé caer sobre él y esperó a que cogiera fuerzas. Luego me senté sobre él, metiendo su miembro en mi interior y comenzamos a hacerlo de forma sincronizada. Me encantaba la sonrisa de excitación que se le formaba en su cara.

—Carles...

—Dime, princesa.

—Quiero que me enseñes tu cuarto de juegos...

—¿Segura?

—Sí —afirmé convencida de que quería terminar de conocerlo por completo.

Fuimos hacia la habitación después de ducharnos. Con la toalla liada. No sé por qué sabía que lo que viera me iba a sorprender.

Y vaya si lo hizo....

Las paredes eran de palilleras de madera en blancas, como todo lo que había, no había nada que no fuera de color blanco, jamás había visto nada igual.

—¿Por qué todo blanco? —pregunté extrañada.

—Tiene su lógica —sonrió cogiendo un Satisfayer y pulsando el botón —Quiero que cuando alguien entre aquí, lo que más le llame la atención sea yo, que no se distraiga con otra cosa y que, en un cierto punto del juego, sea mi imagen lo primero que perciba.

—¿Me estás vacilando? —Gemí cuando colocó el aparato sobre mi clítoris y gemí por completo mientras me sentaba de lado sobre su pierna.

—No, no podría hacerlo.

—¿Por qué tantas cuerdas?

—Me gusta atar...

—Pues no se nota —reí mirándome las muñecas y soltando gemidos de excitación.

—Contigo no puedo, me hace feliz verte libre, lidiando esas batallas que te acechan en estos instantes. Cuando se ama tanto, te gusta ver la libertad en las personas.

Me contraí sobre su brazo cuando llegué al orgasmo...

—Ya has conocido mi cuarto, pero este lugar no te pertenece.

—¿Y por qué? Yo quiero disfrutar de lo que te gusta, sé cómo tratas a la mujer y confío plenamente en ti.

—No me lo pidas —ríe dando un beso a mi nariz.

—Pues —me levanté corriendo y me senté en una silla donde quedaban las piernas elevadas —, aquí me quedo.

—No, ahí no —sonreí.

—¿Por?

—No quieras saberlo.

—Pues quiero saberlo —me crucé de brazos ahí abierta, expuesta ante él, que se levantó y vino hacia mí sonriendo.

—Aunque me lo pidas —comenzó a atarme los tobillos con las correas y las manos a cada brazo del sillón —, no pienso soltarte ni parar, tú lo has pedido.

—Si me lo adviertes así, con esa monería, como que no te puedo tomar en serio.

i—Avisada estás —me hizo un guiño y preparó en un carrito movible unos geles y varios aparatos.

—¡Qué miedito! —lo hice con mueca incluida causándole una carcajada.

Cuando todo estaba preparado a su lado sobre el carro y él, en medio de mis piernas en el aire, como por arte de magia se apagó la luz y quedó todo tan a oscuras, que me entró una cosa por el estómago increíble ¡Me asusté por completo!

—Carles, por lo que más quiera enciende la luz —noté como en forma de pulverizador me caía en toda mi zona ese aceite y luego fue sobre mi estómago y pechos —. Por Dios, Carles habla —me reí, pero estaba nerviosa.

Solo podía escuchar su respiración, aquello me tenía con la taquicardia a tope y más cuando noté esa especie de pluma recorriendo mi zona y entrando tanto por delante como por detrás, de forma sigilosa...

Noté que algo comenzó a vibrar y lo puso sobre mis pezones, era como una especie de huevo, de textura suave y placentera. Solté el aire.

Fue bajándolo hasta detenerlo en varios movimientos sobre mi clítoris, para luego ir bajando, introducirlo en mi vagina y dejarlo ahí.

A veces cambiaban los movimientos de la vibración y yo no lo esperaba y me dejaba sin respiración.

Masajeó con una crema mis pezones y luego colocó unas chuponas que comenzaron a vibrar, en mi vida había visto algo igual.

Carles seguía sin decir nada, pero consiguió que me relajara y disfrutara de ese momento. Tenía una capacidad

arrolladora.

Noté como una especie de bala jugando por mi trasero, iba llena de aceite, se notaba, además templado. Entró poco a poco y una vez dentro comenzó a moverse lentamente.

—Me vas a matar Carles —dije con la respiración agitada y riendo.

Por supuesto que no me contestó, ¿para qué?

Colocó una especie de chupona en el interior de mis labios y lo de en medio comenzó a vibrar de una forma, que los chillidos míos los debía de estar escuchando Aitor en Bangkok.

En ese momento con sus manos comenzó a échame mucho aceite por mis muslos y acariciarlos con intensidad, demasiado aceite, demasiada excitación, me dejé los pulmones con aquel brutal orgasmo.

En ese momento, todo se paró y la luz se encendió.

Ahí estaba con una preciosa sonrisa mi Carles, a mí me hizo sacar una carcajada.

—No fue tan mal —murmuró, besando mi ingle.

—Una pregunta ¿Del uno al diez en que lugar de excitación pondrías esta silla? —pregunté, para saber si me la podía seguir jugando.

—Digamos que el seis.

—¿Hay algunas más fuertes?

—Sí —sonrió —¿Desayunamos?

—Vale, pero luego volvemos, quiero probar la siguiente más intensa —reí.

—No te la aconsejo.

—Me da igual, la quiero probar.

—¿Segura?

—De perdidos al río y, ¿qué mejor que en estos putos momentos disfrutar un poco de la vida?

—Me parece genial, princesa de emociones fuertes.

—Tú hoy no trabajas —le advertí.

—Lo daba por hecho —me hizo un guiño.

Me puse una camiseta y una braga para desayunar, que a este paso solo me faltaba salir en el *Interviú*.

Nos sentamos en la mesita que tenía fuera, mirando al mar y charlando sobre que en pocos días me iba para California, de nuevo para la entrega de premios que sería en Hollywood.

—¿Y Aitor?

—Ese se va para España.

—¿No te acompañará?

—No, quita, quita —me reí —, que me veo liando allí el dos de mayo.

—Es muy buen tipo.

—Lo es, lo que pasa que a veces no se sabe por dónde te va a salir, pero es puro corazón, detrás de esa timidez puedes ver que hay el cómico que habita en él.

—¿Qué pasará después de los premios?

—Regresaré a España y comenzaré una nueva vida.

—Y si él te convence...

—No, no sigas por ahí, nada puede pasar, me humilló a más no poder, fue injusto y mala persona. Estará aquí —me señalé al corazón —, pero mi mente no le dará más cabida.

—¿Volverás aquí alguna vez?

—No lo sé, pero espero encontrarme contigo en cualquier parte del mundo —sonreí.

—Promete algo...

—Dime.

—Si en estos meses sigues sintiendo un vacío y no te encuentras, si llegan las Navidades y sigues así, prométeme

que estarás el treinta uno de diciembre debajo de la Torre Eiffel, a las doce de la mañana. Pasaremos el último y primer día del año juntos.

—Sería precioso.

—Te estaré esperando allí.

—¿Y si no voy?

—Siempre será mágico pasar un Fin de Año mirando a la Torre Eiffel —sonrió.

—Te lo prometo —me puse la mano en el corazón.

Y es que no veía algo más bonito que pasar un Fin de Año en París y con Carles, más, si seguía tan baja de moral como ahora, con ese dolor que me estaba matando, por mucho que actuara de una manera u otra, mi corazón seguía recordándome a cada momento a Ethan.

Recogimos la mesa antes de regresar a la habitación de juegos...

De nuevo me salió una sonrisa al ver ese cuarto blanco impecable.

—Sorpréndeme... —murmuré, besando su pecho mientras reía.

—Una princesa como tú, no debería exponerse en un sitio como este.

—Lo de princesa lo dirás tú —reí.

—¿Qué olor te gusta más?

—Vainilla, chocolate, coco...

—¿Qué sensación prefieres, frío o calor?

—Ambas cosas, según el momento, pero me decanto más por el calor.

Colocó unos vibradores, pero sin activar sobre mi pecho, eran esas chuponas que te absorbían por completo y te lo estiraba.

En ese momento me estaba poniendo contra la pared, donde abrió mis manos y las estiró para ponerle unos grilletes, lo mismo que con los tobillos.

Entre la pared y mis caderas había como una especie de barra gorda de cojín, con lo cual, dejaba mi zona libre.

Y se apagó la luz... De nuevo solté el aire.

Me puso la pinza que ya conocía sobre el clítoris, luego introdujo el huevo por mi vagina y comenzó a echar gel en mi ano, fue metiéndolo con su dedo para estimularme, por ahora no había dado a activar a nada.

Jugó un rato por mi zona con dilatadores anales y sus dedos, yo ya estaba excitada y esperando que todo comenzara a funcionar.

Colocó su pene en mi culo y noté como se activó primero lo de los pechos, que grité con esa sensación inesperada que me había llevado. Luego el huevo y por último el succionador mientras él, jugueteaba con su miembro por mi culo muy lenta y delicadamente.

Terminó penetrándome por completo, agarrado a mis hombros y moviéndose a su antojo, pero sin hacer demasiada fuerza.

Llegamos al orgasmo a la vez, pedí a gritos que parase todo.

Si algo tenía claro, es que me encantaba hacerlo con Carles, fuera como fuese, siempre sabía como me tenía que tratar.

Se encendió esa luz cuando quitó todo de mí y me desató.

Sonreí al verlo de nuevo con esa preciosa sonrisa...

No sé que pasó ese día, pero de ahí nos fuimos a la cama donde solo se movía él, para traer comida que pedía y poco más. Estuvimos abrazados y haciéndolo hasta la mañana siguiente.

Entre la pared y mis caderas había como una especie de barra gorda de cojín, con lo cual, dejaba mi zona libre.

Y se apagó la luz... De nuevo solté el aire.

Me puso la pinza que ya conocía sobre el clítoris, luego introdujo el huevo por mi vagina y comenzó a echar gel en mi ano, fue metiéndolo con su dedo para estimularme, por ahora no había dado a activar a nada.

Jugó un rato por mi zona con dilatadores anales y sus dedos, yo ya estaba excitada y esperando que todo comenzara a funcionar.

Colocó su pene en mi culo y noté como se activó primero lo de los pechos, que grité con esa sensación inesperada que me había llevado. Luego el huevo y por último el succionador mientras él, jugueteaba con su miembro por mi culo muy lenta y delicadamente.

Terminó penetrándome por completo, agarrado a mis hombros y moviéndose a su antojo, pero sin hacer demasiada fuerza.

Llegamos al orgasmo a la vez, pedí a gritos que parase todo.

Si algo tenía claro, es que me encantaba hacerlo con Carles, fuera como fuese, siempre sabía como me tenía que tratar.

Se encendió esa luz cuando quitó todo de mí y me desató.

Sonreí al verlo de nuevo con esa preciosa sonrisa...

No sé que pasó ese día, pero de ahí nos fuimos a la cama donde solo se movía él, para traer comida que pedía y poco más. Estuvimos abrazados y haciéndolo hasta la mañana siguiente.

Capítulo 9



Carles preparó unos cafés y se tenía que ir esa mañana a hacer unas gestiones con Delvin. Yo me quedé en su casa preparando comida para cuando llegara a mediodía.

Encendí el móvil y no me pude contener de ir al perfil de Ethan y ver si había colgado algo.

Una imagen de él en la playa sentado mirando al mar.

“Hay momentos en el que necesitas coger aire y encontrar una razón para entender algo que te desgarrá, duele y mata lentamente...”

Cogí aire y noté como me salían las lágrimas, era como si se estuviera riendo en mis narices sin importarle, como si estuviera jugando demasiado sucio, eso es lo que estaba haciendo, jugar de una manera miserable.

No se por qué, salí afuera, puse el café sobre la arena y le tiré una preciosa foto con el mar de fondo, salía hasta una barca de las de allí con sus lazos y todo.

“Si pudiera dar marcha atrás, volvería a cometer los mismos errores, esos que te valen para saber que, en la vida, cualquier persona te puede clavar un puñal en la espalda”

Apagué el móvil y lo dejé en la cocina, no quería ver nada, no quería saber nada, ya me había destrozado la mañana y sentía que algo muy fuerte presionaba mi pecho.

Los había visto con descaro, pero este hombre, era el rey de la poca dignidad, aun sabiendo que se estaba riendo de mí, le importaba un pimiento todo y se vendía como una víctima. Lo bueno es que nadie sabía que iba dirigido a mí, más que nuestro entorno. La verdad que lo nuestro lo llevamos muy en un segundo plano de los medios.

A la hora de la comida me avisó que ya venía y fui poniendo la mesa. Era increíble, pero en esa cabaña me sentía como en casa, como si hay estuviera a salvo, esa sensación que da el hogar.

Carles traía un impresionante dolor de cabeza por lo que tuvieron que venir a pincharle, así que pasó la tarde en el

dormitorio a oscuras y de vez en cuando yo entraba para ver cómo estaba. Por la noche le preparé un sándwich que se comió a duras penas y ya, nos echamos a dormir.

Por la mañana estaba mejor, con la resaca del malestar del día anterior, pero mucho mejor. Desayunó todo lo que le preparé, luego me puse con mi ordenador a trabajar y él salió a ver a Delvin y volvió un rato después.

Ese día lo pasamos en la casa abrazados y haciéndolo a cada momento. Con Carles, era imposible dejarlo de hacer, era como un imán para mi cuerpo y para calmar esa tensión que estaba viviendo por todo lo que me había rodeado.

No salí de casa de Carles, hasta que llegó Aitor...

¹

—Por mi salud mental, no me preguntes nada —dijo, sentándose en la silla de nuestra cabaña.

—Uy, ¿decepcionado? —Me encendí un cigarrillo.

—Esa es la palabra, creo —soltó el aire, se puso la mano en la frente y negó.

, —¿Qué pasó chiquitín?

—No puedo contarlo, me da vergüenza.

—¿Te da vergüenza contármelo a mí? —reí mirándolo y viendo como no quitaba la vista del suelo.

—Qué el alcohol y la resaca en Phi Phi son muy malas y juegan malas pasadas.

—Que me lo digan a mí.

—Pues te vas a cagar con lo mío, es más, yo me piro ya de aquí.

—A ver, ¿qué pasó?

—Que era un travesti, un chico que se operó para ser mujer —resopló y se dio un golpe en la frente.

—¿Lana?

—Sí, lo descubrí por su documentación al subir al avión.

—La leche pues no veas lo pedazo de mujerón que es.

—Eso es lo peor, que me gusta muchísimo.

—¿Y en Bangkok?

—Me tiré más tiempo con ella en la cama que en la calle —se rio.

—¿Qué tiene de malo que haya sido hombre si te gusta?

—No lo sé, pero me da mucho yuyu.

—No debería de darte, te enamoraste de la persona, esa preciosidad tailandesa que conquistaría a cualquier hombre, lo que forme parte de su pasado, no tiene porque desfigurar a la realidad y esa es que te gusta.

—Yo me piro de esta isla que primero fue lo tuyo, ahora esto y sabrá Dios que más nos pasará mañana.

—Nos vamos dentro de dos días, yo para California y tú, para España, pero hasta entonces no vamos a cambiar nada.

—Pues pienso quedarme los dos días debajo de la cama.

—Sí hombre, ni que estuvieras amenazado.

—No me quiero quedar en esta isla, no.

—Sí, dos días y nos vamos.

—Pues vámonos a Phuket, pongámonos a salvo.

—¿A salvo de qué? —me eché a reír.

—De lo que sea, pero yo me voy de aquí que todo es muy extraño.

—Aitor, estás actuando como un niño pequeño.

—Bueno, ya sabes que mayor tampoco soy.

—Deja de mirar para todos lados.

—Lana es capaz de venir y no quiero volver a caer en sus brazos.

—¿Por qué actúas así de imbécil?

—Te vienes o te quedas, pero se lo que me digo —se levantó para hacer las maletas.

—¡Maldita sea! —di una patada al suelo y entre a hacer las mías, solo no lo iba a dejar —Desde luego que, para ponerte así, la próxima vez antes de hacerlo con alguien le pides el carnet de identidad, así no te llevas estas sorpresas —resoplé—. Ahora vengo, voy a despedirme de Carles que viene de camino.

—Cierra con llave.

—Madre mía, que mal estás.

Salí de allí y anduve hasta la orilla, lo vi caminando hacia aquí por la playa.

Me abracé a él y le conté lo de Aitor. Se echó a reír.

—Vete con él, no te preocupes por nada, pero recuerda la promesa.

—Sí, el treinta uno de diciembre a las doce de la mañana en la Torre Eiffel al lado de donde se sacan las entradas.

—Eso es —acarició mi mejilla y se acercó a besarme.

Un precioso beso de despedida que llevaba los sentimientos de dos personas que, pese a su forma de hacerlo, se querían mucho.

Me fui en el ferry con Aitor, ni siquiera me despedí de Delvin, me acordé cuando ya estábamos de camino hacia Phuket, me reí al acordarme.

Aitor estaba blanco, en shock, pero lo peor de todo es que estaba lidiando con lo que sabía y con lo que su corazón sentía, se notaba que esta también le había llegado profundo.

Por el camino miramos en qué hotel quedarnos y se lo indicamos al taxista.

Era uno en la zona más salvaje, fuera de la playa, pero con un entorno de lo más idílico, en plena naturaleza y toda con arquitectura de allí, una pasada.

Lo mejor, la piscina con bar acuático que era lo que queríamos para pasar los dos últimos días en ese país.

Dejamos las cosas en la habitación y nos fuimos directos para ella.

—Dos rones y que sea de la botella que más grados de alcohol tenga.

—¡Aitor! —reí —No le hagas caso —sonreí al camarero — Dos rones con Coca Cola, por favor.

—Claro —sonrió el chico con gesto de saludo tailandés incluido.

—Te gusta Carles ¿A qué sí?

—Sí —sonreí —, pero no lo amo.

—Eso también lo sé, pero se nota una complicidad muy fuerte entre ustedes, parecéis dos almas gemelas y eso que sois tan diferentes, pero bueno, tan iguales a la vez.

—Si no existiera Ethan, me lo llevaba a vivir conmigo a cualquier parte del mundo para comenzar una nueva vida. Sé que, con él, lo tendría todo.

—Y aún sabiéndolo, eres incapaz de dejar de amar a Ethan.

—Sí, a pesar de que sé que Carles me aportaría todo lo que necesito, a pesar de saber lo malo que fue Ethan para mí, y a pesar de saber que me estoy equivocando, pero, ¿quién le dice a mi pobre corazón lo que debe hacer cuando hará todo lo contrario?

—Carles tiene algo que cae muy bien.

—Sí, es un hombre muy transparente, tiene una luz especial que envuelve por completo. Es respetuoso y ardiente, gracioso sin necesidad de provocar la gracia y tiene una sonrisa que hace sonreír a cualquiera.

—¿Y yo que tengo?

1—Tú dos collejas por cobarde.

—¿De verdad me ves cobarde?

—Mucho —sonreí y choqué mi copa con la suya.

0

—Daniela, pese a lo loco que a veces puedo parecer, soy un tipo tradicional, creo en el amor, en la familia y es lo que quiero formar.

—Con ella lo podrías haber hecho, hay muchas maneras de ser padres, como la adopción.

—No lo veo, no lo veo —hiperventilé y me eché a reír. Le acaricié la espalda.

—He tomado una decisión —murmuré, a sabiendas de que iba a ser el primero en enterarse.

—¿Cuál?

—Me tienes que guardar el secreto, esto lo quiero comunicar yo.

—¿Dejas la empresa?

—Sí, le voy a vender al padre de Marisa mi parte. Con lo que tengo ya puedo vivir una vida desahogada, quiero ser libre, dedicarme en ese momento a lo que me apetezca, incluso quiero montar un hotel, así como el que dirige Delvin, en algún lugar del mundo y pasar partes del año en él. Me he dado cuenta de que me gusta otro tipo de vida. En casa de Ethan, me sentí muy feliz, y en esta isla, a pesar de todo lo sucedido, he sentido una paz que en la ciudad no puedo encontrar. Mi vida está en una dirección acomodada, pero no en la que me haría completamente feliz.

—Hazlo, así me voy parte del año contigo a escribir —soltó, causándome una risa.

—Me iré a España a mi casa después de la entrega de premios y estaré lo que queda de año, mientras pensaré donde quiero estar luego. Además, le prometí algo a Carles para Fin de Año y en caso de que se dé esa circunstancia, ese día tengo una cita con él.

—Sabes que hagas lo que hagas te apoyaré y ahí estaré siempre que lo necesites, quiero que seas muy feliz Daniela, quiero que seas todo eso que te mereces, porque pese a todos los hombres de tu vida que hay en estos momentos, tú eres una mujer que vales muchísimo, que tienes un corazón enorme y que nos alegras con solo sonreírnos.

—Ya no sonrió a muchos de ellos.

—Eso está bien, hay que ir haciendo cribas —nos reímos.

Estuvimos toda la tarde ahí, hasta comimos, ese bar en la piscina tenía comida ligera.

Al día siguiente igual. Cogimos ese ladito de la piscina y ahí que nos quedamos todo el día.

Y llegó el momento de irme para California y él, para España. Nos separamos con un enorme abrazo en aquel aeropuerto.

Sabíamos que tarde o temprano, nos encontraríamos de nuevo...

—¿Cuál?

—Me tienes que guardar el secreto, esto lo quiero comunicar yo.

—¿Dejas la empresa?

—Sí, le voy a vender al padre de Marisa mi parte. Con lo que tengo ya puedo vivir una vida desahogada, quiero ser libre, dedicarme en ese momento a lo que me apetezca, incluso quiero montar un hotel, así como el que dirige Delvin, en algún lugar del mundo y pasar partes del año en él. Me he dado cuenta de que me gusta otro tipo de vida. En casa de Ethan, me sentí muy feliz, y en esta isla, a pesar de todo lo sucedido, he sentido una paz que en la ciudad no puedo encontrar. Mi vida está en una dirección acomodada, pero no en la que me haría completamente feliz.

—Hazlo, así me voy parte del año contigo a escribir —soltó, causándome una risa.

—Me iré a España a mi casa después de la entrega de premios y estaré lo que queda de año, mientras pensaré donde quiero estar luego. Además, le prometí algo a Carles para Fin de Año y en caso de que se dé esa circunstancia, ese día tengo una cita con él.

—Sabes que hagas lo que hagas te apoyaré y ahí estaré siempre que lo necesites, quiero que seas muy feliz Daniela, quiero que seas todo eso que te mereces, porque pese a todos los hombres de tu vida que hay en estos momentos, tú eres una mujer que vales muchísimo, que tienes un corazón enorme y que nos alegras con solo sonreírnos.

—Ya no sonrió a muchos de ellos.

—Eso está bien, hay que ir haciendo cribas —nos reímos.

Estuvimos toda la tarde ahí, hasta comimos, ese bar en la piscina tenía comida ligera.

Al día siguiente igual. Cogimos ese ladito de la piscina y ahí que nos quedamos todo el día.

Y llegó el momento de irme para California y él, para España. Nos separamos con un enorme abrazo en aquel aeropuerto.

Sabíamos que tarde o temprano, nos encontraríamos de nuevo...

Capítulo 10



El viaje fue peor que todas las cosas, los dos vuelos se hicieron eternos, además, me encontraba con un ligero malestar en el cuerpo.

Aterricé en Los Ángeles y al sacar las maletas en el carro, ya estaba Marisa con su padre esperándome.

Durante ese trayecto aproveché para contarles mi decisión, me apoyaron por completo, su padre dijo que se quedaría con la parte de la empresa y me abonaría lo pactado.

Por supuesto, me reiteró que, si algún día quería trabajar allí o hacer algo, solo tenía que decirlo, que aquello siempre sería mi casa.

Llegamos al hotel y yo tenía mi estudio con Marisa, así que allí que nos plantamos a charlar como cotorras y la puse al día de todo. Ella también a mí con una súper noticia... ¡Se iba a vivir con Manu!

Sí, él regresaba de Uruguay en una semana y se iba directo a vivir con ella.

Me hizo mucha ilusión aquella noticia.

Lo cierto es que yo sabía que algo así sucedería, y es que, por los comentarios de Marisa, algo estaba tramando.

Me contó que Martha estuvo llamándola a la empresa y que ella en todo momento le dijo que hablarían cuando tuvieran que hablar, pero no ahora y que esta se ponía a llorar sin entender nada.

Paseamos dos días por Hollywood, haciendo tiempo hasta el gran día, ese que comenzaba hoy.

Estaba muy nerviosa, con ese vestido de falda de tul en color negro y esa camisa sin mangas y escote caído de pico.

—Estás preciosa —me dijo abrazándome por detrás mientras me miraba en ese espejo de cuerpo entero.

—Tú también —sonreí—. Los nervios me están pudiendo. Saber que voy a ver a Ethan de nuevo, está siendo muy superior a mí.

—Y a Martha, esa no nos va a dejar hasta que le expliquemos.

—Esa me da igual, sinceramente, de verdad, que rece porque no le dé una colleja.

Llegamos al evento y fuimos hacia el Photocall a la vez, de la mano, hicimos dos o tres movimientos para las cámaras y entramos.

Mi mirada se cruzó con Ethan, iba vestido con la camiseta y las zapatillas que le regalé, con esas mismas que salía en la imagen del beso con aquella modelo.

Me dieron ganas de ir hacia él y darle una hostia, pero negué a lo lejos mientras se me empezaban a humedecer los ojos y lo miraba con asco.

—Vamos hacia ese lado —dijo Marisa, apartándonos de allí al verme así.

En ese momento en todas las pantallas del evento sonó un anuncio.

—Hoy tendréis la posibilidad de descubrir la nueva fragancia de “Johnletino” — esa era la firma de mis perfumes favoritos, Ethan me había regalado un par de ellos —, y con esta fragancia a las dos nuevas personas que serán imágenes de ello —en ese momento salió un video de la foto que me llegó de Ethan y esa modelo. Joder, no me lo podía creer había grabado un spot y alguien aprovechó para.... —El mismísimo Ethan, pidió a la firma un nuevo perfume para sorprender a alguien especial y que aún no se ha desvelado de quién se trata —me quería morir, simplemente me quería morir.

—Ya no me vais a dar más largas —la voz inoportuna de Martha, nos sacudió la cabeza de nuevo—. He querido contarte lo de aquel mensaje que, por cierto, ponía Ethan, pero no correspondía a su número. Lo he averiguado todo, al igual que sé que piensas que yo tuve que ver con eso. Nada más lejos de la realidad, todo fue preparado por Mikel y Delvin, además de esos dos amigos que participaron en la orgía, solo se salva Carles. Ya que buscas la verdad, haber pedido que te enseñaran el número de ese mensaje que se suponía que era de Ethan y si quieres, te llevo a demostrártelo ¡Pero parad de darme largas! —dijo enfadada, mientras yo entraba en un shock mucho más profundo —Y como acabáis de ver en estos momentos, aquella foto fue porque el pobre Ethan, te quería dar una sorpresa con ese spot.

—Martha ¿Tú has estado liada con Ethan? —le pregunté, porque era lo único que me faltaba ya para terminar de rematarme.

—Ojalá, hija, ojalá, pero no, por Dios ¿Qué cojones te han metido en la cabeza?

—Si solo fuera en la cabeza —murmuré, sintiéndome la mujer más deleznable del planeta.

—No empieces, ahora lo que hay que hacer es recomponer todo lo roto.

—Ojalá fuera tan sencillo.

—Mira —Martha estaba en plan mandona —. Ve hacia él, y al menos discúlpate, él sabe toda la verdad y esperó a que tú hoy la descubrieras, así que ve, discúlpate y no esperes ni un beso ni un polvo, pero al menos comienza haciendo algo ético.

1 —No puedo hacerlo.

—¿En serio? —preguntó Marisa, jalándome para que fuese hasta él, que estaba solo.

s

—No puedo, de verdad —lloraba con una tristeza increíble y me fui al baño. Necesitaba desahogarme.

Quando salí les hice un gesto para que me dejaran y fui andando hasta él, que estaba apoyado en una esquina de la barra, me observó mientras me acercaba, serio, con esa copa en la mano y sin gesticular nada.

—Hola, Ethan.

—Hola, Daniela.

)

—Sé que un, “lo siento” o un “perdóname” no repara el daño causado, pero mereces que te lo pida.

—Tranquila, no te guardo rencor.

—No sé si eso es bueno o malo —murmuré con tristeza.

—Es un “no importa ya nada”, sucedió, se rompió lo bonito y ya es mejor seguir adelante que lamentarse —murmuró con tristeza.

—Voy a lamentar esto todos los días de mi vida —se me saltaron las lágrimas.

—Lo sé, pese a todo, lo sé.

—¿Me das un abrazo?

—Ven —puso la copa sobre la barra y me abrazó con mucho cariño —. No te mereces nada malo, no eres mala persona, pero a veces, las respuestas las tenemos más cerca de lo que pensamos y no hace falta poner en riesgo nada. Lamento mucho que algo tan bonito como lo nuestro se acabara de esa manera tan dolorosa, pero quiero

creer que vas a ser feliz, a alguien que amo tanto le deseo todo lo bueno, que a mí también me gustaría que me pasara en la vida.

—Me retiro de este mundo, pero puse como condición al vender mi parte, que todos los papeles que saben que son para ti, te lo sigan dando.

—No —sonrió—. Yo ya me retiro también. Estoy cansado de una vida frenética sin poder estar cinco meses seguidos en casa. No necesito más de lo que tengo, me retiro de todo esto, en cierto modo, será una forma de ser un poco más feliz. En mi rancho, con mis animales y una vida tranquila.

Comenzó la entrega de premios y nos llamaron a Marisa y a mí, se lo dediqué a mi padre, la verdad es que nos emocionamos todos, se notaba en la cara de las personas.

Lo peor fue cuando subió Ethan y lo cogió, se acercó al micro y se dirigió a mí, sí, a mí.

—Daniela —me miraba señalándome con la estatuilla—, este premio lleva tu nombre en gran parte, en casi toda. Confíaste en mi personaje, en mi trabajo y me llevaste a poder hacer los papeles más importantes de mi vida. Te debo mucho, demasiado, podría comenzar a decir muchas cosas, pero creo que no describirían lo importante que has sido en mi vida. Este premio va por ti, por ti que un día creíste en mí.

Se me cayó el alma en pedazos, lloré como quien la están desgarrando por completo, sentía algo tan fuerte, que pensé que me ahogaba.

Le dije a Marisa y Martha, que me iba para el hotel, no me dejaron irme sola y un coche me llevó.

No quería quedarme allí, me había cargado la historia más bonita que nunca había imaginado. Había acusado a un hombre por el simple hecho de no tener las agallas de pedirle una explicación y porque hoy en día sabía, que todo la podía tener.

Esa noche lloré mucho, demasiado, en ese momento sabía que una parte de mi vida había quedado parada por completo y que ahora me tocaba emprender otra en la que el dolor, remordimiento y deslealtad, me hacían sentir la peor persona.

En los ojos de Ethan pude ver que me amó de verdad y de corazón, que sí, que era esa persona que todos querían y valoraban, el problema era yo. ¿En qué me había convertido?

Al día siguiente regresamos a España, en un vuelo en el que me juré que no me perdonaría nunca todo el dolor que había ocasionado a esa persona.

El hombre que desde antes de conocerlo tanto amé...

n

l

y

e

Capítulo 11



Dos meses llevaba en España y el otoño había pegado con fuerza.

Mi vida había sufrido un giro por completo y es que, desde que regresé, habían pasado muchísimas cosas.

Por un lado, le vendí mi parte de la empresa al padre de Marisa, que esta a su vez, ya vivía con Manu y tenían una relación de lo más bonita.

Por otro lado, tenía constancia que Carles regresó a New York y dejó de trabajar para Delvin, después de enterarse de todo. Ahora trabajaba para una prestigiosa firma de coches de la cuál era comercial internacional.

De Ethan no supe nada más que dejó como dijo de firmar contratos y de poner nada relevante en las redes sociales más que a sus animales o alguna foto de ellos con alguna reflexión bonita sobre la vida. La gente le pedía que regresa y el no contestaba a nada.

Aquella historia me dejó más que marcada y es que no había un solo día, que no derramara alguna lágrima pensando en él.

Aitor seguía publicando novelas, pero no se sabía mucho de su vida privada, era como que necesitó desaparecer un poco, hasta de mi vida, casi no tenía contacto con él, pero por Manu, sabía que estaba bien.

Con Manu y Marisa me veía algún que otro fin de semana en el que iba a comer a su casa o ellos venían a la mía.

Y yo, bueno yo, desde el primer momento me volqué en la fundación de niños sin familias para la que cedí la casa de mis padres.

Allí me estaban muy agradecidos y me volqué en el programa de buscar padres de acogida temporales o definitivos hasta que el menor fuera mayor de edad.

Y en esos días fue que entró una niña llamada Carla, una preciosidad rubia con unos rizos de oro que era una monería y que estaba asustada, se le veía triste y cabizbaja.

Su historia es que, a sus cinco años, no tenía padre y a su madre por temas de drogas le dio un zumbido que la dejó en coma.

Entonces esa niña al tener madre no podía ir a adopción, pero si podía ser retirada y su madre si despertaba tenía derecho a verla en citas supervisadas por los psicólogos del centro. Pero al no tener familia, ahora la tutela la tenía la junta, protección de menores.

Me puse a charlar con ella en ese primer contacto con la fundación que se hacía responsable de ella y desde ese momento que fue a un centro para que se decidiera a qué familia se asignaba, me dije a mí misma que sería para mí, que yo la quería cuidar y es que me veía muy empatizada y similar a ella en algunos aspectos. Era duro no tener a esos padres que abrazar.

Esa mañana me llegó la noticia de que el juez había autorizado que se viniera de forma permanente conmigo. Eso significaba que era hasta su mayoría de edad. Momento en el que incluso le podía poner mis apellidos si la niña lo quería.

Contaba con que, si la madre despertaba, una vez al mes tenía que llevarla a esos encuentros de una hora, pero era su madre y, por supuesto, lo haría con el corazón.

Carla me había cogido mucho cariño, ya que todos los días me encargaba de llevarla al colegio y de hacer los deberes con ella y luego se quedaba en el centro. No tenía ni idea de que yo estaba luchando por ella. Esa niña me adoraba y me veía como un referente, me comía a besos y abrazos.

Lloré mucho y esperé a que fuera la hora de la salida para recoger a la pequeña y con autorización de los técnicos de la fundación, yo misma le daría la noticia.

Salió corriendo hacia mis brazos como cada día del último mes. La cogí en brazos y me la comí a besos.

—Nos vamos al McDonald's, tengo que hablar contigo de mujer a mujer —puse cara de interesante y se echó a reír.

—Me encanta ese lugar.

¹ —Y a mí, lo que pasa que no se puede ir a menudo porque de lo contrario nos ponemos redondas, nos salen los michelines y nos volvemos depres —le hice cosquillas.

—¿Qué son los michelines?

—Esto —le jalé por los lados de su barriga mientras reía a carcajadas.

Pedimos los menús y nos sentamos al lado de la cristalera.

—Carla, tú sabes que no vas a poder volver con mamá porque está muy malita y no te puede cuidar.

—Lo sé —murmuró con tristeza.

—Sabes que te llevarán a algún hogar para que tengas una familia.

—¿Y no te veré más? —Se le saltaron las lágrimas y casi me da un infarto.

—Eh, no llores que no he terminado de hablar —dije bromeando a modo de protesta y le saqué una risilla.

—Es que yo quiero que seas mi mami.

—Pues listo, eso venía a decirte, pero no sabía como —le hice un guiño —¿Te apetece venirte a vivir conmigo?

—¿Y qué me cuides como una mami?

—Afirmativo y que a nadie se le ocurra pasarse —dije con el dedo para que se riera.

—¡Sí! —Me abrazó bien fuerte —¿Vas a hablar con ellos?

—No, nos vamos cuando comamos a recoger tus cosas que te vienes conmigo, ya está todo hablado y tengo la autorización.

—¿¿¿Vas a ser mi mami de verdad??? —preguntó emocionada e incrédula.

—Eso parece, pero tenme paciencia que nunca he sido mami ni me preparé para ello —carraspeé.

—Ya lo hacías mejor que mi mami, que me dejaba sola siempre encerrada en el cuarto.

—Ay, princesita mía, tranquila, que eso jamás lo haré —dije con tristeza.

Le tuve que reñir con cuidado dos veces, casi se me ahoga comiendo para terminar rápido e ir a por las cosas para venirse a casa conmigo.

Allí la despidieron entre sollozos y felicidad de saber que iba a estar muy bien a mi lado.

En la vida todo pasa por algo y es que ese día la felicidad reinaba en mi casa con esa niña. Por la mañana cuando la llevé al colegio me llamaron para decirme que su mamá había fallecido y que el juez había dicho que estaba dispuesto a dármela completamente en adopción, ya que no existía familia.

Ese juez era la caña, siempre pendiente a los casos de los niños que llevaba de la fundación y estaba al tanto de todo, por supuesto dije que sí, como también dije lo que iba a hacer.

Murió la noche anterior y era el entierro en unas horas, sola, esa mujer no tenía a nadie, así que regresé al cole y dije que me la tenía que llevar.

Le conté que su mamá, aunque no la había sabido cuidar se había ido al cielo y que deberíamos de ir a despedirla. Que gracias a ella estaba en la vida. Lo comprendió y me dijo que quería ir.

Compré un ramo de flores y lo llevamos al cementerio cuando supe que ya le habían dado sepultura. No quería que viviera ese momento siendo tan pequeña.

Colocó el ramo y me quedé de piedra cuando comenzó a hablar.

—Mamá, te traigo este ramo y vengo a decirte que no te preocupes que ya tengo otra mamá. Sé que estabas enferma y por eso no me cuidabas bien, pero no pasa nada, ya lo va a hacer Daniela, que es mi nueva mami. Vete tranquila y no te preocupes de nada.

Joder, se me saltaron las lágrimas, se me encogió el corazón.

Yo le hice entender que su mami siempre estuvo malita, no le dije que era una drogodependiente, pero sí que tenía una enfermedad que no la dejaba actuar como una mamá normal y se vio que lo entendió por esas palabras.

Regresamos a casa y la duché, luego nos sentamos a ver unos dibujos en la tele después de hacer unos pocos de deberes que tenía, no mucho, siempre se hacían en diez minutos, me encantaba ayudarla a entender todo y además era muy lista, se quedaba fácil con la copla.

Ese juez era la caña, siempre pendiente a los casos de los niños que llevaba de la fundación y estaba al tanto de todo, por supuesto dije que sí, como también dije lo que iba a hacer.

Murió la noche anterior y era el entierro en unas horas, sola, esa mujer no tenía a nadie, así que regresé al cole y dije que me la tenía que llevar.

Le conté que su mamá, aunque no la había sabido cuidar se había ido al cielo y que deberíamos de ir a despedirla. Que gracias a ella estaba en la vida. Lo comprendió y me dijo que quería ir.

Compré un ramo de flores y lo llevamos al cementerio cuando supe que ya le habían dado sepultura. No quería que viviera ese momento siendo tan pequeña.

Colocó el ramo y me quedé de piedra cuando comenzó a hablar.

—Mamá, te traigo este ramo y vengo a decirte que no te preocupes que ya tengo otra mamá. Sé que estabas enferma y por eso no me cuidabas bien, pero no pasa nada, ya lo va a hacer Daniela, que es mi nueva mami. Vete tranquila y no te preocupes de nada.

Joder, se me saltaron las lágrimas, se me encogió el corazón.

Yo le hice entender que su mami siempre estuvo malita, no le dije que era una drogodependiente, pero sí que tenía una enfermedad que no la dejaba actuar como una mamá normal y se vio que lo entendió por esas palabras.

Regresamos a casa y la duché, luego nos sentamos a ver unos dibujos en la tele después de hacer unos pocos de deberes que tenía, no mucho, siempre se hacían en diez minutos, me encantaba ayudarla a entender todo y además era muy lista, se quedaba fácil con la copla.

Capítulo 12



Dos meses llevaba ya en casa Carla a la que le había puesto la habitación a su gusto y era más feliz que todas las cosas. Había transformado mi vida por completo y encima le acababan de dar las vacaciones de Navidad y llevaba un pleno de sobresalientes en ese primer trimestre del primer curso primaria. Le hice una fiesta en la puerta del cole cuando me dio las notas la profe.

Había quedado en cenar esa Nochebuena en casa de Marisa con ella y Manu, además de la niña, por supuesto, era mi grano en el culo, conmigo al fin del mundo.

Marisa cenaría con sus padres que estaban separados y Manu, en Fin de Año, así que esa noche la reservamos para nosotros.

Ya el juez movió todo y Carla tenía mis dos apellidos, fue rapidísimo y eso me dio una seguridad increíble. Era mi hija, la sentía así y a ella se le engrandecía la boca llamándome mamá.

En mis redes sociales subí una foto con ella unos días atrás cuando tenía ya mis apellidos y salíamos de espalda, levantando las manos con los dedos en plan victoria y lo acompañé con una frase que decía...

“Ella es mi hija, se llama Carla y es el motor de mi vida”

Recibí más likes que nunca, a la gente no le hizo falta más, lo entendieron y se alegraron del tirón, me sentí muy feliz de comunicar que volvía a tener una familia y todo gracias a esa pequeña que había venido a iluminar mi vida, esa que se oscureció por completo.

Esa noche que fuimos a la cena llevábamos los pijamas, ya que íbamos a cenar todos con ellos puestos y era de Disney, a la niña le hacía mucha ilusión, tal como llegamos hizo que los demás nos lo pusiéramos igual que ella.

La gracia llegó cuando salió de un dormitorio con el mismo pijama alguien que no esperábamos ¡Aitor!

—Aquí está el tito Aitor —gritó, cogiendo a la pequeña Carla que había hablado con él, un par de veces por teléfono.

—¡Tito! —dijo la muy zalamera. A Manu y Marisa también los llamaba así.

—Y la tita, ¿qué? —apareció Martha, también dejándome a mí y a la niña locas perdidas. Con ella hacíamos muchas videollamadas.

La cena en pijama y todos iguales fue de lo más divertida, nos reímos un montón, eso sí, mi hija era el centro de atención, nos tenía a todos embobados con sus cosas y es que era de lo más graciosa, sin ser pesada, encima me había salido educada ¡Para comérsela! Me tenía loquita perdida.

—Carla y yo, tenemos que contaros algo —carraspeé en medio de la cena y a la pequeña se le iluminó la cara.

¡—Nos vamos a ver a Mickey —soltó, causándonos una carcajada.

—¿Sí? —preguntó Marisa.

—Sí, le hice una promesa a Carles y voy a ir a una cita que tengo con él, como os conté en su momento. Quiero que conozca a Carla y que pasemos con él el Fin de Año, estaremos dos días en París y luego ella y yo, nos iremos a Disney tres días —dije emocionada.

a

—¿No has vuelto a hablar con él? —preguntó Marisa.

¡—No, pero cuando puse el post con Carla en Facebook, puso que Dios nos bendijera a las dos. Eso para mí ya es mucho.

—Es un gran hombre.

—Sí y sé que estará, no le voy a fallar.

—Es un gesto muy bonito por tu parte —dijo Aitor, agarrando mi mano con cariño.

—Le debo mucho a Carles.

—Sí, porque a mí, solo disgustos.

—¡Tonto! —le di una colleja y Carla se puso las manos en la boca riendo.

—Como madre es la mejor, pero como amiga... —le dijo este, haciéndola reír.

Dormimos todos allí y por la mañana fue un espectáculo ver a Carla descubrir la de regalos que tenía por parte de todos.

—Es lo más impresionante que he visto en mi vida —decía con esa voz tímida y mirando todos sus juguetes.

Alucinó con sus muñecas, ropa, maquillaje y una casita que la volvió loca de contenta y es que era más grande que ella. Se puso a darnos café a todos de esa cocina que tenía dentro. Lo que nos reímos con Aitor fue poco, que se metía en el papel de su hijo y le pedía hasta tostadas.

Los siguientes días lo pasamos con los chicos para arriba y para abajo, viendo mercados navideños y disfrutando de ese ambiente tan especial.

Además, me ayudaron mucho entreteniendo a la niña para poder ir comprando los regalos de Reyes que iba escondiendo en el trastero de mi unifamiliar.

No había ni un solo día que no recordara a Ethan, y en esos días tan entrañables estuve a punto de ponerle un mensaje, pero no lo veía justo, le había hecho mucho daño y ahora comprometerle a que tuviera que contestarme como que no era algo que terminara de ver. Esperaba que fuera como fuese, estuviera pasando unos días llenos de amor, tenía unos padres impresionantes y unos amigos, Ximena y Rafael, que lo cuidaban como si de su propio hijo se tratara.

Preparamos con mucha ilusión su maleta y la mía para el viaje, ella estaba loca de saber que por primera iba a volar y encima para ir a Disney, eso la tenía de los nervios y no dejaba de ver en la Tablet videos de ese parque que estaba a muy poco de conocer.

Durante el despegue del avión fue buenísimo, la niña se puso la mano en la boca nerviosita perdida y decía que tenía gusanos en el estómago.

Vimos durante el trayecto de poco más de dos horas una película de Disney, ella estaba de lo más emocionada.

Cuando aterrizamos en París, un taxi nos llevó al apartamento que había reservado para tres noches. Era el día anterior a Fin de Año.

Dejamos el equipaje en el hotel y salimos a comprar algunas cosas a un supermercado para tener en el apartamento.

—Hace mucho frío, mamá —dijo riendo.

—Ya te digo, pero ya no sé qué más ponerte, vas momificada —reí cogiéndola en brazos y pegándola a mí.

Cogimos cosas para desayunar y para la cena. Nos íbamos a descansar, ya que al día siguiente con Carles lo veríamos todo.

Nos asomamos al balcón y tiré una foto desde el palo selfi con temporizador, lo puse a modo trípode, salíamos de espaldas a la Torre Eiffel y levantamos las manos con los dedos haciendo una v.

eLa subí a la red poniendo que ahí estábamos para cumplir nuestra promesa.

Carles le dio un “me encanta” que me dejó de lo más tranquila. Si ya lo estaba, ahora más, sabía que estaba aquí, que al día siguiente estaría junto a nosotras disfrutando de uno de los días más especiales del año.

Nos acostamos temprano, es más, Carla cenó y se quedó dormida en el sofá. La cogí en brazos y me la llevé a mi cama. Aunque había dos dormitorios, me encantaba dormir junto a ella.

Nos asomamos al balcón y tiré una foto desde el palo selfi con temporizador, lo puse a modo trípode, salíamos de espaldas a la Torre Eiffel y levantamos las manos con los dedos haciendo una v.

La subí a la red poniendo que ahí estábamos para cumplir nuestra promesa.

Carles le dio un “me encanta” que me dejó de lo más tranquila. Si ya lo estaba, ahora más, sabía que estaba aquí, que al día siguiente estaría junto a nosotras disfrutando de uno de los días más especiales del año.

Nos acostamos temprano, es más, Carla cenó y se quedó dormida en el sofá. La cogí en brazos y me la llevé a mi cama. Aunque había dos dormitorios, me encantaba dormir junto a ella.

Capítulo 13



—No te preocupes que te llevaré a Disney —la escuché decir al osito de peluche que llevaba a todas partes y que yo le regalé.

—Pues para él no hemos sacado entradas, así que tenemos un problema —bromeé tirándome encima de ella a hacerle cosquillas.

—Pues me lo meto debajo del abrigo y nadie se da cuenta.

—Menos mal que piensas —reí, dándole un beso en la mejilla.

Preparé el desayuno a base de pan con Nutella, que atracón nos dimos...

No es que habitualmente hiciéramos eso, pero pillé un tarro en el súper y esa mañana se nos antojó a las dos.

Nos pusimos la boca de chocolate que era para que nos la metieran en una lavadora, pero lo que nos reímos tirándonos fotos, no tenía precio.

—Entonces el hombre es muy guapo, simpático y está pintado de negro.

—No —reí—. Su piel es de color negra.

—Pero, ¿cuándo se la pintó?

—Carla —no podía dejar de reír—, es su color de nacimiento. Nosotras somos blancas, él es negro y los asiáticos un poco amarillos.

—Su madre se pintó la barriga con rotulador y a él lo trajo la cigüeña de ese color.

—Sí, cariño, sí, dejémoslo ahí y otro día te lo explico.

—Pero si le doy dos besos, ¿me pintará la cara?

—Te garantizo que no —reí.

Le puse unos leotardos debajo de los vaqueros, lo mismo que hice yo. Una camiseta enguatada blanca, un jersey del mismo color de pelitos y el chaquetón gordo que le llegaba hasta las rodillas en color rojo. Las dos íbamos iguales, hasta el gorro blanco de lana y el pelo suelto.

Bajamos y fuimos paseando hasta la Torre Eiffel, aún eran menos diez y no vi a Carles por allí.

Había mucha gente haciéndose fotos, estaba lleno de turistas como era previsible. Yo no le quitaba el ojo de encima a Carla, que correteaba por allí detrás de las palomas y aproveché para tirarle fotos, era una muñeca, preciosa a más no poder.

En ese momento sonó una canción que me puso la piel de gallina, era con la que yo aparecí en el evento la primera que conocí a Ethan. La canción no era otra que “En el sur” de Costa Sur.

“De sangre y oro se viste Triana al despertar y aún en la noche perfume de Azahar...”

Agarré a la niña de mi mano y vi que la música venía de un vendedor de llaveros de la torre, algo me decía que eso no era por causalidad.

Me giré a mirar por todos lados sin soltar a la niña y ahí estaba él, no era Carles, era Ethan...

Con la mano que no tenía a la niña agarrada, me tape los ojos y comencé a llorar.

—Mamá que pasa —dijo, pegándose a mí.

—A tu mamá le pasa que está muy feliz de haberte traído aquí, Carla —murmuró Ethan y vi como se agachaba a ella y le daba un regalo.

—¿Mamá puedo cogerlo?

—Claro cariño.

—Pero él, no es de color negro.

—Se destiñó, solté riendo entre lágrimas y Ethan se echó a reír.

—El morenito me cedió el puesto... —le dio un beso en la mejilla, se levantó y se puso frente a mí.

Sonrió y me dio un abrazo. Pechá de llorar que me di cuando hizo eso.

—¿Qué haces aquí?

—Bueno, soborné a Carles —me dio un beso en la mejilla y acarició mi barbilla. Estaba guapísimo con ese chaquetón negro y ese pelo rubito al aire.

—¿Hablas con él?

—Bueno, él me llamó hace unas semanas y desde entonces sí, hablamos. Le pedí venir y me dijo que era lo correcto, que nosotros merecíamos algo más que esa despedida fea que tuvimos.

—Gracias, Ethan —sonreí con tristeza.

—No nos merecemos parecer dos extraños cuando nos hemos querido tanto —acarició la cabeza de la pequeña con mucho cariño —. No merecemos que ni siquiera de vez en cuando no nos podamos hablar y preguntar como estamos. Te he extrañado mucho, lo reconozco.

—Gracias —repetí de nuevo. Estaba en shock, no me lo podía creer y reconozco que fue la sorpresa más bonita que jamás me hubiera imaginado. No nos merecíamos parecer dos extraños y menos por mi culpa —. Yo también te extraño mucho.

—¿Qué planes te apetece para la cena de esta noche? —Cogió a la pequeña en su brazo y me ofreció su codo para comenzar a andar.

—Si quieres, podemos cenar en el apartamento que tengo y te puedes quedar allí.

—Genial, mejor que reservar en algún sitio. Además, tengo mis maletas en casa de un amigo, vine a la aventura.

—Puedes quedarte con nosotras, estaremos hasta pasado mañana aquí.

—Os vais muy rápido.

—Luego vamos a Disney unos días, no creo que te apetezca.

—Me apunto —murmuró, haciéndole un guiño a la pequeña que lo miraba embobada. Normal, cualquiera lo miraría así.

Fuimos en un taxi a recoger sus maletas, las dejamos en el apartamento y luego nos fuimos a un mercado navideño de productos hechos, listos para comer en ese tipo de cenas.

Yo iba en shock, aún no había asimilado que ahí estaba Ethan, que había cruzado medio mundo para pasar estos días conmigo y con Carla, de la que tenía constancia desde que subí aquella foto.

Ethan estaba como él era, relajado, eso sí, no soltaba a la niña de sus brazos o su mano en ningún momento.

La pequeña iba de lo más feliz junto a él que le explicaba toda su vida desde que llegó a mi casa.

Comimos en un Burger King antes de irnos al mercado para comprar lo de la cena, pero es que cuando dijo de comer y la niña soltó esa opción, él dijo que, adjudicado y allá que la llevó.

Yo era incapaz de gesticular, me costaba hablar, solo observaba a ellos dos que eran como dos loros. Ethan se ponía a la altura de ella y se metía en esas conversaciones que ella le daba.

Luego en el mercado le compró chuches para esos días.

Compramos comidas típicas preparadas para esa noche, así como dulces, turrónes y todo lo que vimos que nos entró por la vista.

Ethan me sonreía y pellizcaba la mejilla de vez en cuando, yo me sonrojaba y era incapaz de pronunciar dos palabras seguidas. Estaba en shock.

Yo iba en shock, aún no había asimilado que ahí estaba Ethan, que había cruzado medio mundo para pasar estos días conmigo y con Carla, de la que tenía constancia desde que subí aquella foto.

Ethan estaba como él era, relajado, eso sí, no soltaba a la niña de sus brazos o su mano en ningún momento.

La pequeña iba de lo más feliz junto a él que le explicaba toda su vida desde que llegó a mi casa.

Comimos en un Burger King antes de irnos al mercado para comprar lo de la cena, pero es que cuando dijo de comer y la niña soltó esa opción, él dijo que, adjudicado y allá que la llevó.

Yo era incapaz de gesticular, me costaba hablar, solo observaba a ellos dos que eran como dos loros. Ethan se ponía a la altura de ella y se metía en esas conversaciones que ella le daba.

Luego en el mercado le compró chuches para esos días.

Compramos comidas típicas preparadas para esa noche, así como dulces, turrone y todo lo que vimos que nos entró por la vista.

Ethan me sonreía y pellizcaba la mejilla de vez en cuando, yo me sonrojaba y era incapaz de pronunciar dos palabras seguidas. Estaba en shock.

Capítulo 14



Llegamos cargados de compras al apartamento, hasta tres pijamas iguales le hizo Carla comprar a Ethan para esa noche y él ni lo pensó.

Duché a la pequeña a la vez mía, nos pusimos el pijama, yo seguía en ese shock y es que me había impresionado tanto esta sorpresa, que no podía aún ni reaccionar.

Ethan, ya estaba duchado y con el pijama puesto preparando cosas en la cocina para esa cena. Era un caramelo de hombre, la perfección en todos los sentidos, la persona más atractiva que había visto jamás y al que amé tanto, aún lo seguía amando con todas mis fuerzas.

—Ethan no te preocupes que mamá y yo te dejamos esta noche un hueco en la cama y así no duermes solo en este país extraño —dijo con su inocencia, había otro cuarto, pero a ella le salió eso así.

—Me quedo tranquilo —se puso la mano en el pecho y soltó el aire. Carla reía con todas las cosas que decía Ethan.

Ethan le dio una bolsa con unos regalos que le había traído de California, me emocionó cuando se lo dio, era un gesto tan bonito como lo era él.

La pequeña los abrió en la mesa emocionada mientras nosotros la observábamos preparándolo todo.

—Mamá, mira, es un disfraz de Cenicienta y tiene los tacones y todo.

—Me encanta.

—Quiero ir por Disney así.

—Hija, hace mucho frío y con esos tacones te vas a matar por allí.

—No mami, debajo me pone dos leotardos y arriba el abrigo, llevamos las botas en una mochila por si me mato.

Nos echamos a reír al escucharla, y es que tenía unas cosas que no eran para menos.

Además, le había regalado un cuento y una pulsera preciosa de plata con princesas Disney de la marca Pandora.

—Bueno —hizo un carraspeo —, ahora viene el problema y es tu madre.

—¿Por? —preguntó la niña riendo.

—Una vez le regalé un coche y me lanzó las llaves, al igual que el móvil que lo tiró en mis tierras. Así que no sabía que comprarle por lo que pudiera pasar —murmuró, causándonos una carcajada.

—Mi mami no tira nada —puso cara de extrañada.

—Entonces ¿Le doy su regalo?

—Sí, sí —dijo feliz, mientras yo negaba de nuevo llorando, estaba de lo más emocionada.

—Toma —me entregó un regalo que tenía forma de caja cuadrada.

—No era necesario —murmuré, mirándolo en mis manos y ruborizada por completo.

—Sí lo era, no mereces menos —sonrió.

—Mamá ábrelo, que lenta eres.

—Eso, presiona hija —reí negando.

Se me saltaron las lágrimas cuando abrí aquella preciosa caja en color rosa pastel y chocolate. Había una cadena de oro con un colgante y un corazón, en medio ponía Mamá y por detrás Carla.

—Y tú nombre donde está —le dijo la pequeña, causándonos una risa.

—Lo están haciendo en otro regalo —dijo él, bromeando para dejarla tranquila.

—Es precioso —dije abriéndolo para colgármelo y él, lo cogió y me lo colocó desde atrás.

Ethan descorchó una botella de vino blanco y sirvió dos copas, a la pequeña le echó un zumo de uva que parecía del mismo color y ahí ella que brindó con nosotros de lo más emocionada diciendo que por Mickey.

La cena fue de lo más divertida, es verdad que todo el peso de la charla la llevaban ellos dos, yo me sentía un poco

fuera de juego, estaba con ese maldito shock que no se me pasaba y desubicada por completo, eso sí, feliz como nadie se podía imaginar de ver que aquel Fin de Año, estaba siendo lo más bonito e inesperado que me podía haber sucedido en la vida.

Carla se había ganado por completo a Ethan, que no dejaba ni un momento de darle todo tipo de atenciones y eran como dos niños pequeños.

No habíamos terminado de cenar cuando la pequeña se sentó en el sofá con el cuento que le había regalado Ethan y fue quedándose dormida.

—Es preciosa, tiene una forma de ser muy especial y dulce —murmuró mirándola.

—Sí, a mí me enamoró nada más conocerla —sonreí, mirándola también.

—Te sienta muy bien tener una hija —acarició mi mano por encima de la mesa en un gesto de cariño que me hizo revolotear todas las mariposas de mi estómago.

—Bueno, fue fácil, ni malas noches, ni un mal parto —sonreí sin poderlo mirar de lo nerviosa que me ponía.

Ethan se levantó y le echó una mantita, la puso bien recostada en ese sofá, era el pequeño. Había otro más grande de tres plazas.

Recogimos la mesa y me puse a fregar mientras él, preparaba dos copas de whisky con Coca Cola. Había comprado la botella en una licorería que estuvo mirando hasta que se decantó por esa.

Nos sentamos en el sofá grande y pusimos las copas sobre la mesa auxiliar que había delante, antes llevamos a la pequeña a la habitación, ya que pegamos todo a una ventana que había para poder estar cómodos y fumarnos algún cigarrillo.

Realmente la llevó él, que se adelantó a cogerla con mucho cuidado, con el mismo que la tapó y dejó una lucecita encendida por si se despertaba.

Nos echamos una manta por encima de las piernas, como dije, habíamos pegado el sofá a la ventana del salón para poder fumar, pero la brisa que entraba era fuerte.

Puso su mano por debajo de la manta sobre mi rodilla y me miró sonriendo.

—Estás jodidamente guapa —dijo sonriendo, con esa mirada tan impactante que tenía.

—Tú también, Ethan. Te sentó bien el retiro.

—Sí, la verdad es que ahora estoy viviendo como quiero.

—Puedes permitirte, hiciste bien.

—Carles me mandó un regalo para ti y para la niña. Me dijo que te lo diera mañana cuando le hagamos una videollamada. Quiere felicitaros el Año Nuevo.

—Me alegra saberlo —sonreí.

—Fue importante para ti...

—Sí, mucho, de otra manera, pero lo fue.

—Estuviste con él cuando regresaste a la isla, lo sé.

—Sí —respondí con tristeza—. Con él conseguía que todo se calmara, aunque fuera un poquito. Tenía una película muy grande en mi cabeza.

—Demasiado grande...

—Lo siento, Ethan, de verdad, no te merecías eso.

—Ni tú tampoco, sé que te has hecho mucho daño a ti misma, que has sufrido mucho.

—Tú también por mi culpa y es lo que no me he perdonado este tiempo.

—Es hora de dejar atrás esos pensamientos y todo lo que pasó. Estamos a punto de comenzar un nuevo año —chocó su copa con la mía y dimos un trago.

—Ethan —murmuré mirándolo avergonzada— ¿Qué te hizo venir hasta aquí?

—Buena pregunta —sonrió sin dejar de acariciar mi mano por debajo de la manta—. Realmente iba a ir a España a presentarme en la puerta de tu casa —me miraba sonriente mientras hablaba—, pero cuando me contó Carles lo de tu promesa y me dijo que era la posibilidad de encontrarme contigo de una manera especial, no lo dudé ni un solo momento. Es más, estuve amenazándolo cada día porque no se arrepintiera y apareciera él también —se rio, ladeando su cabeza con esa suavidad y elegancia que solo alguien como él sabía hacer.

—No me lo esperaba por nada del mundo, eso sí, cuando sonó la canción del Sur, se me quedó el corazón encogido, pensé que ni me latía y que me iba a caer al suelo desplomada —dije, mirando hacia su mano que sostenía la copa y sonriendo, recordándolo—. Algo me decía que esa canción sonaba y que tú tenías algo que ver. A pesar de no tener lógica para mí, pero algo me decía que ahí estabas tú de por medio.

—Sabía que quería que sonara por tu alrededor una canción y rápidamente se me vino a la luz la primera vez que con ella nuestras miradas se cruzaron, a pesar, de que en aquel momento tú me querías matar —sonrió, recordándolo.

—Y ahora me deberías de querer matar tú.

—No, aunque sí me da rabia, lo reconozco, eso de que no me hubieras dado la oportunidad de hablar, de defenderme, no sé, tirarlo todo por la borda de esa manera y encima terminar en aquella isla, fue todo muy grande para mí.

—Lo sé, fui una estúpida.

—Sí, muy muy estúpida —metió la mano en mi cuello y se acercó a besar mi mejilla. En ese momento un reloj marcó que eran las doce de la noche —Feliz año nuevo, gracias por acabarlo y comenzarlo conmigo —murmuró y me dio un beso en los labios. Fugaz, pero me lo dio y casi me echo a llorar.

—¿Me has besado?

—Sí, suele hacerse con las personas que son importantes para ti y que está en este momento de cambio de año.

—¿Es típico en California?

—No, es típico a nivel mundial —sonrió y me di cuenta de que me estaba vacilando.

—Me has engañado —reí.

—Malintencionadamente —me volvió a besar.

—Ethan...

—Dime, pequeña.

—Nada, nada —no le iba a preguntar que, por qué de esos besos y que quería con ello. Iba a quedar más tonta de lo que ya parecía con ese shock que aún tenía.

—Dilo —acarició mi mejilla.

—No, no, era una tontería.

—No lo era, quieres saber que significan estos besos —murmuró, mirándome y acertando por completo, parecía

que me conocía mejor que yo misma.

—Sí, eso era —me sinceré.

—Son lo que tú quieras que sean —me volvió a besar, pero esta vez se quedó en ellos, de esa manera dulce y elegante, de esa forma que en la que jamás me había besado nadie.

Y comencé a llorar a lágrimas tendidas, en ese silencio de sus caricias y besos que no dejaban de suceder, mientras con la yema de sus dedos las iba secando.

Nos quedamos en ese sofá abrazados, besándonos, acariciándonos, me llevó a un orgasmo y fue entonces cuando nos fuimos al baño a terminar de rematar eso que tanto estábamos deseando y que en el sofá no nos atrevíamos por si se levantaba Carla.

Y allí lo hicimos. Él, apoyado sobre el mueble del lavabo y yo entre sus piernas. Mirándonos, volviendo a revivir esas emociones que sentíamos cuando estábamos juntos.

De allí nos fuimos a la cama, a Carla la teníamos en su habitación, que era frente a la de la cama de matrimonio, dejamos ambas puertas abiertas para escucharla y verla si se levantaba.

Me eché sobre su pecho y lo abracé bien fuerte. No sabía que pasaría después de este viaje, pero si algo tenía claro, es que sabía que Ethan había venido para quedarse.

que me conocía mejor que yo misma.

—Sí, eso era —me sinceré.

—Son lo que tú quieras que sean —me volvió a besar, pero esta vez se quedó en ellos, de esa manera dulce y elegante, de esa forma que en la que jamás me había besado nadie.

Y comencé a llorar a lágrimas tendidas, en ese silencio de sus caricias y besos que no dejaban de suceder, mientras con la yema de sus dedos las iba secando.

Nos quedamos en ese sofá abrazados, besándonos, acariciándonos, me llevó a un orgasmo y fue entonces cuando nos fuimos al baño a terminar de rematar eso que tanto estábamos deseando y que en el sofá no nos atrevíamos por si se levantaba Carla.

Y allí lo hicimos. Él, apoyado sobre el mueble del lavabo y yo entre sus piernas. Mirándonos, volviendo a revivir esas emociones que sentíamos cuando estábamos juntos.

De allí nos fuimos a la cama, a Carla la teníamos en su habitación, que era frente a la de la cama de matrimonio, dejamos ambas puertas abiertas para escucharla y verla si se levantaba.

Me eché sobre su pecho y lo abracé bien fuerte. No sabía que pasaría después de este viaje, pero si algo tenía claro, es que sabía que Ethan había venido para quedarse.

Capítulo 15



Carla cantaba desde la cama y eso es lo que nos despertó...

Ethan me dio un beso y fue a sentarse junto a ella y darle los buenos días con un beso que al verlo se me cayó el mundo, pero en forma de felicidad, la trataba con mucho amor y cariño.

Me levanté y me apoyé en la puerta sonriendo.

—Buenos días, cariño —le murmuré a Carla, que ya estaba sobre las piernas de Ethan.

—Mami, buenos días, hoy nos vamos a Disney.

—No —reí—, eso es mañana. Hoy es fiesta y pasaremos el día aquí tranquilos. Además, vamos a hablar por videollamada con Carles.

—¿El que está pintado de negro? —murmuró sonriendo y Ethan soltó una carcajada.

—Sí, cariño, el que está pintado de negro —negué riendo—. Os vais al sofá que yo os preparo el desayuno.

Fui hacia la cocina y preparé todo en una bandeja. Me senté frente a ellos en el otro sofá. Carla se había apropiado por completo de Ethan y a mí, verlos así, me engrandecía el alma.

Y llamó Carles mientras desayunábamos. Me hizo mucha ilusión verlo con esa sonrisa saludando a Carla que estaba sobre Ethan.

Abrimos el regalo que nos mandó y me emocioné mucho al ver que eran iguales. Unos pendientes de oro para cada una con forma de isla.

Sonreí y lo miré.

—Gracias, Carles.

—Mamá, pónmelos —dijo Carla, levantando las manos y exigiendo rapidez.

—Pero bueno, ¿no te dije que la paciencia es la madre de todas las ciencias?

—Es un regalo —protestó, volteando los ojos.

Carles sonreía mirándola, estaba muy emocionado. Después de un rato de charlas le di las gracias por lo que había hecho y se llevó una mano al corazón.

Le tiramos besos antes de cortar, la verdad es que me alegré mucho con esa llamada. Lo veía bien, sereno, feliz, como él era, un tipo que valía su peso en oro.

—Gracias, Ethan por todo.

—No seas tonta —agarró mi mano cuando terminé de ponerle los pendientes a la niña—. Sé que en el fondo te ayudó mucho, aunque no de la manera que yo hubiese querido —rio—, pero bueno, todo tiene un por qué en la vida y ese momento lo tuvo.

—No te voy a fallar más, te lo prometo.

—Lo sé —me acarició la cara y me besó en los labios con la niña encima, que no tardó en llevarse las manos a la boca.

—¿Sois novios?

—Somos mucho más que eso —murmuró Ethan, mirándome.

La niña reía viendo como nos volvíamos a besar, creo que estaba flipando más que yo, que no sabía ni dónde estaba.

Le pusimos a la pequeña unos dibujitos en la Tablet y nos fuimos a la cocina a preparar la comida y tomar otro café.

—¿Y ahora qué? —murmuró, poniéndose tras de mí y rodeándome con sus brazos.

—Ahora lo que tú quieras —murmuré sonriente.

—Me dejas, apareces con una hija, no te puedo dejar sola...

—Ya ves —reí negando.

—Y mañana nos vamos a Disney ¿Qué estás haciendo conmigo?

—Yo nada, pero si me dejas puedo hacer un montón de cosas —reí.

—Claro que te dejo, solo te pido que confíes en mí, que lo hagas por encima de todo, que lo tienes muy fácil para hablar conmigo y sincerarte. Que no puedes permitir que la mala baba de las personas influya a lo que se supone que amas.

—Ethan, la cagué, pero la lección me la aprendí con matrícula de honor.

—Me encantó lo que hiciste por Carla...

—Es adorable, creo que fue una de las mejores decisiones de mi vida.

—La mejor, la segunda fue venir a Paris.

—¿Y si no hubiera aparecido?

—Hubiera cogido un vuelo para Málaga y te hubiera ido a buscar igualmente.

—Jamás pensé que te acordases de mí.

—Ni un solo día de mi vida he dejado de hacerlo —me abrazaba con mucho cariño, con su cabeza apoyada en mi hombro mientras yo preparaba una empanada para meter en el horno.

—He sido muy tonta.

—Bueno, tonta, tonta, no, que te has entretenido mucho por el camino —murmuró bromeando, pero diciendo una verdad como un puño.

—Calla, por Dios —reí, echándome hacia adelante y me sujetó entre risas.

—Ximena te mandó un regalo, te lo traigo, espera.

—Vale —sonreí al recordar a esa mujer que se portó tan bien conmigo.

Apareció con una bolsita monísima hecha por ella con mi nombre y el de Carla. Dentro estaba llena de los bombones de licor que tanto me gustaban.

Me metí uno en la boca y gemí de placer, aquel sabor era el más perfecto que había probado en mi vida.

Le puse uno en la boca a Ethan y metió la mano para coger dos y llevárselo al sofá a Carla. Me encantaba como pensaba en ella.

—Ethan ¿Tú vas a ser mi papi? —Escuché desde el salón que estaba en abierto con la cocina y me quedé paralizada, ni me giré, seguí con la empanada.

—¿Tú quieres que yo sea tu papi?

—¡Sí! —gritó emocionada la niña, me giré y la vi que se había tirado a sus brazos.

Ethan me hizo un guiño con esa preciosa sonrisa, mientras abrazaba a la pequeña.

Percibía que Ethan venía con las ideas claras para recuperarlo todo, pero me daba miedo el no saber nada.

No tenía ni idea de cuales eran sus planes, lo que sí tenía claro es que iba a seguirlo hasta el fin del mundo si hacía falta.

Lo bueno es que ninguno de los dos teníamos responsabilidades laborales, que podíamos vivir donde y como quisiéramos.

Reí de ver que mi imaginación volaba bien alto, y es que ahora más que nunca, quería estar junto a ese hombre que lo era todo para mí.

Pasamos todo el día abrazados en el apartamento con la niña por encima, menos cuando se durmió para la siesta, cosa que aprovechamos para meternos en la habitación y sin hacer ruido, nos dejamos llevar por esa pasión y atracción que sentíamos el uno por el otro.

Le puse uno en la boca a Ethan y metió la mano para coger dos y llevárselo al sofá a Carla. Me encantaba como pensaba en ella.

—Ethan ¿Tú vas a ser mi papi? —Escuché desde el salón que estaba en abierto con la cocina y me quedé paralizada, ni me giré, seguí con la empanada.

—¿Tú quieres que yo sea tu papi?

—¡Sí! —gritó emocionada la niña, me giré y la vi que se había tirado a sus brazos.

Ethan me hizo un guiño con esa preciosa sonrisa, mientras abrazaba a la pequeña.

Percibía que Ethan venía con las ideas claras para recuperarlo todo, pero me daba miedo el no saber nada.

No tenía ni idea de cuales eran sus planes, lo que sí tenía claro es que iba a seguirlo hasta el fin del mundo si hacía falta.

Lo bueno es que ninguno de los dos teníamos responsabilidades laborales, que podíamos vivir donde y como quisiéramos.

Reí de ver que mi imaginación volaba bien alto, y es que ahora más que nunca, quería estar junto a ese hombre que lo era todo para mí.

Pasamos todo el día abrazados en el apartamento con la niña por encima, menos cuando se durmió para la siesta, cosa que aprovechamos para meternos en la habitación y sin hacer ruido, nos dejamos llevar por esa pasión y atracción que sentíamos el uno por el otro.

Capítulo 16



—¡Disney, Disney! —escuché gritar a la pequeña, me incorporé y estaba saltando encima de su cama con Ethan, que hacía lo mismo.

—No, por favor —reí negando y me eché hacia atrás de nuevo.

—Ven cobarde —gritaba Ethan.

—A mí, dejarme —murmuré riendo y mirando al techo.

—Mami, que papi ya preparó mi maleta para irnos.

—¿Papi? —pregunté, resoplando y riendo.

—Claro, si es tu novio es mi padre —se encogió de hombros.

—Necesito un café —me levanté riendo, les tiré un beso desde la puerta y vinieron corriendo a cogerme por detrás y abrazarme.

—¡Disney, Disney! —gritaba la niña agarrándome por las caderas y Ethan, me llevaba por el hombro besando mi mejilla.

Desayunamos escuchando a Carla, que estaba eufórica y nos fuimos de seguida. Un coche nos esperaba abajo para el traslado al hotel del parque.

Durante el trayecto la niña iba cantando canciones de Disney y jugando con su peluche en medio de Ethan y de mí.

Fue ver el cartel cuando íbamos entrando y se puso de lo más nerviosa, hasta el conductor la miró por el retrovisor sonriendo.

Ethan la miraba, le hacía guiños y a ella se le escapaban con él, las sonrisas de tres en tres a la muy zalamera.

Nos recibieron en el hotel y nos acompañaron a la habitación donde nos dejaron las maletas en la puerta.

Fue abrir la puerta y casi me da algo...

—¡Sorpresa! —gritó Aitor, ahí en medio de la mano con Martha.

—No me jodas —dije negando.

—No te jodo, para eso ya tengo a esta —señaló a Martha, que se acercaba a Ethan a darle un abrazo.

—¿Estáis juntos?

—Y revueltos —cogió a Carla en brazos que estaba riendo feliz de ver a su tito Aitor y Martha allí.

—¿Lo sabías? —pregunté a Ethan, que le estaba dando la mano con un apretón de espaldas a Aitor.

—No, no lo sabía.

—Escucha que los planes estaban de antes y pensé que me ibas a traer a mi amigo Carles, pero vamos, que creo que ya es hora de que este y yo, hagamos las paces.

—Nunca tuve nada en contra tuya —dijo Ethan, sonriendo.

—Pues deberías después del besazo que le metí en tus narices.

s

—Mamá, ¿Aitor te besó delante de papá?

—¿Papá? —preguntó Aitor, alucinando.

—Es el novio de mi madre y cómo es su novio, tiene que ser mi padre.

a

—Menos mal que no apareció con Carles —bromeó Aitor.

—No eres más tonto porque no te entrenas. Por cierto, ¿es cierto que estáis liados?

—Bueno —sonrió Martha —, me lio un poco estos días en España.

r

—Te me tiraste encima diciendo que te hiciera lo mismo que le hice a ella —me señaló a mí.

—Bueno ya, tampoco es necesario dar detalles —resoplé ante la risa de Ethan.

—Mamá ¿Aitor también fue tu novio?

—Hija, que pesada eres cuando quieres. No, no fue mi novio, pero es que ya sabes cómo es, muy novelero, nunca mejor dicho.

—Ah, como escribe historias, pues hizo una como si fuera tu novio.

—Eso es —volteé los ojos negando y entrando a la habitación, ya que aquello era un estudio con dos habitaciones

—Mamá yo en cual duermo.

—Tú, con los titos —dije señalando la habitación de los chicos.

—Una noche en cada habitación, a ver si aquí solo vas a desayunar tú —murmuró Aitor.

—Que no, que mis papis pagan el desayuno de todos.

—Bendita inocencia —dijo Martha, riendo.

Entramos Ethan y yo a la habitación y cerré la puerta.

—No sabía que iban a estar ellos, lo siento —murmuré por si lo de Aitor le resultaba incómodo.

—No te preocupes de nada, no tengo celos, estoy seguro de ti —me pegó contra él y me besó.

—Nos esperan unos días moviditos —le advertí.

—Sé le ve, pero seguro que nos reiremos mucho, tranquila.

—Qué Dios nos coja confesados... —Me tiré en la cama bocabajo a plomo.

—Vamos que la niña está loca por salir ahí fuera con su vestido de princesa.

—Y con un millón de ropa arriba, el frío es terrorífico —murmuré, levantándome.

Y eso hice, vestir a la pequeña con dos leotardos y unas mayas encima, dos camisetas enguatadas abajo, el vestido, un abrigo y, cómo no, se puso sus tacones.

—Déjala, llevo una mochila y le meto sus botitas.

—¿Tú la vas a consentir mucho aquí? Luego me veo a gritos con ella por tu culpa.

—Aquí y siempre, te recuerdo que ya es mía también —me dio una palmada en el culo.

—Pues nada, a llevarla al cole, darle de comer, llevarla a baile que la tengo apuntada en flamenco y esas cosas —bromeé.

—Lo haré, no te quepa la menor duda de que lo haré —me mordisqueó el labio.

—Creo que se viene a vivir a casa —dijo la pequeña con esa risita.

—Dios te escuche —dije saliendo hacia donde estaba Aitor y Martha. Y vi por el rabillo de ojo como Ethan, sonreía con lo que había dicho.

Por cierto, con lo de Martha y Aitor estaba flipando, no me podía creer que se hubieran liado, no sabía si alegrarme o echarme a temblar. Solo esperaba que no terminaran como el Rosario de la Aurora.

—Eres la princesa más guapa de todo el planeta —le dijo Ethan, cogiendo su mano.

—Es mi princesa —murmuró Aitor, cuando llegamos a él y como advertencia a Ethan, en plan de broma.

—Bueno, soy la princesa de los dos. No os enfadéis —murmuro la pequeña con su preciosa sonrisilla.

—Corten y callen que no quiero entrar estresada a la Disney —resoplé, Martha me echó la mano por el hombro y lo acarició para que me tranquilizara.

—Tíradme una foto para mis lectoras de La Tribu, que deben estar echando de menos al chiquitín —dijo Aitor, poniéndose de espaldas y ladeando la cabeza delante del castillo de las princesas de la entrada.

—Como vea que una te diga guapo, le contesto una barbaridad —bromeó Martha.

—Ni se te ocurra, mis lectoras son intocables —Ethan lo miraba negando y riendo.

—Mira todas las que pasan mirando a Ethan y ella no le dice nada.

—¿¿¿Yo??? Demasiado las pobres que dudan si es él, o no, ya que no lo relacionan con una niña en los hombros —nos reímos.

—Mira, ya me están diciendo de todo, mis chicas de La Tribu —dijo Aitor, emocionado leyendo los primeros comentarios —. Desde luego, me debería de hacer una foto con Ethan y etiquetarlo, seguro que gana miles de

seguidoras —soltó causándonos una risa.

—Papá, ¿tú que tienes un montón de seguidoras?

—Ni idea, ni entro a las redes —murmuró Ethan, para no tenerle que explicar mucho, pero vamos, que tenía millones y todas locas por que pusiera lo más mínimo. Pero bueno, que casi ni usaba las redes.

—Baja a la niña que no quiero sacar a menores —dijo Aitor.

—Espera, ahora nos la hacemos —murmuró Ethan, riendo.

—Me voy a poner las botas y a la Baker me la cargo, mi Ariadna está enamorada de ti, es más, escribe inspirándose en tu personaje.

Ariadna era otra escritora de La Tribu, la hermosura como todos le decían por su forma de saludar. Siempre colgaba algún que otro Gif de Ethan, le encantaba y decía que le servía de inspiración para escribir.

Dio tanto por saco que se hicieron la foto y Aitor la subió etiquetando a Ethan y para qué lo hizo, la que se lio en ese post con sus chicas y las de Ethan, fue muy grande. Ni que decir que el comentario de la escritora Ariadna fue el más gracioso.

“Buscando un vuelo inmediato para Disney...”

—Ethan, contéstale por favor y me la dejas contenta, que es muy buena.

—Venga, hazlo —lo animé.

“Mickey y yo, te estamos esperando”

Lo siguiente que puso Ariadna después de que Ethan contestara eso, fue un Gif de una chica desmayándose.

La pequeña iba feliz con su corona de princesa y su vestido, además de sus tacones. Iba mirando todo desde los hombros de Ethan.

Y no había un momento en el que no dijera...

—Mira, mira, mira, mira —señalando a uno de esos personajes que nos íbamos encontrando por el camino.

—Niña baja ya de ahí y dale la mano al tito que te va a desheredar —dijo Aitor, alzándole las manos.

—Mamá, ¿qué es desheredar?

—Nada, hija, porque este siempre se anda quejando de que es pobre —nos reímos.

—Eso es estrategia para que mi hucha aumente. Baja niña, que al final me voy a tener que enfrentar a este hombre.

—Déjalo, cariño —contestó Martha —, no te enfrentes a él, que no te quiero recoger en pedacitos.

—Tú no me has visto pelear —hizo un gesto de chulería.

—Papá, bájame que el tito está enfadado y le voy a dar un abracito.

—Eso es, cariño, vente con el tito que nadie te va a querer como yo.

—Sí, mi mamá.

—Bueno, de eso ya te contaré algún día algo...

—¿Serás estúpido? —solté ante la risa de todos —Te tienes que lavar la boca con lejía para hablar de mí.

—Bueno si yo me tengo que lavar con lejía la boca, no quiero imaginar lo que se tendrían que lavar otras —en ese momento le lancé sin pensarlo el gofre que me estaba comiendo.

—Te jodes —le señalé con el dedo mientras los demás reían menos Aitor.

—Mira cómo me has puesto — miraba su chaquetón.

—Voy a ser buena y te voy a dar toallitas de bebé, pero como se te ocurra volver a soltar una de esas, te juro que la próxima vez te meto por el culo el gofre y otra cosa. Sabes que tengo un secreto tuyo muy gordo de Tailandia, no me provoques que lo cuento.

—Haces eso y te monto una orgía con todos los muñecos del parque.

—¿Mamá qué es una orgía?

—Hija dijo lejía, de limpiar, que me pone a limpiar todo el parque —miré riñendo a Aitor —. Joder que me van a quitar a la niña los de Asuntos Sociales por tu culpa, deja de decir burradas.

—¿Mamá te pueden quitar a mí yo?

—De tu yo —reí por sus líos de palabras —, no nació la persona que tenga el valor de separarme.

—Ahora voy a decir yo algo en serio. Medid las palabras que es muy pequeña —dijo Ethan.

—Pero es él, que no me deja en paz.

—Y tú, que lo buscas —sonrió.

—¿Qué yo lo busco? ¡Pero bueno! Ver para creer...

—Macho, te acabas de convertir en mi más, mejor amigo.

—Verás cómo se entere el Manu —murmuré pinchándolo.

—Ese es mi hermano, cosa que a Ethan no lo puedo llamar así por arrebatarme a la mujer de mi vida.

—Qué bonito —murmuró con ironía Martha, causándonos unas risas.

—Papá, ¿le arrebataste una mujer al tío?

—¡Compradle unas orejeras a esa niña! —exclamó Martha, porque no se le escapaba una.

—Sí, quiero unas orejeras como llevan los ratones de la peli.

—Que te la compre tu padre —murmuré, sonriendo con ironía.

—Por supuesto que se la voy a comprar —me hizo un guiño.

—¿Y a mí quién me compra algo? — Martha puso cara de resignación.

—El padre de todos —contestó Aitor, señalando a Ethan, que reía negando.

—Más vale que saques la tarjeta y yo la lleve aquí delante para que no tengas que abrir tanto la cartera —dijo Aitor.

—Si hombre, a ti te va a dar la tarjeta —reí negando.

Resultado una hora después...

Los cinco con unas pasadas de Minnie las niñas y Mickey los chicos, la pequeña hasta se quitó la corona de princesa.

—Papá —dijo la niña a Aitor, equivocándose.

—Por poco soy tu padre, pero tu madre se desvió del camino —soltó, causándonos a todos una carcajada, hasta la pequeña, que no sabía si se reía de vernos o porque lo había entendido.

—Mamá, creo que tito va hoy en contra tuya.

—No nos habíamos dado cuenta —contesto Ethan.

—Ninguna, vamos, ni me había fijado en eso.

—Algo le harías...

—¡Hija! —reí negando.

—Otra más que se une a mi club de fans de víctimas de Daniela.

—¡Aitor! —reí negando.

—¿Qué? —Volteó los ojos.

—Que te calles, que ya por hoy te has lucido.

Madre mía y yo pensé que se iba a callar. El día que nos dio...

Cogió a la niña cada vez que pasábamos por un cacharro y la montaba. Le pedía dinero a Ethan, para pagar todo lo que la niña quería. Aitor estaba desfasado, eso sí, nos reímos ese día hasta decir basta.

Llegamos al hotel reventados, ya habíamos cenado y todo, la pequeña se fue con los tíos como decía y nosotros a nuestra habitación.

—Papá —dijo la niña a Aitor, equivocándose.

—Por poco soy tu padre, pero tu madre se desvió del camino —soltó, causándonos a todos una carcajada, hasta la pequeña, que no sabía si se reía de vernos o porque lo había entendido.

—Mamá, creo que tito va hoy en contra tuya.

—No nos habíamos dado cuenta —contesto Ethan.

—Ninguna, vamos, ni me había fijado en eso.

—Algo le harías...

—¡Hija! —reí negando.

—Otra más que se une a mi club de fans de víctimas de Daniela.

—¡Aitor! —reí negando.

—¿Qué? —Volteó los ojos.

—Que te calles, que ya por hoy te has lucido.

Madre mía y yo pensé que se iba a callar. El día que nos dio...

Cogió a la niña cada vez que pasábamos por un cacharro y la montaba. Le pedía dinero a Ethan, para pagar todo lo que la niña quería. Aitor estaba desfasado, eso sí, nos reímos ese día hasta decir basta.

Llegamos al hotel reventados, ya habíamos cenado y todo, la pequeña se fue con los tíos como decía y nosotros a nuestra habitación.

Capítulo 17



Ethan llenó la bañera y me metí casi con los ojos cerrados, estaba de lo más cansada.

—Me duelen las piernas —murmuré, echando mi cabeza hacia atrás. Ethan, se sentó frente a mí y comenzó a masajearlas.

—Lo he pasado en grande.

—Yo también, aunque con ganas de matar a Aitor en más de una ocasión —sonreí con los ojos cerrados.

—Es un gran chico, se le ve la nobleza, a pesar de las burradas que suelta lo hace con gracia.

—Es un terremoto, pero tiene una mente prodigiosa escribiendo, enamora desde la primera página.

—Me leí su trilogía de Kendall...

—¿En serio? —me puse las manos en la boca.

—Te lo juro, por curiosidad compré el primer libro, pero solo llevaba diez páginas cuando corriendo di a pedir los otros dos.

—A mí me encantó y me recordaba a ti.

—Recuerdo el día que apareció por el evento y te besó delante de mí —sonrió.

—Yo no lo esperaba —reí.

—Por un lado, me dieron ganas de matarlo, por el otro, me hizo mucha gracia. Lo veo tan joven y lleno de vida.

—Lo es, es más chico que yo cinco años, contigo se lleva una vida —me reí.

—Tampoco te pases —me apretó más los dedos en mis piernas.

—¡Auch! —reí resoplando.

—Eso por meterte conmigo —sonreía echando su cara hacia un lado y me encantaba.

—Callaos que se despierta mi niña —dijo Aitor detrás de la puerta y nos echamos a reír.

—Venga ya, si se le escucha cantar la canción del desfile de Disney —grité riendo.

Era tremendo, Aitor era tremendo, vamos que había tenido la oreja pegada a la puerta seguro. No estábamos hablando fuerte ni mucho menos y joder, que estábamos a puerta cerrada.

—Creo que no quiere que tú y yo....

—¿Follemos?

—Algo así —sonrió.

—Porque está la niña, de lo contrario se iban a escuchar los chillidos en todo el parque —reí volviendo a cerrar los ojos, estaba que me caía.

—¿Sabes?

—Dime...

—Muchas veces me ponía a pensar como sería con Aitor y se me escapaban las risas, me lo imaginaba y sabiendo como eres tú, y viendo las cosas que hizo él, me tenía que reír. Eso sí, cuando te imaginaba con Carles —
, carraspeo y a mí se me soltó una carcajada.

—Eso mejor que no lo imagines —apreté los dientes.

—Sé que, por él, sí que has sentido algo más que por Aitor.

—Sí —murmuré sincerándome —. Nada que ver con lo que siento contigo, que eso es de otro nivel, pero Carles, se ganó una parte de mi corazón.

—¿Y si yo no existiera?

—Estaría con él, por cualquier parte del mundo —sonreí.

—Me duele escucharlo, pero me gusta que seas sincera.

—No más mentiras, no quiero más mentiras ni nada que tenga que ver con eso.

—Me alegra —seguía masajeadando mis piernas—. Esta vez conociste su cuarto de juegos, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y?

—Es otra manera de hacerlo.

—¿Y te gusta esa manera?

—Me gusta más lo que siento cuando lo hago contigo, pero sí, me gustó, no te voy a mentir.

—¿Por qué no me enseñas a jugar? —preguntó, pero con sinceridad, eso le había salido del corazón. Era como si él tuviera la necesidad de complacerte totalmente.

—No eres tonto y si tienes los medios, sabrías que hacer. Pero como no tenemos cuarto de los juegos...

—Hagamos uno...

—¿Dónde? —pregunté riendo.

—¿Tienes sitio en tu casa?

—Sí, me sobran un par de habitaciones —me reí.

—Hagámoslo allí...

—¿Vas a venir a visitarme? —pregunté riendo.

—No, había pensado irme con ustedes hasta que la niña termine el curso. Irnos para el rancho tal como acabe y pasar allí el verano, luego que la pequeña decida donde quiere vivir, si allí en el rancho, o en España.

—¿Me lo estás diciendo en serio? —Me incorporé y me senté mirándolo incrédula.

—Totalmente —sonrió, mirándome con esa mirada que más nadie en el mundo podía tener más que él —Pero claro, eso lo tienes que aceptar tú.

—Claro que lo acepto, por supuesto que sí —se me saltaron las lágrimas, me tiré a su pecho y me senté de lado entre sus piernas.

—Entonces quiero que tengamos un cuarto de los juegos —dijo, echando agua por encima de mis pechos.

—Y rojo como el de Grey —me reí.

—Hombre, lo preferiría más cálido...

—Y yo, cariño, además lo vamos a poner bonito —reía nerviosa, pero llena de felicidad—. Verás el que tenga que preparar el pedido online que voy a hacer, que ya tengo hasta vista la página.

—¿En serio?

—Me pedí un Satisfayer —me puse las manos en la cara y él sonrió.

—¿Lo has traído?

—No —reí—, me daba vergüenza que me mandaran a abrir la maleta y lo vieran.

—Mañana consigo uno —murmuró en mi oído.

—¿En la Disney?

—¿Por qué no?

—¿No te puedes esperar a que lleguemos a España?

—No, no me puedo esperar.

—Por cierto, y cambiando de tema ¿En serio te vas a venir para España con nosotras?

—Claro.

—¿Y tus cosas?

—Traigo dos maletas, lo que vaya necesitando, me lo iré comprando —me abrazó más fuerte.

Un sueño, esto que estaba viviendo era un sueño. En los brazos de Ethan y con la emoción de que, de nuevo, volvía a tenerlo en mi vida. Pero esta vez no volvería a creer sin preguntar, no más mentiras...

Salimos del jacuzzi y nos secamos, bueno medio secarnos, yo me tiré en la cama agotada perdida, ni me vestí.

Se puso entre mis piernas y besó mi entre muslos...

—Ethan, estoy muerta —sonreí viendo como subía con sus labios hacia mi zona.

—Pues sigue durmiendo —murmuró, mordisqueando mis labios inferiores.

Durmiendo mientras me lamían y mordisqueaban de esa forma. Eso era imposible.

Me retorcí entre las sábanas y me abrió más las piernas.

Pesé al cansancio me envolví en ese manto de excitación y llegué al clímax.

Con Ethan me pasaba algo y es que era diferente a todo. Tenía esa parte de madurez y equilibrio que lo hacían de lo más excitante.

Por otro lado, esa nobleza que se le convertía en jodidamente sensual, no sé cómo explicarlo. Pero sin necesidad de mucho, te elevaba a lo más alto.

Se colocó entre mis piernas y con esa media sonrisa contenida bajo esa mirada de seducción, me penetró, agarrando mis caderas y poniéndolas pegada a las suyas. Me dio la del pulpo.

—Ethan... —murmuré cuando cayó sobre mí y me dio un beso.

—Dime, pequeña.

—No te has puesto preservativo...

—Jamás lo usamos estando juntos.

—Ya, pero al menos hacíamos la marcha atrás, que nos la jugábamos, pero no tanto —resoplé riendo.

—Carla necesita un hermanito o hermanita.

—¡Ethan! —reí nerviosa, haciéndome la indignada, pero no había nada más bonito que saber que quería tener un hijo conmigo.

—¿No quieres que le demos un hermanito a nuestra hija?

—Sí, claro que sí, pero es que es todo tan...

—¿Qué? Yo estoy convencido de lo que siento por ti y hasta de lo que tú sientes por mí.

—¿Después de todo lo que hice?

—Después de todo, te quiero incluso más —me besó en los labios.

—Ahora cuando te salgas, voy a poner un poco las piernas hacia arriba, que dicen que haciendo eso, hay más probabilidades de quedar embarazada.

—Yo te las sujeto.

—Tampoco hace falta —reí emocionada.

Dicho y hecho, salió de mí para ir a lavarse y yo me quede con las piernas para arriba y pidiéndole a todo el universo que me hubiera dejado preñada ¡Un hijo de mi actor favorito! Me reí pensándolo.

—Ya puedes bajarlas —murmuró regresando y poniéndose el bóxer.

—Ah no, gracias, pero no, no vaya a ser que tú tengas un esperma de esos vagos y tarde más tiempo en encontrar el ovulo.

—Esperemos que no —se sentó a un lado de la cama.

—Mira el reloj y en diez minutos voy a ducharme.

—¿Diez minutos? ¿Tú no tenías sueño?

—Sí, pero ahora tengo sueños —murmuré y se agachó a besarme.

Y diez minutos que estuve con las piernas para arriba antes de ir a la ducha...

—¿Qué? Yo estoy convencido de lo que siento por ti y hasta de lo que tú sientes por mí.

—¿Después de todo lo que hice?

—Después de todo, te quiero incluso más —me besó en los labios.

—Ahora cuando te salgas, voy a poner un poco las piernas hacia arriba, que dicen que haciendo eso, hay más probabilidades de quedar embarazada.

—Yo te las sujeto.

—Tampoco hace falta —reí emocionada.

Dicho y hecho, salió de mí para ir a lavarse y yo me quede con las piernas para arriba y pidiéndole a todo el universo que me hubiera dejado preñada ¡Un hijo de mi actor favorito! Me reí pensándolo.

—Ya puedes bajarlas —murmuró regresando y poniéndose el bóxer.

—Ah no, gracias, pero no, no vaya a ser que tú tengas un esperma de esos vagos y tarde más tiempo en encontrar el ovulo.

—Esperemos que no —se sentó a un lado de la cama.

—Mira el reloj y en diez minutos voy a ducharme.

—¿Diez minutos? ¿Tú no tenías sueño?

—Sí, pero ahora tengo sueños —murmuré y se agachó a besarme.

Y diez minutos que estuve con las piernas para arriba antes de ir a la ducha...

Capítulo 18



—Mamá, papá que el tito dice que os dejéis de jugar a Pinocho —escuchamos gritar a la niña detrás de la puerta y despertándonos.

—Lo mato, te juro que lo mato —solté el aire escuchando a Ethan sonreír.

Me dio un beso, fue a abrir y la cogió en brazos.

—Tu tío duerme muy mal por lo que veo —dije, quejándome de que me despertaran.

—Mamá, que Mickey ya está despierto y esperándonos.

—Buena gente es Mickey —murmuré con ironía, ocasionando una risita en mi princesa —. Ven, dame un abrazo bien fuerte —murmuré, se tiró encima de mí y me dio muchos besitos.

—Mami, te quiero mucho.

—Y yo a ti, vida mía.

—Y yo a las dos —se tiró Ethan encima nuestra y la pequeña se rio a carcajadas.

—¿Quepo en la cama? —la voz de Aitor nos hizo girarnos.

—Te mato a palos —le advertí riendo.

—Para lo que he quedado —volteó los ojos y miró a Martha, que se había acercado —¿Tú me quieres?

—Un poquito —le dijo esta, riendo.

—Por cierto, chicos —se giró Aitor —. Estáis en las portadas de todas las revistas nacionales e internacionales de mundo.

—¿Qué dices? —pregunté extrañada.

—Coge el móvil y ve a las noticias.

—Lo cogí y casi me caigo de culo.

Ethan, salía en primera plana con la niña a hombros, su carita pixelada y yo de su mano.

“La hija del desaparecido empresario de cine Martin Alonso, de la mano con el actor californiano Ethan, que llevaba en hombros a la hija adoptiva de ella”

—Joder, joder, joder.

Me fui a otra noticia y lo mismo, esta vez decía que posible compromiso entre nosotros, otra que si tal y otra que si cual, y un montón de fotos dentro del parque.

—Tranquila, no pasa nada, había que contar con esa posibilidad más tarde o temprano.

—Ya, ya, pero joder, que no me lo esperaba.

—Ayer me reconoció mucha gente.

—Y eso que llevabas un gorro de lana y gafas —negué incrédula.

—Bueno, espero que esto no te fastidie las vacaciones.

—Tranquilo, lo digeriré lo mejor que pueda.

—¿Qué pasa mami?

—Nada, que ya somos las Kardashian —dije con ironía y Ethan se rio negando.

Me vestí y salimos a desayunar al parque, la niña estaba de los nervios por ver a esos personajes que tanto le gustaban.

Sentía que todos nos hacían fotos y es que después de con lo que me había levantado, ya me esperaba cualquier cosa.

l

—Estás tensa...

—Ethan, siento que todos nos vigilan —me reí.

—Ya, es algo a lo que yo no me acostumbraré jamás —me pellizcó la cara.

—En California todos pasaban de nosotros.

—Aquello es diferente, vivíamos en el campo y donde íbamos a comprar me conocían. Por favor, disfruta. Si tenemos que salir en los medios, vamos a salir igual. No estamos haciendo nada malo —me dio un beso.

—¡Vivan los novios! —gritó la pequeña que estaba desayunando en la falda de Aitor.

—Esperemos que esta vez le dure el noviazgo —dijo este, causando una risa en todos, hasta en Carla, que esa se reía solo de vernos reír.

—Gracioso eres hijo —murmuré con ironía.

—Ya lo sabes que sí —me tiró un besito.

Eso de que en el grupo de sus lectoras lo llamaran el tímido, es porque no lo conocían, porque de tímido tenía lo que yo de monja.

Echamos un día de risas en el parque, la pequeña le sacaba a todos lo que le daba la gana y más, y es que a ellos les daba igual, me la consentían de una manera increíble.

De nuevo vimos la cabalgata en la que la niña desde los hombros de Ethan, bailaba a ritmo de este, que daba saltitos moviéndose con aquella animada canción.

Nos fuimos a cenar al restaurante del hotel que estaba con algunos personajes allí animando a los huéspedes y los niños de lo más revolucionados con ellos.

Y como no, Carla, que se enganchó a Winnie the Pooh y no lo soltaba ni de bromas. Le decía hasta que lo quería mientras lo abrazaba por la barriga. Le faltaban manos.

—Le he dicho que siempre será mi osito favorito y me respondió algo muy raro que no lo entendí —dijo, sentándose de lo más feliz.

—Es que como está en Francia, habla francés —respondió Aitor.

—¿Y si está en la China?

—Pues hablaría achinado — nos reímos con esas cosas que tenía ese chico y es que no era para menos.

Tras la cena subimos a la habitación y la niña salió corriendo para la de Aitor y Martha.

—No hay problema, esta noche me encerraré de nuevo en el baño —dijo Aitor con ironía, pero de forma graciosa

—Tranquila —me dijo Martha, haciéndome un guiño.

—Gracias, hermosura —le di un beso en la mejilla.

Fui directa al jacuzzi que estaba en ese momento llenando Ethan y que aquello era como un lugar obligado de peregrinación en Disney. Más que nada, por ese masaje tan bueno que me daba Ethan en los pies.

Cerré los ojos y me relajé, sentí como Ethan entraba y cogía mis piernas, masajeó una y fue subiendo sus manos, sonreí al ver que iba directo para...

—¡Joder! —abrí los ojos y la boca de par en par —¿De dónde has sacado eso? —solté el aire con esas vibraciones en mi clítoris.

—Te dije que lo conseguiría —me costaba hasta respirar.

—Lo que no me dijiste, es que sabías usarlo tan bien —gemí y es que juro por mi vida, que era la primera vez que sentía algo tan fuerte con ese aparatito, que sí, que antes lo había sentido brutal, pero es que me lo puso de una posición que casi me pone literalmente el clítoris a dos metros de mi cuerpo. Aquello palpitaba y todo cuando llegó al clímax. Podía notar como una especie de latidos que hinchaban eso por completo —. Me has dado una lección de Satisfayer ¿Seguro que era yo la que te tenía que enseñar a jugar? —reí hiperventilando.

—Ven, anda —me ayudó a ponerme de espaldas a él y sentarme entre sus piernas —. Quería preguntarte y es que sé que en España sois mucho del Día de Reyes más que de Santa Claus en temas de regalos.

—Sí.

—¿Qué has pensado o preparado para la niña?

—Le tengo todos los Reyes comprados, más lo que fui cogiendo de aquí que no vio. Lo tengo ya todo listo.

—Bueno, llegamos el día antes por la mañana, tenemos todo el día para ver si nos falta algo más.

—Vale —sonreí feliz entre esos brazos que me rodeaban.

—Yo necesitaré unas dos horas solo en un centro comercial.

—¿Solo? —reí —Bueno, imagino que las mismas dos horas que necesitaré yo —sabía que él lo pedía para comprarme cosas y yo también se las quería comprar.

—Vale, en el mismo centro comercial, pero cada uno por su lado.

—Eso es.

—¿Y la niña?

—Se queda con estos, además, no quiero que vea nada por si me da por comprarle algo más.

—Yo le quiero coger algo especial.

—¿Cómo qué?

—Te esperas a descubrirlo —murmuró en mi oído y le dio un mordisquito.

Me encantaba hacer planes con él, saber que iba a estar en nuestras vidas.

Salimos y lo hicimos en la cama, sí, de nuevo me tiré con las piernas en alto unos diez minutos mientras mi chico se duchaba.

—Venga va, baja ya las piernas —murmuró al salir mientras se secaba con la toalla.

—Ethan que quiero asegurarme de que los ayudo a encontrar su camino. Por cierto ¿Me vas a aguantar con un barrigón hasta la boca y quejándome por todo?

—Por supuesto que sí.

—Pues nada, voy a lavarme —me levanté poniendo las manos en mis partes para no derramar nada y me metí en la ducha muerta de la risa.

Era muy feliz viviendo esto con Ethan.

Al día siguiente lo pasamos de muerte también, todo el día por el parque y por la noche más de lo mismo, nuestro momento de intimidad. Pobres chicos que no tuvieron ni una noche a solas, pero, no por eso se quedaron sin hacer nada.

A la mañana siguiente desayunamos temprano y nos llevaron al aeropuerto. Martha se quedaba en España cuatro días más antes de regresar a California. Eso sí, llevaba al chiquitín que iba a irse con ella una temporada y como é

podía escribir desde cualquier parte del mundo, pues lo tenía todo muy fácil.

Aterrizamos en Málaga y nos despedimos de ellos que iban en un taxi con Carla a la que recogeríamos por la noche y nosotros en otro.

Entrar con Ethan a casa fue algo mágico, las mariposas revoloteaban en mi estómago mientras él, sonreía feliz observando todo.

—Me gusta todo lo que veo, conecto con este sitio —agarró mis caderas y me pegó a él, para besarme.

—Me hace feliz escuchar eso...

—¿Me prometes que hoy comenzaremos una nueva vida y que pase lo que pase siempre vamos a confiar el uno en el otro?

—Te lo prometo. No más mentiras.

—Te quiero, pequeña, más de lo que imaginas.

—Y yo a ti, Ethan —lo abracé con fuerzas.

podía escribir desde cualquier parte del mundo, pues lo tenía todo muy fácil.

Aterrizamos en Málaga y nos despedimos de ellos que iban en un taxi con Carla a la que recogeríamos por la noche y nosotros en otro.

Entrar con Ethan a casa fue algo mágico, las mariposas revoloteaban en mi estómago mientras él, sonreía feliz observando todo.

—Me gusta todo lo que veo, conecto con este sitio —agarró mis caderas y me pegó a él, para besarme.

—Me hace feliz escuchar eso...

—¿Me prometes que hoy comenzaremos una nueva vida y que pase lo que pase siempre vamos a confiar el uno en el otro?

—Te lo prometo. No más mentiras.

—Te quiero, pequeña, más de lo que imaginas.

—Y yo a ti, Ethan —lo abracé con fuerzas.

Capítulo 19



Nos fuimos en mi coche a un centro comercial. Cuando Ethan vio la de gente que había, casi le da un chungo.

—Es la víspera de Reyes —reí—, y cómo te reconozcan...

—Vámonos. Dame otra alternativa —rio, cogiendo mi mano y volviendo al coche.

—La niña está servida y nosotros somos mayorcitos. Podemos regalarnos en otro momento. Lo que sí, hay que ir a un supermercado grande y pillar chuches que de eso no le compré aún nada.

—Vale. Vamos para allá.

Fuimos a uno que estaba lleno, pero aceptable. Nos pasamos tres pueblos, no de forma literal, pero sí que cogimos toda clase de chocolatinas y chuches, tres bolsas necesitamos para echar todo eso y no aún contento, a última hora cogió una cesta gigante de lo mismo, pero todo de Disney para la niña.

La cajera lo reconoció como medio supermercado y le pidió una foto, solo le faltó ponerle las tetas en la boca. Menos mal que Ethan, que tenía tablas para eso, fue rápido y se separó de inmediato una vez hecha la foto. Eso y porque de lo contrario al coche no llegaría vivo de la que le montaba. Aguanté la risa de solo pensarlo.

—Un poco más y te da el biberón —murmuré cuando salimos.

—Me di cuenta de que sacó pecho —rio negando.

—Y encima de silicona, en fin...

—¿Celosa?

—Mucho. Menos mal que te vi salir rápido de esa.

—Siempre te voy a respetar —metió las bolsas en el maletero.

—Más te vale.

Fuimos a la pastelería a recoger un roscón de Reyes que había encargado y que me dieron por el ladito sin esperar cola, ya que me conocían de años. A mi padre lo querían mucho ahí. Bueno, en todos los sitios.

Salí afuera y no encontré a Ethan. Lo llamé por teléfono.

—¿Dónde estás?

—Espérame cinco minutos en el coche.

—Ethan...

—Cinco minutos —sonrió y colgó.

Me daba que estaba comprando algo y a mí me iba a coger en bolas el Día de Reyes y no tenerle nada.

Apareció con una bolsita de una prestigiosa joyería que había cerca.

—No, Ethan, eso es jugar sucio. Hemos dicho que los regalos para después de Reyes y que mañana solo a la niña.

—No es para ti, es para ella, le compré unos pendientes de oro de Minnie.

—Ah bueno —me reí.

—De todas formas, tus regalos los compré en París el día antes de vernos, así que no me podrás echar nada en cara.

—No, Ethan, por Dios.

—Sí, Daniela, sí —sonrió.

—Pues verás ahora...

Fui hacia la casa de Marisa, allí estaban Aitor y Martha, así que cuando se bajó Ethan, le dije que me esperase un momento y me fui, dejándolo con la palabra en la boca.

Me dirigí a la misma joyería que le había comprado Ethan los pendientes a la niña.

Y le compré un reloj de acero inoxidable que era precioso. Con la esfera en turquesa como sus ojos. Era elegante ;

a la vez muy ponible.

De paso le compré una pulsera de cuero con el cierre de acero que este era un ancla, era muy chula.

Ahora sí, ahora podía ir a por ellos tranquila.

Cuando llegué estaba en la puerta el repartidor de pizzas, así que de ahí nos iríamos cenados.

Al día siguiente se iban para Galicia Martha y Aitor, este iba a preparar las cosas para llevarse a California, ya que se irían dos días después.

Regresamos a casa sobre la una de la mañana. La niña iba dormida a más no poder, así que la llevamos directa a su cuarto, le pusimos el pijama y la acostamos.

Y como no, nos pusimos a preparar el salón con todos los regalos que él, iba colocando. Yo me dediqué a colocar el rincón de las chuches, aquello era como un quiosco.

Quedó todo precioso y es que Ethan, lo organizó todo con un cariño impresionante, la pequeña lo iba a flipar y más ella, que jamás vivió un Día de Reyes ni nada por el estilo por la situación de su madre.

Nos acostamos abrazados y reventados entre el viaje, las compras y la cena en casa de Marisa.

Miré el reloj y eran las siete de la mañana cuando Carla gritaba que habían llegado los Reyes.

Fuimos al salón y estaba nerviosa perdida con las manos en la boca y mirándolo todo.

—He sido mamá, tengo el carro y el bebé —dijo enseñándonoslo y causándonos una risa—. Y hay millones de chuches. A estos Reyes les tocó la lotería —dijo emocionada.

Ethan se puso con ella a mirar todo mientras yo preparaba los cafés y el Cola Cao de la pequeña para acompañar el roscó.

Carla no dejaba de gesticular, todo le asombraba y es que, aunque yo durante este tiempo le había comprado muchas cosas, no la había malcriado ni lo pensaba hacer, pero el Día de Reyes, era el Día de Reyes.

Ethan le dijo algo en el oído a la niña y esta rio.

—Mamá, los Reyes dejaron este sobre para ti —me lo entregó y sabía que se lo había dado Ethan.

Cuando lo abrí se me escapó una carcajada al ver la foto del beso que me mandaron de la publicidad y causante de nuestra ruptura, dedicada por Ethan.

“He besado a muchas mujeres sin sentirlo, a otras por deseos, pero jamás a nadie como lo hice contigo. Te amo para siempre. Ethan”

—Te amo —me acerqué y le di un beso en los labios.

—Tienes tus regalos allí —señaló a una de las habitaciones que yo tenía cerrada y vacía.

¿—¿Allí donde vamos a hacer el cuarto de los juegos?

—Allí mismo...

Me levanté y fui a cogerlos, cuando abrí la puerta un escalofrío recorrió mi cuerpo.

—Ethan... —murmuré cuando lo tenía detrás de mí.

—¿Algo así era?

—¿Cómo cojones has hecho esto?

—Con la ayuda de Marisa, que tenía tus llaves y una empresa que lo montaba en veinticuatro horas...

—No me lo puedo creer —reí alucinando con ese cuarto de juegos que era de lo más bonito y elegante, además de moderno, juvenil, tenía algo que impresionaba y mucho. Ni que decir que no le faltaba ni un juguete, ni unos aceites, ni nada por el estilo.

—Mamá —dijo acercándose la pequeña y salimos hacia fuera para cerrar la habitación.

—Dime cariño.

—Mira estos pendientes —dijo emocionada con los que le compró Ethan, el día anterior.

—Eso fue que tu papi habló con los Reyes.

—¡Gracias, papi! —Lo abrazó por las caderas.

—A esa habitación hay que ponerle un cerrojo —murmuré en su oído.

—Sí, lo había pensado —sonrió y me besó la mejilla.

¿

—Mañana mismo, no me fio de que entre.

—No se daría cuenta de lo que es.

—No, no, ni de broma, mañana mismo mando a que le pongan un cerrojo.

—Se lo pongo yo, vamos a comprarlo por la mañana y listo.

—Vale.

Nos sentamos en el salón con otro café y le puse la bolsa de la joyería en la mano. Sonrió al ver que yo también había ido allí.

—Me encanta —dijo cuando abrió la pulsera y se la colocó, mientras la observaba con una sonrisa.

—Abre la otra caja.

—Por el volumen sé que es un reloj —se mordisqueó el labio.

—Espero que te guste —sonreí emocionada.

Y le gustó, se lo colocó en la misma mano que la pulsera. Las dos cosas juntas quedaban muy chulas y daban un aire muy fresco a su mano, me gustaba y le gustó, que eso era lo principal.

Se levantó y apareció con una preciosa cajita sin envolver y la abrió cuando se sentó junto a mí.

—No creo que sea el momento más romántico, pero para mí, el más especial de estar compartiendo un día como este con ustedes. Esto me hace sentir que formo parte de vuestra familia —a mí ya se me estaban cayendo las lágrimas, ni que decir tiene —. Quiero ser eso, quiero criar a nuestra hija junto a ti, quiero que lleve mis apellidos también, quiero formar parte de esta preciosa locura que estoy viviendo junto a ustedes y quiero, ser ese padre de cada hijo que llegue a este hogar, sea por el medio que sea. Quiero casarme contigo, pero para eso, tienes que estar de acuerdo conmigo —sacó el anillo de la cajita —. No te lo voy a poner hasta que aceptes —soltó bromeando porque veía que yo no contestaba y es que estaba en shock, no me salían las palabras.

Me acerqué entre lágrimas y lo besé.

—Quiero que no nos dejes jamás, que no sueltes nuestras manos —mi voz era quebrantada, casi no podía hablar —quiero que me ayudes a dar a esa niña una familia que la haga feliz, quiero que estés en cada una de mis locuras y que cuando me enfade o la líe, no me dejes ir. No me vuelvas a dejar ir —me eché a llorar viendo cómo me colocaba el anillo.

Nos besamos y cuando nos dimos cuenta vimos que la niña estaba llorando.

—¿Qué te pasa, Carla?

—Escuché todo y es muy bonito —dijo rompiendo a llorar y la pusimos en medio de los dos entre risas y abrazándola.

—Te amamos hija —le dijo él, comiéndosela a besos.

—Y yo a ustedes, pero que nadie se enfade nunca —dijo, como habiendo entendido lo de que no me dejara ir.

—Tranquila, aquí con dos chillidos se soluciona todo —murmuré, causándole una adorable risilla.

—¿Vais a casaros?

—Claro y tú nos llevarás lo anillos —dijo Ethan, en un tono precioso.

—Y me pongo un vestido como de princesa.

—Claro hija, el más bonito de todos —le dije acariciando su espalda.

—El bebé está durmiendo en el carrito y se llama Ethan, es mi hermanito.

—Vaya, pues sí que vas por delante de nosotros —reí.

—Gracias por ponerle mi nombre —la sentó en su falda y la rodeó con sus brazos —. Hija, quizás en cualquier momento aumentemos la familia, pero quería decirte que vas a tener que guardarme un secreto —hizo un carraspeo que le ocasionó una sonrisa a la pequeña.

—¿Cuál, papá?

r

—Que vas a ser siempre mi favorita —le hizo un guiño y a mí se me cayó toda la baba.

—Vale, pero no lo decimos para que no se ponga triste el hermanito.

—Eso es —la abrazó fuerte y ella sonreía de lo más feliz.

³ Ni que decir tiene que Ethan, era ese hombre que todo el mundo hablaba bien de él y es que tenía un corazón y una forma de ser, digna de ser ejemplo para cualquier persona.

Un rato después apareció para despedirse Aitor y Martha, venían con Marisa y Manu, los cuatro llenos de regalos para la pequeña Carla. Se habían desvivido en comprarle cosas que le hizo una ilusión grandísima.

Comimos con ellos en mi casa, pedí que trajeran comida y así no nos pringamos nadie.

—Cuídamela, algún día es capaz de querer volver a mis brazos —le dijo Aitor a Ethan, cuando se estaban despidiendo.

—Tranquilo, haré lo que sea para que no se quiera apartar de mí —sonrió —Y tú, cuida a Martha, es muy buena persona —le hizo una caricia en la cara.

—Anda petardo —abracé a Aitor —. Eres de las cosas más bonitas que tengo en mi vida.

—Y tú. Te voy a tener siempre en mi corazón y por supuesto en mi vida.

—Más te vale.

Luego me despedí de Martha, quedamos en verlos en verano en California, aunque seguramente iríamos antes unos días a ver a los padres de Ethan, esos con los que la noche anterior hablé y les pasé a Carla, por lo visto se los había ganado por completo. Aunque esos padres eran fáciles ganárselos, eran dos adorables personas que tenían un corazón tan grande como el de su hijo, de ahí a que Ethan fuera así, había tenido un gran ejemplo de humildad en su casa.

Y así era como comenzábamos todos una nueva vida, en ese comienzo de año que pintaba que iba a ser de lo más bonito...

Comimos con ellos en mi casa, pedí que trajeran comida y así no nos pringamos nadie.

—Cuídamela, algún día es capaz de querer volver a mis brazos —le dijo Aitor a Ethan, cuando se estaban despidiendo.

—Tranquilo, haré lo que sea para que no se quiera apartar de mí —sonrió —Y tú, cuida a Martha, es muy buena persona —le hizo una caricia en la cara.

—Anda petardo —abracé a Aitor —. Eres de las cosas más bonitas que tengo en mi vida.

—Y tú. Te voy a tener siempre en mi corazón y por supuesto en mi vida.

—Más te vale.

Luego me despedí de Martha, quedamos en verlos en verano en California, aunque seguramente iríamos antes unos días a ver a los padres de Ethan, esos con los que la noche anterior hablé y les pasó a Carla, por lo visto se los había ganado por completo. Aunque esos padres eran fáciles ganárselos, eran dos adorables personas que tenían un corazón tan grande como el de su hijo, de ahí a que Ethan fuera así, había tenido un gran ejemplo de humildad en su casa.

Y así era como comenzábamos todos una nueva vida, en ese comienzo de año que pintaba que iba a ser de lo más bonito...

Capítulo 20



La vida enseña que te puede poner aquí, pero también allí en cuestión de minutos...

Diez días habían pasado desde aquel Día de Reyes. Diez días en los que íbamos a llevar y recoger a la niña al colegio, la llevábamos a clases de flamenco y hacíamos mogollón de cosas juntos. Además, Ethan había comenzado a escribir una novela, decía que era su asignatura pendiente, así que se hizo con un precioso escritorio que puso en un rincón del salón, e hizo su zona de inspiración ahí. Diez días de mucha felicidad, esa que a veces nos arrebatan de la noche a la mañana.

Acabábamos de sentarnos en una cafetería a desayunar después de dejar a la pequeña en el colegio cuando recibí una llamada desconocida.

—Hola, soy el inspector Nicolás.

—Ah, hola —recordé que fue el que se encargó de la investigación de mi padre.

—No te quise decir nada este tiempo para que no intercedieras en nada, pero la investigación del accidente de tu padre y Macarena, ha dado como resultado que fue un asesinato, alguien hizo que se estrellaran. Tenemos detenido al sospecho que pasará mañana mismo a disposición judicial.

—No me lo puedo creer —las lágrimas comenzaron a caerme y Ethan, me miraba sin entender nada. Poniendo su mano sobre mi hombro, esperando saber qué pasaba.

—Daniela, te voy a decir algo muy fuerte, pero no quiero ni que gesticules, por favor te lo pido. Vamos a arrestar al segundo sospechoso, está a tu lado, sigue con el teléfono en la oreja que vamos hacia dentro.

—No —murmuré incrédula y en shock.

—¡Levanta las manos! —dijo Nico, apuntándole con la pistola y dos policías más —todo el mundo en el local se quedó a cuadros, se hizo un silencio —. Quedas detenido —lo esposó y yo lo miré negando.

—No sé de qué va esto, pero cumple tu promesa de no volver a desconfiar en mí —me dijo con tristeza y parecía verdad.

Rompí a llorar y salí de allí corriendo, me senté en el coche a quejidos un rato. Me puse a caminar sin rumbo hasta que me fui a comisaría. Necesitaba explicaciones de todo, las necesitaba, esto no podía estar pasando y no podía ser cierto.

Delvin, estaba en España cuando lo detuvieron y de nuevo por medio estaba Ethan, pero no me podían decir porque lo sabían, ya que estaba todo en proceso de pasar al juez. Lo único que me aseguró, es que todo el accidente estuvo preparado y ellos, formaban parte de aquello, pues había claras pruebas que los ponían como causantes del delito de premeditación y ejecución.

¿Cómo superar algo que te desgarrar por completo? ¿Cómo?

Llamé a Marisa y le dije que fuera para mi casa. Le conté todo y le pedí que se llevara una maleta con ropa de la niña, que se encargara unos días de ella.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó entre lágrimas y preocupada.

—Lo primero quiero tranquilizarme, luego no sé, pero ahora no estoy en condiciones de pensar y lo necesito, todo esto es muy fuerte. No puedo creer que Ethan sea así, de Delvin sí, pero de él, no —dije entre lágrimas.

—Yo tampoco creo eso de Ethan —murmuró con tristeza.

Justo colgaba la llamada, cuando en ese momento recibí una llamada de los padres de Ethan.

—Sabemos todo, Daniela. Ya van a ir para España sus abogados que tienen allí un bufete con el que colaboran. Mi hijo no ha matado a nadie ni ha participado en nada de eso, mi hijo no es un asesino. Mi hijo es un ser que ama a las personas y la vida. No te pido que creas en él ahora, solo que no le hagas daño hasta que la verdad salga a la luz.

—No le voy a hacer daño —murmuré entre lágrimas—. Aunque me demuestren que fue él. No le voy a hacer daño.

—No le crees, ¿verdad?

—Ni tampoco dejo de creerle —no podía ni hablar del dolor que sentía.

—Nos volveremos a ver cuándo esta pesadilla acabe, sabes que aquí tienes tu casa.

—Gracias.

Colgué y mi corazón parecía que se me iba a salir del pecho. Me senté en la silla de la cocina y encogí mis piernas, agarrándome a ellas, así me quedé un buen rato.

a

Esa noche ni dormí, me levantaba a cada rato, me fumaba un cigarrillo, lloraba con desconsuelo.

Por la mañana apareció Manu por mi casa y me dio un abrazo de esos de corazón.

—No puedo opinar, lo conozco de ratos, pero no me da la impresión de que sea capaz de hacer algo así. Le veía un hombre con la mirada limpia.

—Me dio mucha pena escuchar a su madre, me llamó y me pidió que no le hiciera daño a su hijo, que él no es culpable, que espere a que todo se esclarezca.

—La entiendo, debe ser duro...

—No sé qué hacer, Manu, te juro que no sé qué hacer y no soy capaz de tirar para ningún lado, me siento mal.

—Llama a tu abogado y por la parte que te corresponde que te mantenga al tanto.

,

—Ya lo hice, está siguiendo todo lo que puede, me irá informando.

—¿Qué te dice él?

—Que, en principio, no me fie ni de mi sombra.

—Vaya.

a

—Me da igual lo que me digan, solo quiero pensar, saber y, sobre todo, que pronto se descubra todo.

—Tienes que comer. No te preocupes por nada que Carla está bien, le dijimos que tuvisteis que ir de viaje para ver a un amigo que estaba malito.

—Gracias, Manu —dije, poniéndole una taza de café en su mano.

—No me quiero poner en tu papel.

—Me parece muy fuerte que le arrebataran la vida a mi padre, fortísimo y quiero que se pague por ello, pero también quiero que salga la verdad, la afrontaré como pueda, pero necesito saber qué pasó.

—Te entiendo, es muy doloroso estar así.

Estuvo un rato conmigo y luego se marchó. Me quedé en la cocina fumando como si no hubiera mañana.

Esa tarde me llamó el abogado y me dijo que ya habían declarado ante el juez y que Ethan, había tenido una defensa de película, muy buena, que además pidieron una serie de pruebas al juez para que se investigaran, incluso rebatieron muchas cosas.

Delvin, lo acusaba de todo directamente, incluso de que Ethan le pagó por ello con dinero en efectivo.

Los dos habían pasado a prisión provisional hasta la celebración del juicio.

Me quedé mal, muy mal. Por un lado, quería que hubiera esa luz en la que se demostrara que él no había tenido nada que ver y, por el otro, sentía que, como así fuera, de esta no me iba a levantar en la vida...

Estuvo un rato conmigo y luego se marchó. Me quedé en la cocina fumando como si no hubiera mañana.

Esa tarde me llamó el abogado y me dijo que ya habían declarado ante el juez y que Ethan, había tenido una defensa de película, muy buena, que además pidieron una serie de pruebas al juez para que se investigaran, incluso rebatieron muchas cosas.

Delvin, lo acusaba de todo directamente, incluso de que Ethan le pagó por ello con dinero en efectivo.

Los dos habían pasado a prisión provisional hasta la celebración del juicio.

Me quedé mal, muy mal. Por un lado, quería que hubiera esa luz en la que se demostrara que él no había tenido nada que ver y, por el otro, sentía que, como así fuera, de esta no me iba a levantar en la vida...

Capítulo 21



Once días desde que fue arrestado y todo seguía igual...

Esa mañana tenía una sensación extraña y una premonición que me erizaba la piel. Así que hice de tripas corazón y tras dejar a la pequeña en el cole, que ya llevaba varios días conmigo, fui a salir de dudas.

—Señorita, felicidades, está embarazada —me dijo el ginecólogo.

Y sonreí con ironía, llena de dolor y tristeza, de miedo, de rabia. ¿Y si estaba embarazada del asesino de mis padres?

Salí de allí en shock, me tuve que sentar en el banco de un parque y llorar, solo quería llorar. ¿Qué le había hecho yo a la vida para que me estuviera haciendo todo este daño?

Fui a casa de Marisa y se lo conté a ella y a Manu, los dos comenzaron a intentar tranquilizarme, pero, ¿cómo consolar a alguien llena de dudas y miedos y que se va a enfrentar a un embarazo de esta magnitud?

Ese día me pillé hora para el psicólogo, seguí los consejos de Manu y decidí que sí, necesitaba contar con la ayuda de un especialista.

Carla no dejaba de preguntar por su padre, así lo nombraba a cada momento, no había una sola hora del día que no me dijera que lo echaba de menos, o que necesitaba hablar con él para decirle algo.

Yo le decía que estaba con sus papis en California, que los estaba ayudando a reconstruir la casa, pero claro, su pregunta era la misma: ¿y no tiene un minuto para hablar conmigo?

Me partía el corazón no poderle responder o inventarme cualquier excusa, la primera que me salía a la cabeza.

La tele ni la encendía, los medios no paraban de hablar del caso y a mí me hacía mucho daño, además, no quería que la pequeña viera nada de eso.

Me vino muy bien aquella primera terapia con el psicólogo en la que me escuchó y empatizó mucho conmigo. Me hizo ver que estaba viviendo un duelo en el que había dos caminos. Como también me hizo entender que en este país nadie es culpable hasta que se demuestre lo contrario. Me tenía que preparar para los dos caminos.

También me habló de que ese camino que se produjera no tenía que ver con el tema del embarazo, a pesar de tenerlo que ver todo. Pero me explicó algo de la vida que me hizo razonar y saber que, a pesar de todo, ese hijo lo hice desde el amor y la convicción de mis sentimientos y que solo por eso, merecía una lucha llena de amor, sola o junto a Ethan.

No fue fácil, pero con esas terapias y la constante compañía y apoyo de Manu, Marisa y hasta de Aitor y Martha, que todos los días me hacían una videollamada, me sentía más arropada y menos sola.

Y fue a finales de febrero, cuando una mañana de lluvia entré a la cafetería a tomar un café, que me vi sentado allí a quién menos me esperaba...

—Carles... —murmuré, acercándome entre lágrimas.

—No llores, mi niña. Aquí estoy —me abrazó con mucho cariño.

—¿Qué haces aquí?

—Tengo unos días de vacaciones y pensé que no había mejor momento para estar contigo.

—Gracias.

Desayunamos y nos fuimos para casa, con su maleta, se iba a quedar unos días y, a mí, a mí me pareció que era lo mejor que me podía pasar en estos momentos y no por lo que hubo entre nosotros, sino por esa amistad que yo sabía que había y que sería para toda la vida.

Carla se impresionó mucho al ver a Carles, lo miraba cortada mientras él, la llevaba en brazos hacia la casa. Se la ganó durante ese trayecto en el que la hizo reír muchísimo.

Carles me abrazó por detrás mientras calentaba la comida y acarició mi barriguita.

—Va a ser el bebé más feliz del mundo.

—Bueno, eso espero, al menos, no darle ningún sufrimiento.

—Delvin, va a pagar por todo, tengo claro que lo pagará. Ethan no estoy tan seguro, no termino de creerme que esté involucrado.

—Yo tampoco, pero me da mucho miedo a que lo condenen y se demuestre que sí tuvo algo que ver.

—El tiempo pone a todos en su sitio.

—Y si no es culpable, ¿por qué está privado de su libertad? —Se me saltaron las lágrimas.

—He conocido casos en el que se ejecutaron a personas por penas de muerte y con los años se demostró que eran inocentes. La vida es muy bonita, pero jodida a la vez.

—Tengo mucho miedo, esa es la verdad.

—El miedo irá desapareciendo, te vas a tener que enfrentar a lo que sea, pero todo se supera...

La verdad es que Carles, me daba una paz increíble, lo bueno es que era una persona que sabía comportarse y no buscaba en ningún momento nada más que estar conmigo y ayudarme en esos días.

Durante esos días estuvo conmigo en todo momento, me ayudó hasta con cosas de la casa que necesitaba cambiar eso sí, jamás le enseñé mi cuarto de juegos, ese que nunca se usó, pero sí que en la habitación de al lado, pintamos y fuimos a comprar un dormitorio de bebé. Era pronto, pero me animó tanto, que decidí hacerlo.

El día que se marchó dejó un vacío increíble en la casa, tanto, que hasta mi pequeña decía que lo echaba mucho menos, como a su papi, me daba mucha tristeza ver a Carla de esa manera, y es que a pesar de estar loca con la noticia de que iba a tener un hermanito, para ella el que no estuviera su padre como le decía, era algo que la ponía de lo más triste.

Pasaron las semanas y llegó la ecografía donde me dijeron que estaba esperando un niño, un machito, así dijo el ginecólogo y esta vez me sacó una sonrisa de verdad.

Sabía que Ethan tenía a sus abogados a tope con el caso y que habían aportado muchas pruebas y cosas en el juzgado. Yo me sentía culpable por no ir a verlo, pero pensar que él pudiera tener algo que ver, me hacía quedar a margen, ese en el que me sentía egoísta, pero era como una coraza que me había puesto.

Era muy difícil mi situación, eso sí, con la ayuda psicológica, había aprendido a gestionar mis emociones.

De vez en cuando me fumaba un cigarrillo por recomendación del ginecólogo, sí, aunque sonara raro, me dijo que uno al día me podía fumar, ya que era peor la ansiedad de querer fumar pues eso provocaría un estrés al niño.

Cada día me preguntaba que estaría pensando Ethan, de que yo no hubiese pedido ni una visita, ni siquiera que le hubiera hecho llegar una carta, pero es que no me salía de dentro. Lo que sí estaba claro es que era un duelo en el que lo amaba con todas mis fuerzas, y lo haría hasta ese día en que me dijeran lo contrario a lo que mi corazón esperaba.

Me daba mucha pena por Carla, ella era mi vida, la mantenía ajena a todo porque no tenía ni edad, ni era necesario explicarle cosas que le podían hacer más daño aún.

Fue el día de la recogida de notas de fin de curso de la pequeña cuando se celebró aquel juicio. Un juicio a finales de junio, yo estaba de seis meses y con una barriguita considerable.

Duró como cuatro horas. Mi abogado me dijo que habían defendido muy bien la causa los abogados de Ethan y que, bajo su asombro, para él tenía claros indicios de que probablemente fuera inocente.

Aquello me puso de los nervios, lloré como una niña pequeña, pero también me dijo que eso dependía del juez y de muchas otras cosas que la otra parte había puesto de por medio, la de Delvin, que se empeñaba en hacer ver que Ethan, era el incitador de todo lo que pasó.

Todo era demasiado para mí, todo, pero claro, de por medio estaba que seguía en la cárcel hasta la sentencia del juez...

,

;

e

l

;

Me daba mucha pena por Carla, ella era mi vida, la mantenía ajena a todo porque no tenía ni edad, ni era necesario explicarle cosas que le podían hacer más daño aún.

Fue el día de la recogida de notas de fin de curso de la pequeña cuando se celebró aquel juicio. Un juicio a finales de junio, yo estaba de seis meses y con una barriguita considerable.

Duró como cuatro horas. Mi abogado me dijo que habían defendido muy bien la causa los abogados de Ethan y que, bajo su asombro, para él tenía claros indicios de que probablemente fuera inocente.

Aquello me puso de los nervios, lloré como una niña pequeña, pero también me dijo que eso dependía del juez y de muchas otras cosas que la otra parte había puesto de por medio, la de Delvin, que se empeñaba en hacer ver que Ethan, era el incitador de todo lo que pasó.

Todo era demasiado para mí, todo, pero claro, de por medio estaba que seguía en la cárcel hasta la sentencia del juez...

Capítulo 22



Doce de julio, el cumpleaños de la pequeña Carla, el día que tanto esperaba con esa ilusión de saber que iba a ser un cumpleaños muy diferente a los que había tenido en su vida.

Habíamos cogido una casa de campo a las afuera de la ciudad. Estaban Aitor y Martha también, que habían venido de California por un mes. Además de estar Manu y Marisa, que también llevaban una relación de lo más bonita.

Era viernes y la habíamos alquilado hasta el domingo.

Por la mañana los chicos prepararon todo precioso, el jardín que tenía piscina y daba al porche donde había un carrito de madera lleno de chuches y un sillón con todos los regalos de la niña.

Cuando llegamos a la hora de la merienda ella se puso las manos en la boca y sonreía emocionada mirándolo todo. Hasta globos hinchables gigantes con los personajes de Disney.

Nos pusimos todos mirando hacia ella, que estaba al otro lado de la mesa frente a nosotros, a punto de soplar las velas.

—Pide un deseo, cariño... —le dije, mientras la grababa con el móvil.

—Papá —murmuró y se le cayeron las lágrimas, tenía su mirada hacia un punto detrás de nosotros.

Me giré y ahí estaba Ethan, con un regalo en sus manos, mirándola sonriente y acercándose hasta ella.

—Buenas tardes —dijo en general, pero sin mirarnos fijamente a ninguno, como si lo hiciera por respeto y ya.

La pequeña se tiró a sus brazos y los dos lloraron, los dos y todos los que estábamos allí.

—Toma cariño, espero que te guste.

—Papá, te he echado mucho de menos.

—Lo sé, cariño, lo sé.

Me retiré un momento y llamé a mi abogado.

—¿Por qué no me dijiste...?

—Me lo pidió él, al igual que al juez que no se comunicara nada aún. Lo han absuelto y no hay ni el más mínimo indicio de que tuviera algo que ver con el caso. Eso sí, a Delvin le cayó por todos lados, se han descubierto muchas cosas y sí, es el culpable único y absoluto de todo.

Me eché a llorar escondida detrás de la casa y cuando regresé, Ethan seguía con Carla en brazos, que no dejaba de abrazarlo.

La pequeña sopló la tarta y Manu abrió una botella de cava, le ofreció una copa a Ethan, que este cogió y le agradeció, pero se quedó a un lado observando como la pequeña comía la tarta feliz y miraba todos sus regalos.

Me di cuenta en ese momento que Ethan iba a estar, pero no como antes, no era el de antes y es que en cierto modo lo comprendía, sabe Dios que sí, sabía que en el fondo le había fallado.

Sacó algo de la mochila y se lo entregó a Carla, era un cuento con su nombre y firmado por él, lo había escrito en prisión y lo mandó imprimir, era precioso.

Me aparté con un vaso de zumo y me senté sobre un columpio que había, necesitaba estar ahí, sentía un dolor en mi corazón muy grande y me venían muchas cosas a la cabeza.

Poco después se acercó él y se sentó en el de al lado. Tragué saliva y aguanté esas lágrimas que no pude reprimir.

—Siento todo lo que has pasado, Ethan.

—Yo también —murmuró, mirando al suelo.

—Sé que te he fallado.

—No cumpliste tu promesa de que, si pasaba algo, me ibas a escuchar el primero.

—No tenía fuerzas.

—Lo sé, me pongo en tu lugar, pero necesité, aunque fuera por un momento que te hubieses puesto en el mío —murmuró con tristeza.

—Lo siento con todo mi corazón.

—Tranquila.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Bueno, no tengo muchas opciones. Estoy esperando un hijo y a ella también la quiero como si fuera mía. Me compraré algo aquí cerca para poder estar junto a ellos. Aunque sé que lo de Carla depende de ti.

—No te preocupes, no sería yo quién te privara de nada —me iba secando las lágrimas que me caían.

! —¿Cómo estás llevando el embarazo?

—Bien, gracias, bien.

—Lo que necesites sabes que puedes contar conmigo. Estoy alojado en el hotel de al lado de la urbanización, estaré allí hasta que compre la casa.

—Puedes quedarte en la mía.

—No —sonrió—. Te lo agradezco, ya contaba con esa opción, pero no puedo, lo pasaría muy mal.

—Entiendo...

—Me costó mucho asimilar que no ibas a cumplir tu promesa, me costaron muchas lágrimas y dolor saber que ya nada podía ser igual a aquello que soñamos. Sigue doliendo, pero lo he aceptado, no podría luchar de nuevo solo por algo que sé que, pase lo que pasé, nunca van a confiar plenamente en mí. Te he amado como nunca amé a nadie, te sigo amando, pero creo que es hora de entender, que no puedo vivir junto a alguien que mi interior sabe que no se dejaría la vida por mí, como yo lo haría por ti.

—Siento haberte fallado, lo siento de verdad y entiendo lo que quieres decir. No puedo prometerte nada porque se me caería la cara de vergüenza, tienes razón en todo, pero si necesitas algo, puedes contar conmigo.

—Tranquila, aprendí a ganar esta batalla solo...

Se levantó, cogió a la pequeña que venía a sus brazos, estuvo jugando un poco con ella y a la hora de la cena se despidió. Le prometió a la niña que volvería al día siguiente.

Me quedé llorando con Marisa y Martha, lo que hacía mucho no había llorado. Eran tan injusto y doloroso todo que me desgarraba el alma.

Había percibido claramente que él, no quería volver conmigo bajo ningún concepto, que se había decantado por ser padre y estar ahí, aunque por su lado, viviendo su vida en solitario o rehaciéndola, pero sin mí.

—Lo entiendo, lo peor de todo es que lo entiendo.

—Yo también —murmuró Marisa, que acariciaba mi mano y Martha la otra.

—Vais a sufrir mucho. Os queréis con todo vuestro corazón.

—Sí, Martha, nos queremos mucho y de eso no me cabe duda, pero lo debió pasar mal, en un país ajeno, en la cárcel, sabiendo que no era culpable y sin una visita mía para escuchar lo que me tuviera que decir. Fui una cobarde.

—Pues yo me pongo en tu lugar y tampoco hubiese ido —dijo Marisa y Martha, afirmó —¿Y si hubiese sido el que mató a tus padres? —Nadie es culpable hasta que se demuestre lo contrario, pero tampoco nadie entra en la cárcel provisionalmente si no hay indicios. Así que, sí, él tiene razón, pero tú también. No te mortifiques.

—Necesito irme a dormir...

—Tranquila, nosotras nos encargamos de la niña.

Me fui a dormir porque no podía con mi alma, el dolor era demasiado y las lágrimas no me daban tregua ni un solo minuto.

Había tenido frente a mí a Ethan y hubiera dado lo que fuera por un simple abrazo, no sé, estaba esperando un hijo suyo, hubiera necesitado un abrazo, pero entendí que era el precio que tenía que pagar por no haber cumplido mi promesa.

Por un flash entré en las redes sociales y él, había colocado un post que ya había sido comentado, compartido y dado “me gusta”, por millones de personas.

! Salía una foto suya sentado en la ventana de la habitación y se veía la zona verde atrás.

“Nadie está preparado para que algo así le pase, pero cuando se esclarece la verdad, comprendes que todo en la vida es una prueba para saber quién está junto a ti y quién no. Gracias a todos los que habéis compartido posts, confiando en mi inocencia”

Me mató, ese post me mató, me terminó de desgarrar por completo.

Capítulo 23



Estábamos desayunando en el porche cuando apareció Ethan y la niña corrió hacia él.

—¡Papá! —gritaba emocionada hacia sus brazos.

Martha se levantó para prepararle un café que le dio cuando se acercó a la mesa saludando en general.

—Gracias, Martha —sonrió levemente y se sentó cuando Manu le extendió la mano hacia la silla.

Me dio un apretón en la rodilla como de saludo.

—¿Qué tal estás? —le pregunté en voz baja.

—Bien ¿Y tú?

—Bueno, ahí voy.

—¿Para cuándo esperas?

—Se supone que, para principios de septiembre, aún queda —sonreí.

—Más o menos cuando me imaginé ¿Tienes todo preparado?

—Todo menos yo —sonreí —, pero bueno, cuando llegue el momento no me quedará otra que enfrentarlo.

—Seguro que saldrá todo genial.

—No sé yo... —apreté los dientes.

—¿Ya has pensado en el nombre?

—Sí —sonreí mirando al suelo—. Se llamará como tú, Ethan —murmuré y vi cómo se le escapaba una sonrisita.

—No me lo esperaba.

—Bueno, yo tampoco, no había decidido nombres, pero desde ayer lo tuve claro. Quiero tener a un Ethan en mi vida —sonreí.

—A él, seguro que sabrás cuidarlo.

—Lo intentaré como lo hago con Carla. Nadie nace sabiendo.

—Lo haces muy bien, con ella eres muy paciente y protectora.

Estuvimos un rato charlando desde el respeto, la serenidad y esa forma tan diferente a antes, pero bueno, al menos podíamos hablar y con eso me conformaba, no me quedaba otra.

Pasó el día jugando con la niña y allí con nosotros. Con los chicos hablaba, pero no grandes conversaciones. En el fondo, se vio un poco desprotegido por todos y eso le hizo daño.

El domingo nos fuimos de allí y regresé a casa. Ethan pasó a por la niña después de comer para llevarla a merendar y al parque. Ni siquiera entró.

A la mañana siguiente se fue a ver casas y consiguió una en nuestra urbanización, me lo dijo cuando vino de señalarla, además, como ya estaba vacía, iba a firmar esa misma semana en el notario e instalarse en ella, ya que estaba amueblada.

Cada día venía un rato a por la niña y se la llevaba, conmigo hablaba uno o dos minutos y ya, parecía como si nos hubiéramos convertido en dos extraños y esa sensación era muy fea.

Firmó su casa y el fin de semana se instaló en ella. Fue con la niña a hacer una compra grande al súper y se la quedó del sábado al domingo. Por supuesto que lo acepté, sabía la pasión que sentían el uno por el otro.

Eso sí, Carla era muy lista, no hacía preguntas y entendió que los dos habíamos cogido un camino muy diferente.

Mi barriga iba aumentando por días y era agosto. La niña se había ido un par de días con él, y entre nosotros seguía todo igual. Nos preguntábamos como estábamos y poco más.

Ese mes pasó lento y muy triste, yo apenas salía y, para colmo, faltaban pocos días para dar a luz cuando la pequeña me dijo algo.

—Cada vez que vamos al parque, papá se sienta con Irene a hablar.

—¿Quién es Irene, cariño?

—Una amiga de él, también los vi darse un beso en la boca —dijo con tristeza.

Aquello me hizo un daño terrible. Sonreí y la mandé a ponerse el pijama mientras yo preparaba la cena llorando a mares.

Al día siguiente que vino Ethan a recogerla para llevarla al parque, fui yo detrás a escondidas, quería verlo con mis propios ojos y lo vi. Ella llegó y él estaba sentado con un café, se levantó sonriente, le dio un beso en los labios y le apartó la silla.

Ethan estaba rehaciendo su vida y tenía derecho, pero yo no estaba preparada para eso.

;

Cuando me la trajo de vuelta mandé a la niña hacia dentro.

| —Ethan, sé que estás con alguien...

—Me veo con alguien, sí —murmuró con tristeza.

—No cambiaré en nada, aquí estoy para lo que necesites.

—Tenía miedo de que te enteraras y me quitaras a Carla.

;

—No, jamás haría eso, no te lo mereces y yo no soy así. Te voy a amar siempre y solo por eso, quiero que seas feliz —se me cayeron las lágrimas.

Hizo un gesto de afirmación y vi que se iba a echar a llorar. Se marchó sin decir nada y me quedé con un nudo en la garganta que me estaba matando.

Cada día vino a por la niña, se la llevaba al parque y se veía con esa chica. Intenté que Carla lo viera normal y hacía como que me alegraba y no me afectaba, pero no era así, yo estaba muerta en vida, triste y pasando los peores momentos, esos que me estaban consumiendo lentamente.

La niña comenzó el colegio y Ethan, venía a recogerla para llevarla y luego la traía. Quería que en mi estado y estando cerca el parto, estuviera en casa tranquila y se lo agradecí.

Sabía que cuando la dejaba en el cole, se veía con ella y desayunaba, al igual que ya sabía, que se había quedado alguna que otra noche en su casa.

Entendí que quizás me lo tenía merecido, que no había sabido luchar por un hombre que estaba dispuesto a dejarme todo por mí, al igual que sabía que lo había perdido para siempre, cada día lo tenía más claro, pero no ello bajaba el dolor, todo lo contrario, me sentía en una profunda depresión que estaba comiéndome sola y no le dije a nadie.

Ni que decir que Marisa, estuvo conmigo en todo momento...

Entendí que quizás me lo tenía merecido, que no había sabido luchar por un hombre que estaba dispuesto a dejarlo todo por mí, al igual que sabía que lo había perdido para siempre, cada día lo tenía más claro, pero no ello bajaba el dolor, todo lo contrario, me sentía en una profunda depresión que estaba comiéndome sola y no le dije a nadie.

Ni que decir que Marisa, estuvo conmigo en todo momento...

Capítulo 24



Fue llevarse a la niña para el colegio cuando comencé a sentirme mal. Llamé a Marisa, que no tardó ni cinco minutos en aparecer en la puerta de mi casa con Manu.

Llegué al hospital y me pasaron a hacerme pruebas y listo, estaba a punto de caramelo para dar a luz y los nervios se apoderaron de mí por completo.

Me llevaron al paritorio entre lágrimas, gritos de dolor y una desolación increíble que nadie se merece en un momento como ese.

Cuando me pusieron preparada para parir, se abrieron las puertas y apareció Ethan. Las lágrimas comenzaron a brotar con más fuerzas.

—Tranquila, todo va a salir bien —cogió mi mano.

Para mí fue muy bonito que ese momento que era de los dos, estuviera ahí, fue como una especie de calmante, aun sabiendo que eso no significaba nada y que todo iba a seguir igual. Él estaba comenzando otra relación.

Ethan nació rápido y sin epidural, sentí ese maravilloso dolor viendo como la vida de mi segundo hijo comenzaba en este momento junto a nosotros.

Lloré con él en el pecho y luego lo cogió un emocionado padre que lo miraba entre lágrimas y le decía cuánto lo quería.

Fue un momento de esos que, si no fuera por las circunstancias que nos rodeaban, habría sido el más bonito de nuestras vidas.

Se quedó todo el día a mi lado en el hospital. Marisa se encargó de Carla.

Estuvo pendiente de mí, en todo momento y, sobre todo, de su hijo, se le caía la baba mirándolo.

Se quedó conmigo hasta el día siguiente que nos dieron el alta, luego fuimos a recoger a Carla y se vino a la casa.

Estuvo todo el día con nosotros, por la noche se marchó después de cenar y quedando en regresar al día siguiente a por la niña para llevarla al cole.

Los primeros días fueron así. Venía a llevar y traer a la niña y pasaba el día ayudándome con el bebé, se veía que lo amaba con todas sus fuerzas.

Le daba el biberón, lo cambiaba, lo sostenía horas en brazos, mirándolo como dormía.

Eso sí, con Carla era pasión frenética y no permitió que sintiera celos en ningún momento.

Sabía que por las noches dormía con ella, no me hablaba nada de eso, pero yo, lo sabía. Creo que no se atrevía a nombrarla delante de mí, por no hacerme daño. Sabía que Ethan no quería eso, pero sí que estaba viviendo su vida, esa que se merecía hacer como quisiera.

Con el paso de las semanas, se llevaba a la niña al cole y no aparecía hasta que venía con ella y se quedaba toda la tarde con nosotros.

Al bebé nunca se lo llevaba y es que en eso tuvo mucho tacto, aún era muy pequeño y sabía el daño que me podía hacer llevándoselo.

Estuvo así hasta Navidades, esas que pasó con nosotros el día veinticinco y uno de enero, pero las noches críticas las pasó con Irene, era normal y lo comprendía, aunque me siguiera doliendo en el alma.

¹ En enero comenzó a llevarse por las tardes a los dos niños, Ethan ya tenía cuatro meses y él lo manejaba muy bien. Fue poco a poco dejando de estar en mi casa y normalizando una relación que dos personas que ya no están juntas hacen cuando hay hijos de por medio.

En febrero se fue quince días a California y lo hizo con ella, yo lo sabía por una foto que ella puso en su Instagram y es que una vez moviendo las redes la vi en un comentario que le hizo a él.

Salía en Los Ángeles, no con él, pero sí diciendo que acababa de aterrizar en California.

Dolía mucho, muchísimo. No hubo un día que no llamara por videollamada a Carla, yo le ponía el bebé al lado de su hermana y me quitaba, los dejaba ahí hablando hasta con los padres de él, esos que aún no conocían a su nieto en persona. El padre de Ethan, estaba en un tratamiento que no podía volar aún, pero estaban deseando conocerlo y, por supuesto, a Ethan no se le ocurrió pedirme llevarse al niño, aunque si soy sincera, lo hubiera dejado ir, no me hubiera importado, sabía que, ante todo, amaba a mis dos amores con todo su corazón.

Fueron quince días en los que me comencé a replantear muchas cosas...

No podía seguir aferrada a alguien que ya había rehecho su vida, no podía seguir llorando de esta manera y sufriendo por algo que ya no tenía marcha atrás y es que había visto en Ethan muy claro, que por nada daría marcha atrás.

Los medios de comunicación lo pillaron con ella y salió en todas las portadas diciendo que después de tener un hijo conmigo, él había rehecho su vida.

Ella era asesora de imagen y trabajaba para una firma importante.

Yo no me planteaba rehacer mi vida, cuando amas tanto a alguien como yo lo hice siempre con él, era imposible y más después de haber vivido con él, momentos que habían engrandecido toda esa pasión que sentía por mi actor favorito.

El día que regresó y vino directo a ver a sus hijos repleto de regalos y emoción, digo sus hijos porque con Carla, me había demostrado que la quería como todo un padre y que no puso nunca por delante a Ethan. Pues eso, le pedí hablar y aunque podía estar con ellos cuando quisiera, nos organizamos para poder yo también hacer cosas, quería comenzar a emprender una nueva vida, esa que antes no me había arriesgado.

Lo entendió todo, además me motivó a hacer cosas, viajar, trabajar en proyectos que me gustaran y volver a activar esas redes que tenía con muchos seguidores, pero que las mantenía sin actividad.

Quedamos en que un fin de semana cada uno se quedaría a los niños y que, en verano, dos semanas cada uno, así como a mitad en las fiestas.

Le dije que no me preocupaba cuando los tuviera en su casa, Irene, al fin y al cabo, era la que ocupaba su corazón y su vida.

Durante la semana nos encargaríamos un día cada uno de llevar a Carla al cole y encargarse del pequeño, vamos, ¿quién le tocara se los quedaría todo el día.

Nos prometimos que siempre contaríamos con el apoyo el uno del otro y que a los niños lo haríamos crecer felices.

Cuando se marchó lloré mucho, pero fue necesario poner esas pautas para reorganizar mi vida, quería hacer cosas que me mantuvieran feliz y que no me dejaran enclaustrada en una casa y vida de madre, necesitaba sentirme viva y eso, hacía mucho que no lo sentía.

7

í
a

a

l

Capítulo 25



Y todo sigue, aunque el amor que sintamos hacia ciertas personas permanezca intacto...

Los siguientes meses normalizamos eso, ni que decir tiene que quité el cuarto de juegos, que nunca se usó, lo tiré todo, bueno, me quedé con algunos juguetes que reconozco que alguna que otra vez me quitaron algún que otro calentón ¡Bendito Satisfayer!

Con Ethan tenía una relación cordial y siempre estaba preguntándome si necesitaba algo, inclusive algún que otro día le pedí que se quedara con los niños y no dudó en hacerlo.

Me dediqué a mis redes sociales, la verdad es que tuve una acogida de nuevo formidable. Subía fotos muy cuidadas, como reflexiones.

Algún que otro fin de semana me fui sola por Europa: Roma, Londres, Edimburgo y Ámsterdam.

Me traje fotos preciosas que iba subiendo y la gente seguía con mucha emoción.

Ethan seguía con Irene, pero jamás me la presentó ni apareció con ella, cosa que interiormente agradecía, al menos por ahora. La realidad es que comenzaba a vivir, pero el dolor y el amor seguían ahí. Amaba a ese hombre cada minuto de mi vida y fantaseaba con él.

Soñaba despierta que venía a buscarme y me decía que quería regresar conmigo, que me amaba y quería estar con su familia, cosas así que me hacían feliz por un ratito.

Además, la niña ya tenía el apellido de Ethan, él me lo pidió y no dudé en aceptar, se lo tenía más que merecido y a la niña le hacía una ilusión tremenda.

Y llegó el verano...

Mis niños se irían con él, quince días y yo, los iba a echar mucho de menos, pero era lo acordado y tenía derecho como padre y como persona que amaba a mis dos soles. Además, se los iba a llevar a California a conocer a sus

abuelos.

Vino a por los niños, ya que salían al día siguiente por la mañana, él sabía que yo esas dos semanas había decidido irme lejos también, necesitaba escaparme sola y alejarme de todo.

Me dio un cariñoso abrazo, luego cogí a mis pequeños y me los comí a besos.

Cuando cerré la puerta, lloré como hacía mucho no lo hacía, y es que me partía el alma ver como él se iba con ellos e Irene, como todo había cambiado y como no, yo había perdido al hombre de mi vida.

Al día siguiente embarqué en un vuelo que me llevaría a Bali, un viaje que siempre soñé y que quería vivirlo ahora, en primera persona.

Junto a mí, que iba en primera clase, se sentó un hombre unos años mayor que yo, pero no muchos, al menos por la apariencia.

Sonrió y me saludó.

—Nos queda un largo viaje por delante. Me llamo Marcos —extendió su mano.

—Hola, soy Daniela —sonreí.

—Lo sé.

—¿Cómo que lo sabes? —pregunté riendo y extrañada.

—Me pagaron el viaje Aitor y Manu, para que te acompañara en esta aventura que a la vez sería fuente de inspiración para mis novelas.

—¿Eres Marcos? ¿Uno de los autores de Las chicas de la tribu?

—El mismo qué ves —me hizo un guiño.

—No me lo puedo creer, el padre o el doctor anchoa, os sigo en el grupo y me río mucho. Por cierto, me encantó tu última trilogía. Bueno, me gustaron todos tus libros, me los devoré durante el embarazo.

—Lo sé, estoy al tanto de todo —sonrió, ofreciéndome un caramelo que cogí.

—Los voy a matar.

—No mujer ¿Tú sabes lo bien que lo vamos a pasar juntos?

Me reí, además era guapísimo y tenía un don de esos de decir “aquí estoy yo”, pero sin despeinarse, que ¡impresionaba un mundo. Me había dejado a cuadros.

Corte perfecto con un poco de flequillo, una cara de lo más sugerente y bonita, unos modales de lo más correctos, en ese sentido me recordaba mucho a Ethan.

No podía parar de reírme con esta situación tan inesperada. Ese Manu y Aitor tenían tela, pero los adoraba.

—Y tus niños se han ido a California, según me han contado.

—Sí, ahora mismo deben estar volando.

—Manu siempre me tuvo informado de todo, además seguí todas las noticias por la prensa de lo que pasó. Lo debió pasar muy mal ese hombre.

—Sí, lo pasó mal, no se lo merecía.

—Sigues enamorada de él, se te nota con solo hablar.

—Lo amo con toda mi alma, con toda mi corazón, pero nuestros caminos se separaron para siempre y me quedo con esos bonitos momentos que pasé junto a él. Siempre cortos, pero muy bonitos, demasiado...

—Y dos estrellas que tenéis en común. Fuiste muy valiente adoptando a Carla.

—Vaya, hasta el nombre te sabes —sonreí—. No es valentía, una vez que lo haces te das cuenta de que el regalo te lo hacen ellos a ti.

—Eres magia con tu forma de hablar.

—No —reí—, es la verdad, lo que siente una y, además, llega un momento que todo cambia tanto que te aferras a lo bonito que te da la vida. Lo malo lo vas dejando a un lado como medio de coraza que vas creando a tu alrededor.

—Conozco tu historia por encima, pero creo que todo fue muy rápido en poco tiempo.

—Verás... —comencé a contarle todo desde la primera vez que aterricé en la isla.

—Ese Delvin, es malo.

—Sí, además lo detuvieron en España, vino a hacerme daño, se demostró que ahora venía a acabar conmigo,

estaba enfermo de celos y obsesionado.

—Lo más triste es que por mucha prisi3n que se coma, no subsanar3 absolutamente nada.

—No quiero ni pensar en 3l, me mata recordar. Destroz3 mi vida de muchas maneras, no solo llev3ndose a mis padres y arrebata3ndomelos, rompi3 lo que yo quer3a como familia, nos rompi3 a todos de alguna manera u otra. No soy la chica que pis3 aquella isla por primera vez, pero tampoco soy la que era antes de eso, ni despu3s. Mi vida se par3 por completo. Ahora es cuando estoy comenzando a vivir. Viajo para ver el mundo y despejar mi mente, para seguir metiendo contenido a las redes y para evadirme de saber que lo tengo tan cerca y a la vez tan lejos.

—Dar3as lo que fuera por estar con 3l.

—Una vida entera dar3a, por solo estar cinco a3os con 3l —se me saltaron las l3grimas, ech3 su mano por mi hombro y me abraz3. Me dio un beso en el cabello.

—Te llevo cogiendo cari3o desde hace mucho que los chicos me hablaban de ti, pero ahora, es escucharte y s3 que te quiero. Que te vas a convertir en una gran amiga para m3 y que, en parte, har3 que te olvides de todo, aunque sea por momentos.

—Parece que te vas a declarar —murmur3, bromeando entre l3grimas.

—Mujer, dame tiempo, el arroz no se cuece en un minuto —conten3a esa risa que le sal3a. Era entra3able.

Las poco m3s de trece horas de vuelo, la pasamos hablando, literal, no dormimos lo m3s m3nimo. Me cont3 toda su vida y yo la m3a.

Marcos era un oficial de la Armada, adem3s de escritor. Deportista y un apasionado de la vida. Ten3a mucho carisma y cuarenta y seis a3os muy bien llevados porque ten3a un cuerpazo y una planta impresionantes.

Los vaqueros y esa camiseta le quedaban que ni pintados.

Aterrizamos en Bali y un taxi nos llev3 hasta el resort que ten3a reservado y al que a3ad3 a Marcos en mi habitaci3n y no tuvo que coger otra, y eso que los chicos le hab3an dado hasta el dinero para el hospedaje, me re3 much3simo.

Nos dieron una habitaci3n con doble cama de matrimonio, as3 que, perfecto.

Eran las siete de la ma3ana y lo que hicimos fue poner todo a oscuras y dormir, que entre las horas de diferencia y las de vuelo, ya llev3bamos m3s de veinticuatro horas sin dormir.

Capítulo 26



Me estaba orinando cuando miré la hora del móvil y en Bali eran ya las cinco de la tarde. Al levantarme me di cuenta de que Marcos, estaba en la terraza tomando un refresco.

—Hombre, mi Danielita —se levantó, poniéndose frente a mí.

—Voy al baño. Necesito un café —miré con asco su refresco.

—Llevo dos horas levantado, por eso me estoy bebiendo esto. Ya me tomé tres cafés —sonrió—. Ve tranquila, te preparo uno con mucho amor.

—Y porque es de capsulas y no es que tengas que hacer uno —reí.

—Encima me protesta —se puso las manos a cada lado de sus caderas.

—Nadie dijo que hacer de niño sería fácil —le hice un guiño y entré al baño.

—Verás cómo te coja —me advirtió a modo de broma.

—Fuerza, sé ve que tienes —le saqué la lengua y cerré la puerta.

Me eché a reír mirándome al espejo ¿Estaba riendo? ¿Sí? Negué cerrando los ojos y sin dejar de reír.

Salí afuera y tenía la taza de café con un bombón al lado.

—Buen detalle —dije cogiéndolo y metiéndomelo en la boca.

—A mi Danielita, que no le falte de nada —me hizo un guiño y el capullo me sacó otra sonrisa floja.

—Pero de nada, que estoy muy desaprovechada —solté, causándole una carcajada y luego pensé que había soltado una barbaridad—. No quise decir eso —reí, señalándole con el dedo y viendo que no dejaba de reír.

—No mujer, ahora no lo deshagas que te quedó de lujo, además, te salió del corazón. Vamos que llevas más tiempo sin mojar pan que yo —apretó los dientes.

—No sé cuanto llevas tú, pero yo unos dieciocho meses no hay quién me los quite —reí.

—No, yo ya me hubiera suicidado —nos reímos—. Un mes como mucho.

—Bueno eso no es nada.

—Para mí sí, créeme.

—Madre mía, pues a mí, ni me mires.

—Bueno, eso es imposible.

—Me has entendido —reí nerviosa.

—Sí, tranquila. Nunca me tiro encima de nadie, siempre vienen a mí —me hizo un guiño.

—Si es una indirecta, te puedes quedar esperando —reí y entré a coger ropa para ducharme y cambiarme.

—A mis brazos vendrás, Danielita.

—Que poco me conoces —reí.

Me duché, salí con mi vestido cortito blanco de tirantes, un vuelo sobre las caderas donde terminaba la tela, abajo llevaba el bikini...

—Wow, wow, wow.

—No empieces —le advertí riendo y cerrando la puerta, ya que estaba esperándome fuera.

—He visto piernas bonitas, pero como ese par, ninguna.

—¡Marcos! —Le di una colleja y aproveché para agarrarme por la cintura.

—Tenemos que fingir ser pareja —murmuró a mi oído.

—¿Y eso?

—Porque lo que vienen son eso, parejas o recién casados, al menos a este tipo de resort. No podemos ser los raros los amigos que se meten en un viaje para quitar las penas.

—¿Te estás quedando conmigo?

—No, tú querrás quedarte conmigo —me hizo un guiño y continuó andando sin soltarme.

—Estás peor de lo que pensaba —reí.

—Mira ese bar de cañas de bambú, es chulísimo ¿Nos tomamos un coctel ahí?

—Claro.

Pedimos dos cocteles que vimos ponerle a otra pareja y nos llamó la atención. Era de tres colores y a base de ron, mucho ron, nos reímos viendo como lo echaba en la licuadora.

—¿De luna de miel? —nos preguntó el camarero en inglés.

—Sí, mi mujer y yo, nos casamos hace dos días —contestó Marcos, echándome la mano por el cuello y besando mi mejilla.

—Me hubiera dado dos tiros el día antes —murmuré en español y flojito, para que el chico no nos entendiera.

—Eres más bonita que todas las cosas. Me acaba de decir que se casaría conmigo todos los días de su vida. Esta s cree que se casó con Julio Iglesias —dijo Marcos en inglés para que el chico se enterase.

Lo que nos reímos los tres, madre mía, ese Marcos era un sacador de sonrisas continuo. Si Aitor ya era gracioso, este lo superaba con creces.

Cogimos los cocteles y nos fuimos para apoyarnos en unos tubos anchos de madera con una tapa que había por allí a modo de mesa, sin sillas.

—Tío no vayas diciendo que estamos casados —reí.

—Pues le iba a decir que teníamos dos niños y lo dejamos con tu ex novio.

—¡Marcos! —reí negando.

—No lo he dicho —estiró sus manos como diciendo que, tranquila.

En ese momento comenzó a sonar la bachata de Odio de Romeo Santos y Marcos, sin pensarlo me agarró por las

,caderas y el brazo y comenzó a llevarme con aquella música.

—Joder, Marcos, como bailas —dije, riendo ruborizada de cómo se movía y me llevaba.

—Soy el hombre de tus sueños, pero es que no me habías buscado.

—Joder, pues haber aparecido antes de todo esto y me hubiera ahorrado tanto disgusto —bromeé.

—Llegué a tiempo, justo a tiempo —me pegó más a él, puso su mano en mi espalda y siguió llevándome en ese baile.

Bailamos toda la canción y ya me solté. Me había encantado esa sensación de bailar con él, no sé, era una emoción de esas que sabes que tu cuerpo no siente desde hacía mucho.

Cayó el atardecer con nosotros en el mismo sitio charlando, a veces bailando cuando me agarraba y no me soltaba riendo, riendo a carcajadas y es que Marcos me las sacaba a pares.

Ni cenamos, allí que nos quedamos hasta la una de la mañana. Las horas pasaron rápidas y nosotros, nos sentimos como pez en el agua.

Regresamos a la cabaña, me llevaba por el hombro mientras me cantaba la canción de Fito y Fitipaldis la de “Por la boca vive el pez”. Me encantaba escucharlo...

eNos acostamos charlando con la luz apagada, él en su cama y yo en la mía. Amenazaba con venirse junto a mí y yo le advertía que no. Me hizo caso, pero le costó.

caderas y el brazo y comenzó a llevarme con aquella música.

—Joder, Marcos, como bailas —dije, riendo ruborizada de cómo se movía y me llevaba.

—Soy el hombre de tus sueños, pero es que no me habías buscado.

—Joder, pues haber aparecido antes de todo esto y me hubiera ahorrado tanto disgusto —bromeé.

—Llegué a tiempo, justo a tiempo —me pegó más a él, puso su mano en mi espalda y siguió llevándome en ese baile.

Bailamos toda la canción y ya me solté. Me había encantado esa sensación de bailar con él, no sé, era una emoción de esas que sabes que tu cuerpo no siente desde hacía mucho.

Cayó el atardecer con nosotros en el mismo sitio charlando, a veces bailando cuando me agarraba y no me soltaba, riendo, riendo a carcajadas y es que Marcos me las sacaba a pares.

Ni cenamos, allí que nos quedamos hasta la una de la mañana. Las horas pasaron rápidas y nosotros, nos sentimos como pez en el agua.

Regresamos a la cabaña, me llevaba por el hombro mientras me cantaba la canción de Fito y Fitipaldis la de “Por la boca vive el pez”. Me encantaba escucharlo...

Nos acostamos charlando con la luz apagada, él en su cama y yo en la mía. Amenazaba con venirse junto a mí y yo le advertía que no. Me hizo caso, pero le costó.

Capítulo 27



Escuché a Marcos abrir la puerta y dar las gracias.

Me incorporé y vi que entraba con un carro con el desayuno.

—A mí me dijeron que tenía que cuidar a Danielita y yo le traigo hasta el desayuno a la cama.

—Ay por Dios, si al final te voy a comer esa cara tan bonita que tienes.

—Y tanto que me la comerás, te lo digo yo —rio.

—Bueno, tendría que pasar un milagro más grande.

—Yo soy tu milagro, pero es que no estás atenta a las señales —cogió un bollo y lo mordisqueó. Se había sentado en el filo de la cama.

—¿Qué planes tenemos hoy?

—¿Qué pensabas hacer tú si yo no hubiera estado?

—Improvisar, este viaje quería improvisar...

—Pues improvisemos, dejemos que todo fluya.

—Vale —sonreí saliendo a la terraza para encenderme un cigarrillo con el café en la mano.

—Pero que fluya todo, no solo lo que te convenga —me dijo con el dedito incluido, señalándome.

—No empieces —reí y di una calada.

—Sabes que te estoy ganando por minutos.

—Y las collejas también.

Miré el móvil y tenía un mensaje de Carla, diciendo que estaba muy feliz con los abuelos y que su hermanito se estaba portando muy bien. Que me quería mucho y me echaba de menos. Me habían puesto unas fotos de los niños con los abuelos y me emocioné. Ethan e Irene no salían.

Me tiró Marcos una foto con la playa de fondo que se veía desde la terraza y sujetando la taza de café, se la envié para que la viera ella y su hermano, obvio que él la iba a ver, pero bueno, iban para mis niños.

Me llegó un mensaje escrito de Ethan.

Ethan: *Estás preciosa. Cuídate mucho.*

Se me hizo un nudo en la garganta. Sabía que ese mensaje no llevaba ninguna intención, pero sí mucho cariño.

Nos fuimos hacia fuera y Marcos alquiló una motocicleta. Me pareció una manera increíble de movernos por la isla y sentirnos en total libertad de movimiento.

Me agarré a su cintura y fui observando todo aquello por lo que pasábamos y sin quererlo, terminamos en el Lago Bratan donde había un templo que se veía precioso sobre el lago. Pronto descubrimos que era uno de los más famosos “Pura Ulun Danu Brata” así se llamaba.

Nos tiramos unas fotos alucinantes, además llevaba un palo selfi que se convertía en trípode y alto, así que entre eso y el móvil que se podía poner con temporizador para la foto, sacamos verdaderas preciosidades de imágenes de los dos haciendo tonterías.

—Es increíble este lugar.

—Lo es, Danielita —me echó la mano por el hombro y me dio un beso en la mejilla —, pero la más increíble de todas, eres tú.

—Venga, arranca la moto —dije acercándome a ella y riendo.

—Me huyes, pero vendrás a mí a darme todo ese amor que llevas dentro de ti —se montó y la sujetó para que yo me subiera.

Arrancó la moto y yo iba detrás sonriendo con las cosas que me soltaba, me sentía con él, como si estuviera en una paz constante, en un lugar donde no tiene cabida el dolor. Era extraño, no sabía si también tenía que ver el lugar, pero parecía que una parte de mis tristezas habían desaparecido con su presencia.

Un rato después paramos delante de unos arrozales que hacían de un paisaje de lo más bonito y colorido.

—Saca el trípode —lo dijo de forma que sonó con doblez y viniendo de él...

—Lo iba a sacar —lo cogí y se lo enseñé.

—Así me gusta, que me hagas caso ¿A quién mejor que a Marcos?

—De esta termino loca del todo.

—Loca de amor —me agarró por detrás y me abrazó dándome un beso en la mejilla —. Que, a mi Danielita, la voy a cuidar más que a mi vida.

No lo quería reconocer, pero era inevitable. Cuando me abrazaba así en broma, lo que no se imaginaba es que causaba un cosquilleo por mi barriga. Para mi asombro, sobre todo, no me podía creer que eso me estuviera pasando.

Era algo extraño y es que con Marcos me sentía bien, me apetecía estar a su lado, me gustaba escucharlo bromear y aunque yo me hiciera la dura, a mí la baba se me caía ¿Qué estaba haciendo ese hombre? No lo sé, pero algo, seguro, porque desde que cruzamos palabra, mis pensamientos comenzaban a ser menos dolorosos.

Después de muchas fotos, en las que salió en infinidad de ellas dándome besos en la mejilla o abrazándome con fuerza, nos montamos en la moto y nos fuimos a buscar un lugar para comer.

Todo era a base de arroz y acompañado de verduras, marisco o carnes, eso sí, todo elaborado con muchísimas especias.

Nos tiramos unas fotos con los platos.

—Pedazo de reportaje de novios vamos a tener.

—Sí, sobre todo de novios —reí.

—Tú no sabes de esta isla sin haberme pedido que te haga feliz.

—Se nota que eres escritor, fíjate donde te lleva la inspiración —reí.

—En menos de cuarenta y ocho horas te tengo besándome y lo peor de todo, es que seré tan tonto que te dejaré hacerlo.

—¿Tan tonto? —resoplé riendo.

—El problema es que no eres capaz de dejarte llevar, que vives esperando algo que sabes que no va a pasar y que a pesar de hacer ver que ya lo vas asumiendo, no lo has comenzado a hacer aún.

—¿A qué viene esto? —pregunté casi enfadada y triste, en el fondo estaba diciendo la verdad.

—A que tienes una mirada que transmite diferente a lo que hablas y a que te he visto sentir un abrazo como lo sentí yo, y me estabas quitando, haciendo creer que era un pesado, cuando tus ojos gritaban que te abrazara con más fuerza —murmuró muy cerca de mí.

—Sí, tienes razón —se me cayó una lagrima—. Contigo me siento como hacía mucho no lo hacía, pero también es cierto, que a ese hombre lo llevo en mi corazón y ni riendo, me olvido de él.

—Y no lo tienes que olvidar, fue alguien muy importante en tu vida y lo es de cierto modo. Lo amaste con todas tus fuerzas aún ni cuando lo conocías, pero eso no implica que tu corazón, a la vez, se está abriendo a nuevas cosas y está dejando una puerta entreabierta a volver a latir. No igual, no hace falta, con que sea diferente ya es el paso.

—¿Y por qué contigo?

—Porque nuestros caminos se tenían que unir.

—Pero si solo llevamos dos días juntos.

—Un vuelo de trece horas que equivale como a cuatro cenas. En mucho menos tiempo pasaron cosas mucho más grandes —cogió mi nariz entre sus dedos y la apretó —Danielita, cuando quieras, aquí estoy dispuesto a volver a hacerte creer en la vida, en la ilusión, en los sueños.

—Marcos, no estamos en tu novela, que al final te veo diciendo que estamos locamente enamorados y no, por Dios —reí.

—Ni tú lo sabes. Cuando menos lo esperes, lo descubrirás —agarró mi mano por encima de la mesa y la acarició.

—Siento que estoy haciendo algo malo —murmuré, sincerándome.

—No estás haciendo nada malo, pero él hace ya tiempo que rehízo su vida y tienes derecho a hacer lo mismo.

—Pero no quiero, me da miedo —se me saltaron las lágrimas.

—Eso es lo que te pasa, tienes miedo, pero de ti depende afrontarlo y ganarle la batalla, o vivir con sentimiento de

culpabilidad toda la vida mientras otros son felices.

—Menos mal que no tengo un puente cerca, si no me tiraba —dije, poniendo cara de tristeza.

—No te dejaría...

Seguía acariciando mi mano cuando se hizo ese silencio. Con la otra me sequé las lágrimas con una servilleta. La comida se me había atravesado, me dolía hasta la barriga y yo sabía por qué, eran los nervios en el estómago metidos. Nervios a que ese hombre me había soltado mucha verdad por la boca.

—Marcos, no estoy preparada para nada, además me siento torpe, pero quiero que me sigas sacando sonrisas — rompí a llorar, se levantó y se puso entre mis piernas, rodeándome con sus manos. Menos mal que había poca gente que, si no, me da algo de que me vieran así.

—Daniela —esta vez quitó lo de “Danielita”, sonaba más serio —. Sé que te queda mucho por llorar, pero también sé, que, desde hace muchos años, no miraba por primera vez a alguien a los ojos como lo hice contigo cuando nuestras miradas se cruzaron, supe de inmediato que eras todo lo que siempre había buscado. Llámame loco, pero estoy seguro de lo que digo.

—Marcos, quiero vivir este viaje con todo el concepto de la palabra.

—Pues no te voy a besar ahora mismo y me dan ganas de hacerlo.

—¿Y cuándo lo harás?

—Nunca —se levantó y se sentó en su silla, pero con mi mano agarrada a la suya —. Te he dicho que vendrás tú a mis brazos y mi güin machote no me lo quito por tu culpa —me hizo un guiño.

—No sé si seré capaz —reí.

—Lo serás y yo te estaré esperando.

—Perdonen —interrumpió el caballero —. Aquella mesa de allí vieron como ella lloraba y usted la consolaba y o invitaban a una botella.

Miramos para dar las gracias y...

—¡Los mato! —grité cuando me di cuenta de que eran Manu y Marisa —¿Tú lo sabías?

—Te juro que no —negó riendo.

Fuimos hacia ellos y lo abrazamos. Marisa lo conocía de haberlo visto en varias ocasiones.

Manu me dio un abrazo muy bonito, siempre con esa noble sonrisa en la cara y feliz por todo, era un hombre feliz lleno de calma.

Llevaban siguiéndonos desde que salimos del hotel y no nos habíamos dado ni cuenta.

Llegaron a las seis de la mañana y no habían dormido, era increíble lo feliz que me hacía que estuvieran con nosotros. En ese momento necesitaba a mi amiga y en un momento que nos pillara bien, contarle lo que me estaba sucediendo.

Terminamos de comer allí todos y nos fuimos en las motos a un bar que había en una cascada y que nos habían recomendado para tomar algo.

Y fue impresionante ver aquello, era un lugar de esos que te dejaban boquiabierto, todo verde con esas piedras gigantes que hacían la cascada de esa caída de agua.

Pedí una cerveza y fui a apoyarme en la baranda con Marisa, los chicos se sentaron sobre una piedra y se pusieron a hablar.

Momento que aproveché para contarle lo que me estaba pasando...

—No sabes cuánto me alegro de que me cuentes esto, necesitas salir de ese pozo de amargura en el que vives.

—Tengo miedo a lo nuevo, a cambiar todo de nuevo, a poner mi vida patas arriba.

1

—Perdona, tu vida está patas arriba y ahora es cuando la debes enderezar, tienes que cambiar la visión, dejar de sentirte culpable y crearte un nuevo presente donde comiences a vivir, no a malvivir.

—No quiere besarme...

—Ya, ya me has contado, pues va y le plantas tú, un beso de película.

5

—No soy capaz.

—Mira, no me digas que no eres capaz de eso, cuando vaya historial tienes de una época para acá —resopló.

—Llevo año y medio a pan y agua —le recordé.

—Bueno, pero siempre se acuerda una de lo malo —rio—. En serio, demasiado tiempo, ya tienes que perdonarte a ti misma y de una vez por todas.

—Es monísimo —dije mirando como charlaba con Manu, sin perder la sonrisa ninguno de los dos.

—Lo es ¿A quién le amarga un dulce?

—No sé si seré capaz, pero reconozco que lo estoy deseando.

—Pues hazlo, no te quedes con las ganas.

—Veré cuando haya un momento.

—Cualquier momento es bueno.

—No —reí.

Regresamos con ellos y seguimos visitando lugares esa tarde hasta que regresamos al hotel. Quedamos en reencontrarnos cuando nos ducháramos.

—Es monísimo —dije mirando como charlaba con Manu, sin perder la sonrisa ninguno de los dos.

—Lo es ¿A quién le amarga un dulce?

—No sé si seré capaz, pero reconozco que lo estoy deseando.

—Pues hazlo, no te quedes con las ganas.

—Veré cuando haya un momento.

—Cualquier momento es bueno.

—No —reí.

Regresamos con ellos y seguimos visitando lugares esa tarde hasta que regresamos al hotel. Quedamos en reencontrarnos cuando nos ducháramos.

Capítulo 28



Marcos estaba a los pies de la cama esperando cuando salí de la ducha.

—Estás guapísima —se levantó y comenzó a girar en torno a mí, mientras me observaba.

—No me hagas esto —reí ruborizándome.

—¿Por? —Se paró ante mí y se me quedó mirando fijamente.

—Me estás poniendo nerviosa.

—No lo pareces —arqueó la ceja y aguantó la risa.

—Por Dios, te estás acercando demasiado.

—¿Y? —murmuró en mi oído.

Y le besé...

No tardó en ahuecar su mano en mi cuello y me comenzó a besar de aquella manera tan tierna y sensual a la vez.

—Te dije que me besarías —sonrió, mientras me daba cortos besos.

—Y antes del tiempo que dijiste.

—Tus ojos son demasiados expresivos.

Me dio un abrazo precioso, moviéndome con cariño mientras besaba mi cuello.

—Déjame curar tus heridas, mi vida.

—Estaré encantada de que lo hagas.

Me agarró la mano y salimos a buscar a los chicos, se miraron sonriendo cuando nos vieron aparecer así. Yo estaba avergonzada, pero feliz de tener esa mano que me sujetaba, aunque fuera un poquito.

Cenamos en la terraza de la playa y allí mismo comenzamos a tomar copas, mientras escuchábamos a los turistas que estaban ahí cantando en el karaoke, nos reímos tela.

En un momento sin pensarlo, me fui al chico que ponía las canciones y le pedí una de Mayte Martín llamada “SOS”.

Me dio el micro y ahí que comencé a cantarla yendo hacia Marcos.

—Ven a borrar me los fracasos de mi mente —cantaba caminando —ven a sacarme de este pozo de amargura donde me encuentro yo —lo vi emocionarse, yo sí que lo estaba con esas lágrimas —Que estoy cansada de secretos y mentiras, buscando un gran amor.

Lo que lloré cantándola y lo que hice llorar a Marcos, no tenía lógica, pero ahí estábamos, sintiendo ese momento

Se levantó y me sostenía por la cintura mientras le cantaba, la gente lo estaba hasta grabando en video, noté la emoción de todos los presentes, pues cuando acabé, aplaudían con euforia.

—Te amo, sé que te amo —me dijo, dándome un beso.

—Yo siento algo muy bonito por ti —murmuré, devolviéndole el beso.

Ni una hora después de esa canción, mientras tomábamos copas los cuatro y Marcos me abrazaba y besaba con toda la naturalidad del mundo...

—Joder —murmuró Marisa mirando algo en el móvil.

Nos asomamos los cuatro y era para flipar. Alguien que había estado grabando en el momento canción, lo subió a la red y se había hecho viral. Nos estaban etiquetando por todos lados.

No me quería imaginar cuando Ethan viera como le cantaba a Marcos una canción con tanto trasfondo, pero también me preguntaba si se preocupó en que sentiría yo cuando pensaba que estaba dándole el amor a otra persona.

Tenía que tirar para adelante.

—Mis lectoras están flipando —dijo Marcos, emocionado.

—Madre mía, nos hemos hecho viral.

—Si es que valemos un montón —dijo orgulloso y en plan gracioso.

Ni un momento después, sonó un mensaje en mi móvil y era él.

Ethan: *Sé tan feliz como te mereces. Esa será mi paz.*

—Este, fuma en pipa —murmuró Marcos, que lo había leído.

—Lo de esa será mi paz no sé si lo dijo con ironía o no, de todas formas, nunca le di la tabarra con nada —dije con tristeza.

—Lo dijo por tu bien —murmuró Manu que era muy sincero —Lo dijo por tu bien y porque él, a pesar de que no se permite a sí mismo estar contigo, no puede verte sufrir.

—Pero vamos, que él mal no lo pasa, que le faltó tiempo.

—Le faltó cariño, demasiado tiempo en una celda y solo —. En el fondo me gustaba ese Manu real y contundente. Era sincero, aunque a Marcos, no le estaba haciendo gracia esa sinceridad.

—Bueno vale, cambiemos de tema —dijo este.

—Tranquilo —le respondió Manu.

—Lo estoy, pero también estoy viviendo mi momento y quiero llevarme muchos buenos recuerdos de este viaje —dijo levantándose y fue a la barra a pedir.

—Yo no voy a mentir por complacerlo a él.

—No lo tienes que hacer, Manu —le contesté, haciéndole un gesto de cariño en el brazo.

—Quiero que seas feliz, pero que tampoco veas nada malo en Ethan, sé lo que daría por ti y por sus hijas.

—Yo también lo sé, cuando lo he necesitado, estuvo ahí.

—Él, estará pagando una condena toda la vida, porque seguramente no volváis a estar juntos, pero sé que te va a seguir amando hasta el día que se muera.

—No me hagas llorar —vi que Marcos venía con cuatro cubatas.

—Disfruta —me murmuró con esa preciosa y noble sonrisa.

Marisa me miraba sonriente, con ese cariño que me transmitía sin necesidad de hablar.

Marcos me acariciaba la espalda todo el tiempo o besaba mi sien, ya se le había pasado ese momento que, para él, fue amargo.

Se estaba genial en aquel rincón y mira que no era tan paradisíaco de aguas y demás como Maldivas o Tailandia, pero tenía un encanto espectacular.

Me sentía bien con mi amiga y su chico, pero mejor con la presencia de Marcos, que me estaba haciendo sentir especial, eso que hacía tanto había dejado de sentirme.

Regresamos a la habitación y quedamos en vernos para el desayuno.

—Te juro que no te haré nada, pero quédate en ropa interior, quiero dormir abrazado a tu cuerpo.

—La madre que te trajo —reí —¿Y por qué me lo tengo que creer?

—Porque tú también lo estás deseando.

—Me da mucha vergüenza —reí apoyando mi cabeza en su hombro y aprovechó para subir mi vestido y deshacerse de él, hasta del sujetador.

Me metí en la cama y él no tardó en hacerlo. Me pegó a él y comenzamos a besarnos.

Desde luego que la sensación de estar piel con piel, era mucho más emocionante...

—No me pegues tanto que después de tanto tiempo estoy muy sensible —murmuré riendo.

—No me puedo resistir.

—Dijiste que no me harías nada —le recordé riendo y sobre su hombro.

—Nada feo, mujer, es que no me dejaste terminar —me besaba.

Pero no hicimos nada más que darnos esos besos que tanto deseábamos en ese momento y abrazarnos hasta quedar dormidos.

Capítulo 29



Abrí los ojos y estaba el carrito del desayuno y él sentado sobre el filo mirándome.

—Marcos, por Dios, no me mires así que me asusto —reí.

—¿Con lo guapo que soy?

—No es por eso, pero no te esperaba ahí mirándome.

—Vale, mañana te sorprenderé de otra manera, pero luego no te quejes —me dio un vaso de café cuando me incorporé para sentarme tapándome con las sábanas.

Miré el móvil y nada, muchísimas fotos corriendo por las redes en la que salía en actitud más que cariñosa con Marcos. Los turistas me reconocían por todo lo de mi padre y lo de Ethan y estaba siendo noticia por todos lados por mi relación con el escritor de romántica Marcos A. C.

—Nos vamos a hacer la pareja del año —bromeó, besándome y sacándome una carcajada por la forma que tenía de decir las cosas. Me encantaba esas cosas que soltaba sin pensarlas y que sentía de verdad.

—Ya te digo, que marrón —reí.

—Todo lo contrario, me están entrando miles de seguidores, como le den por leerme me forro —decía tan pancho y feliz.

—Anda, anda que tienes tela —negué y me acerqué a besarlo. Era como decirme a mí misma que, a la mierda el qué dirán, ahora me tocaba disfrutar un poquito de mi momento.

Desayunamos y fuimos al encuentro de los chicos y a por el segundo desayuno, total, ya la dieta para cuando regresara.

Mi hija me llamó en ese momento y me contaba cómo le iba por allí, se le veía feliz, pero también decía que me

echaba mucho de menos, no dejaba de preguntarme cuántos días quedaban para vernos y para eso, faltaba un montón. Pero yo le esquivaba la pregunta y la hacía reír.

Colgué y Marcos acarició mi espalda. Estábamos sentados en una de las mesas exteriores que daban al jardín y a la playa.

Ese día lo dedicamos a recorrer templos de la isla, darnos algún que otro baño por las playas que nos cogían de camino, a hacernos cientos de fotos y, como no, a abrazarnos y besarnos por todas las paradas que íbamos haciendo con los chicos.

Terminamos cenando en un lugar precioso, pero de lo más perdido, menos mal que luego estuvo todo bien señalizado para volver a la carretera principal.

Regresamos al hotel y quedamos en que, al día siguiente, cada pareja se iba con su oveja o como se dijera, que ya nos veríamos al otro día para seguir investigando la isla.

Me dolía todo el cuerpo y Marcos, comenzó a masajear mis pies cuando me duché y me tumbé en la cama, él se sentó en el filo con ellos sobre sus piernas.

—Esto no está pagado, para que luego digas que no te cuidó.

—Capullo, si jamás dije nada de eso —reí casi gimiendo por ese masaje tan perfecto.

—Y luego después de todo lo recorrido, vas y te quedas con un escritor de romántica... Para que luego digas que no vas a tener un final de novela.

—Tú lo dices todo —reí negando.

—Qué poco romántica eres —mordisqueó los dedos de mi piel.

—Ay, por Dios, no me hagas eso.

—¿Por? —seguía.

—Ya lo sabes —contesté mientras continuó hacia arriba de mi pierna.

Y se tiró encima de mí, quitó la toalla y me dejó desnuda. Contuve el aire cuando supe que había llegado el momento de enfrentar otro de mis miedos, por muy paradójico que sonara.

Comenzó a lamer mis pechos mientras su mano se adueñaba de mi zona íntima. Me retorcí hacia atrás y me dejé llevar por esa sensación tan placentera.

Marcos tenía tablas y se le notaba, sabía jugar y encenderme. Dejar todo y comerme a besos que me ponían aún más a tono. Me estaba metiendo un calentón de órdago.

Me corrí con unos roces que comenzó a darme con su miembro cuando más ardiendo estaba. Luego lo hicimos y me manejaba poniéndome de mil posturas, agarrándome con precisión y sabiendo como frenar en el límite.

Me quedé agotada sobre la cama, él volvió del baño y me puso sobre su pecho para dormir. Me abrazó y besó la sien.

—Alguien como tú, necesita a un hombre como yo...

—¡Marcos! —reí mientras él apagaba la luz.

—Sabes que no estoy mintiendo.

—Anda, descansa —besé su pecho.

A la mañana siguiente desperté teniéndolo entre mis piernas.

—Buenos días —dije riendo.

—Buenos días, hoy no te miré para no asustarte —murmuró, levantando su cabeza.

—Ya veo —seguí riendo y retorciéndome de placer.

Fue un comienzo de día lleno de sensualidad, la misma que había descubierto la noche anterior.

Marcos me hacía rejuvenecer, sentirme una adolescente en sus brazos, a la vez que me emitía seguridad y fortaleza, era un hombre de eso que sabías que tenían todo lo que una mujer podía desear. Marcos era un cañón de tío.

Desayunamos en el hotel y luego nos fuimos en moto a unas cascadas, allí nos bañamos mientras nos tomábamos un par de cervezas y nos devorábamos a besos. Había una atracción entre los dos muy fuerte, eso no me lo hubiera esperado en la vida en estos momentos que estaba pasando y que ahora parecían quedar un poco atrás. Con él me estaba sintiendo viva.

Estuvimos en ese lugar toda la mañana, incluso comimos allí porque nos sentíamos apartados del mundo, como si solo fuéramos él y yo, en aquel lugar inhóspito.

Por la tarde nos fuimos a una playa casi virgen. Paseamos de la mano por aquella orilla mirando al mar y la

vegetación, era increíble esos cambios de paisajes según para que lado miraras.

Me sentía fuera del dolor, de aquel techo que se me caía en mil pedazos mientras veía como Ethan, rehacía su vida y la mía estaba troncada y en mil pedazos.

Ahora estaba lejos de eso, al menos en estos momentos que vivía algo tan bonito e inesperado que comenzaba a iluminar mi vida. Esa que estaba ensombrecida por completo.

De allí terminamos en la plaza de un pueblo probando comida callejera acabada de hacer. Marcos era de lo más curioso en el tema culinario y me empujaba a mí, que no me quedaba atrás, pero con él, estaba llegando mucho más lejos. Ni sabía lo que me entraba por la boca, pero lo iba probando todo.

Fue una noche espectacular en la que terminamos en uno de los bares del hotel tomando copas, bailando y diciéndonos cosas que sabíamos que iban a quedar guardadas en nuestros corazones.

Marcos era bromista, pero un romántico de esos que te hacían suspirar y que la piel se te erizara. Marcos era puro volcán, de esos que, pese a su cara de niño bueno, se las ingeniaba para vivir un mundo lleno de emociones y aventuras. Marcos era todo eso que le hacía falta a mi vida.

Esa noche terminamos mirando a las estrellas y contándonos anécdotas de nuestras vidas, lo que nos reímos fue poco.

?

a

vegetación, era increíble esos cambios de paisajes según para que lado miraras.

Me sentía fuera del dolor, de aquel techo que se me caía en mil pedazos mientras veía como Ethan, rehacía su vida y la mía estaba truncada y en mil pedazos.

Ahora estaba lejos de eso, al menos en estos momentos que vivía algo tan bonito e inesperado que comenzaba a iluminar mi vida. Esa que estaba ensombrecida por completo.

De allí terminamos en la plaza de un pueblo probando comida callejera acabada de hacer. Marcos era de lo más curioso en el tema culinario y me empujaba a mí, que no me quedaba atrás, pero con él, estaba llegando mucho más lejos. Ni sabía lo que me entraba por la boca, pero lo iba probando todo.

Fue una noche espectacular en la que terminamos en uno de los bares del hotel tomando copas, bailando y diciéndonos cosas que sabíamos que iban a quedar guardadas en nuestros corazones.

Marcos era bromista, pero un romántico de esos que te hacían suspirar y que la piel se te erizara. Marcos era puro volcán, de esos que, pese a su cara de niño bueno, se las ingeniaba para vivir un mundo lleno de emociones y aventuras. Marcos era todo eso que le hacía falta a mi vida.

Esa noche terminamos mirando a las estrellas y contándonos anécdotas de nuestras vidas, lo que nos reímos fue poco.

Capítulo 30



Muchas veces me dijo mi padre que no importaba chocar con muchas piedras en el camino, la meta estaba ahí y a final, con dolor o no, se llegaba a ella.

Me acordé de todo esta mañana en la que aún ni había abierto los ojos y ya estaba sobre el pecho de Marcos pensando que, sin saberlo, en este viaje me estaban esperando para devolverme la sonrisa. Y vaya si lo consiguió...

Obvio que mi corazón estaba latiendo por Ethan y es que a ese hombre lo amaba con todo mi corazón, con toda mi alma, pero al menos podía sonreír y en cierto modo, volver a recobrar una ilusión y es que, con Marcos, me apetecía todo eso, me hacía sentir viva.

—¿En qué piensas? —me preguntó sabiendo que ya estaba despierta.

—En que es maravilloso haberte conocido.

—Eso llevo pensando desde que cruzamos las miradas en el avión, que era muy bonito haber tropezado en esta vida con alguien como tú. Me acabo de ganar un polvo... —Me puso recta y se tiró encima.

Comencé a reírme y es que me encantaba, lo decía con sensualidad, era gracioso, pero no aniñado como le pasaba a Aitor, este tenía una edad y era más maduro hasta para bromear, pero me encantaba, simplemente me encantaba. Al igual que Aitor valía millones, solo que era muy jovencito aún.

Marcos era de Córdoba, pero al ser militar vivía en Cádiz y eso estaba muy cerca de Málaga, así que nos íbamos a poder ver a menudo muchos fines de semana. ¿Y qué hacía yo pensando en eso? Reí mientras me desnudaba y comenzaba a jugar con besitos por todo mi cuerpo.

—Marcos, así no, que me haces cosquillas —reí, levantando las caderas.

—¿Te vas a quedar quieta que soy el doctor anchoa, tres, punto cero?

—No, no me voy a quedar quieta —reí.

—Pues tú te lo has buscado...

Me reí lo más grande y eso que me ahogaba de la excitación, pero me encantaba como me manejaba, como lo hacía y, sobre todo, lo cómoda que me hacía sentir.

Fuimos adónde los chicos que estaban desayunando y revisé el móvil por si tenía algo de mis niños. Nada, eso sí, en las redes de Ethan, los dos niños de espalda jugando en el rancho. Me salió una sonrisa. De Irene no ponía nada, sin embargo, ella en sus redes sí, no con él, pero sí diciendo que estaba en California, viviendo unas vacaciones de ensueño en la mejor de las compañías, cosas así ponía, pero ni rastro de él.

l

Esa mañana estuve un rato charlando con Manu mientras Marisa y Marcos, estaban charlando en la barra con el camarero.

—Hablas con Ethan, ¿verdad? —le pregunté.

—Sí, poco, pero de vez en cuando le pregunto como está y eso.

ii

—¿Y lo ves bien?

—No, lo veo que se resignó y quiso tirar hacia adelante dejando atrás lo que más amaba, pero que a su vez más daño le hacía.

—Lo entiendo, Dios sabe que lo entiendo.

—Y yo también lo sé, eres una buena mujer y él es también un gran hombre. Los dos merecís ser felices, aunque por desgracia sea por separado.

—Es la primera vez que me siento con ganas de vivir —me referí a Marcos.

.

—Lo sé y lo estoy viendo, no sabes cuánto me alegro, se lo digo mucho a Marisa.

l

—Necesitaba un motivo para comenzar a ilusionarme, pero nada me lo daba y de repente, llegó Marcos y cambió mi mundo por completo —sonreí.

—Ojalá esto sea el principio para que te perdones a ti misma, eso es lo que te digo siempre, no tienes culpa de nada, pero te la echaste toda y para quitar esa culpabilidad, te tienes que perdonar.

—Mis tesoros me ayudarán a eso y este momento que estoy viviendo.

—Amas a tus hijos, al igual que su padre, siente pasión por sus dos vidas como dice él.

—Sí, los ama con locura. Tuvieron mucha suerte de tener un padre como Ethan.

—Y una madre como tú, no se te olvide.

—Durante este tiempo siempre soñaba que Ethan, vendría un día y me abrazaría muy fuerte. No que volviera conmigo, pero sí que me abrazaría muy fuerte durante un buen rato. Ahora comprendo que esos abrazos son para sus hijos. Veo como los recibe y entiendo que ese amor de padre es el más puro y real del mundo.

—Lo has amado a ese hombre con todas tus fuerzas.

—Sí —se me cayeron unas lágrimas —, lo he amado y lo amaré toda mi vida, aunque consiga ser feliz al lado de alguien, pero Ethan, siempre estará en mi corazón.

—Lo tuyo lo hemos sufrido todos y al final para los que estuvimos ahí de alguna forma, ese amor que hubo entre tú y Ethan, siempre estará presente en nuestras vidas.

—Siempre me pregunto qué hubiera pasado si nunca hubiera hecho ese viaje a la isla antes del evento donde lo conocí —sonreí con tristeza.

—No te mortifiques con eso...

—Ya, pero no sé, siempre me quedará la duda.

—Sé que en un momento de vuestras vidas podréis miraros con naturalidad y con ese cariño tan grande que os tenéis.

—De todas maneras, ni él ni yo nos miramos mal, todo lo contrario, nos hablamos con mucho respeto y armonía.

—Ya, pero todo basado en los niños.

—Sí, eso sí, pero prefiero que así sea, no me veo como que se siente a contarme lo bien que está con Irene y como folla con ella —reí.

—Te duele mucho.

—Claro, en toda mi alma, pero bueno, tiene derecho a intentar ser feliz y no tengo nada en contra de ella.

—¿Sabes?

—Dime, Manu —le acaricié el hombro.

—A mí no me quería hablar Ethan desde lo de su prisión y que nadie nos preocupáramos de él, pero, sin embargo, un día vino a buscarme y me pidió que te cuidáramos mucho, que estuviéramos pendiente a ti, que él no podía como quisiera, pero que su dolor más grande era verte triste y de esa manera.

—Tú dices que me tengo que perdonar a mí misma, pero él no me va a perdonar en la vida. Sé que no me quiere ver sufrir, pero él sabe también que es el responsable de que yo esté así.

—Si ahora apareciera por ahí y te dijera que te ama...

—No miraría atrás, hoy no, dentro de una semana no lo sé. Lo amo con todo mi corazón y con toda mi alma.

—Espero que Marcos, consiga que mires hacia adelante y no hacia atrás. Ethan nunca va a volver.

—Lo sé, sonreí, pero soy sincera con lo que siento ahora.

—También lo sé —me acarició la mejilla.

Marisa y Marcos regresaron y nos fuimos con las motos a perdernos por la isla.

Me encantaba sentir el aire en mi cara mientras miraba aquellos contrastes que íbamos pasando por esos caminos.

Al final terminamos en una playa donde había unas mesas y sillas de madera grandes, se veía tranquilo y la música invitaba a tomar algo.

Cogimos una cerveza Marisa y yo, y dejamos a los chicos charlando, nos fuimos a la orilla a estar un poco aparte y le conté la conversación que había tenido con Manu.

—Lo amas demasiado, pero de siempre, cuando no lo conocías y te quedabas mirando su foto que tenías de fondo de pantalla y se te caía la baba —sonreía.

o —Sí.

—Pero bueno, Marcos entró pisando fuerte.

—Demasiado —sonreí mirando hacia dónde estaban —. Es guapísimo y tiene un carisma especial. De todas formas, tampoco quiero hacerme ilusiones. Él está en Cádiz, yo tengo dos hijos, son muchas cosas, ahora estamos viviendo algo idílico, pero luego hay que afrontar. Y sabes que mis hijos van por delante de todo.

—Ayer por la mañana me llamó Ethan, no te lo quise decir.

—¿Para qué?

—Para preguntarme por Marcos, para saber si era buen tipo...

—¿En serio?

—Sí —sonrió—. Decía que tenía miedo a que te hicieran daño. Que te ilusionaran y luego te dejaran mal.

—Le dije que estuviera tranquilo, que jamás nadie conseguiría dejarte peor de lo que estás por él.

—¿Le dijiste eso?

—Sí, además, él lo sabe.

—Ya...

—Te quiere mucho, Ethan te quiere mucho, demasiado.

—Pero bueno, no quiere estar conmigo y rehízo su vida.

—Sí, pero no es feliz, no lo va a ser nunca, tú serás siempre su gran amor.

—Esa que le falló cuando más lo necesitaba.

—Eso es lo que siempre le impedirá estar contigo.

—Lo sé y lo entiendo. En más de una ocasión me han dado ganas cuando ha venido a mi casa, de abrazarlo, romper a llorar y pedirle que no se vaya de mi lado. No sabes la de veces que me aguanté de hacerlo.

—Bueno, ahora vive y disfruta esta conexión que has tenido con Marcos, te mereces sentir algo así.

—Sí, veremos por dónde sale, pero me apetece seguir conociéndolo y disfrutando de la magia que hace para sacarme tantas sonrisas dentro de todo este dolor.

—Esperemos que bien y si no, pues ya sabes, peores palos has aguantado.

—Ya... La verdad que sí. Lo de Delvin es algo que no supero tampoco, esa malicia para ir en mi contra y de mi familia. Ese arrebato de una obsesión. Yo lo estaba con Ethan antes de conocerlo, pero no a esos límites. Lo de Delvin, se le fue de las manos y fue lo más deleznable que podía hacer nadie. Recuerdo a mis padres cada día y me quedé con las ganas de decirle a Maca lo importante que era para mí y lo orgullosa que estaba de que fuera mi

madre.

—Sacrificó su vida para no ponerte en riesgo.

—Eso es amor —me sequé las lágrimas.

—Bueno, vamos a volver con los chicos y tomar muchas de estas —levantó la cerveza—. Estas vacaciones no pueden ser el muro de las lamentaciones, mejor que sea algo como “Resaca en Las Vegas” —me echó el brazo por encima y me dio un beso en la mejilla.

Y así fue como el resto de los días de aquellas vacaciones la disfruté a tope. Me dejé llevar por esa bonita pasión que sentía por Marcos y que por día iba aumentando.

Me dio mucha pena el momento que todo terminó y teníamos que regresar a España, aunque eso sí, me moría de ganas por abrazar a mis pequeños.

Marcos se quedó dos días en mi casa y luego se fue para Cádiz, tenía que incorporarse al trabajo y quedamos en vernos el fin de semana.

madre.

—Sacrificó su vida para no ponerte en riesgo.

—Eso es amor —me sequé las lágrimas.

—Bueno, vamos a volver con los chicos y tomar muchas de estas —levantó la cerveza—. Estas vacaciones no pueden ser el muro de las lamentaciones, mejor que sea algo como “Resaca en Las Vegas” —me echó el brazo por encima y me dio un beso en la mejilla.

Y así fue como el resto de los días de aquellas vacaciones la disfruté a tope. Me dejé llevar por esa bonita pasión que sentía por Marcos y que por día iba aumentando.

Me dio mucha pena el momento que todo terminó y teníamos que regresar a España, aunque eso sí, me moría de ganas por abrazar a mis pequeños.

Marcos se quedó dos días en mi casa y luego se fue para Cádiz, tenía que incorporarse al trabajo y quedamos en vernos el fin de semana.

Capítulo 31



Me levanté y me preparé un café cuando el timbre de la puerta sonó y corrí a recibir a mis retoños.

—¡¡¡Mamá!!! —gritó Carla, tirándose a mis brazos.

—Mi vida, te he echado mucho de menos —me la comí a besos y la bajé para coger al pequeño Ethan, que reía mientras yo le daba besitos por toda su cara.

—Hola, Ethan —sonreí, dándome cuenta de que no lo había saludado.

—Hola, Daniela —sonrió.

—¿Te apetece un café?

—Claro —murmuró con una sonrisa y hasta me extrañó, no solía entrar más que lo justo, pero bueno, después de quince días, lo mismo le apeteecía charlar un poco de cómo le fue con los niños por California.

—¿Todo bien? —pregunté mientras se lo preparaba.

—Mis padres se quedaron tristes, se enamoraron por completo de los chicos —sonrió.

—Lo imagino —sonreí.

—Y tú, ¿qué tal?

—Bien, me vino muy bien ese viaje.

—No sabes cuánto me alegro, verte sonreír me da mucha paz.

—Por mí no te preocupes, en serio, poco a poco todo está bien.

—Sabes que te quiero mucho.

—Y yo a ti, Ethan, no tengo duda de eso.

—Ximena te manda un fuerte abrazo y me dijo que te dijera que siempre serás su niña.

—Joder —se me saltaron las lágrimas —, ya me has puesto sensible —reí.

—Irene me pidió vivir juntos... —escuchar eso fue como si me clavaran un cuchillo.

—En cierto modo ya vivís, pasa muchas noches en tu casa.

—Sí, por eso.

—Seguro que os irá genial en esta nueva etapa —se me hizo un nudo en la garganta y disimulé, no quería llorar.

—No lo sé, pero habrá que intentarlo —murmuró con tristeza.

—Deberías de estar feliz.

—Ya, pero...

—¿Qué te pasa Ethan? —Me acerqué y le puse la mano en el hombro. Me abrazó.

Nos fundimos en un abrazo fuerte y rompimos a llorar como dos niños pequeños, creo que hacía mucho que necesitábamos este abrazo.

—Es difícil ser feliz cuando sabes que no lo eres —dijo, secándose las lágrimas.

—Siento todo el daño que te hice, no te mereces estar así por nadie y que sea la culpable de ello me duele mucho.

—Tranquila —acarició mi cara —. Siempre serás lo mejor que me pasó en la vida.

—No me digas eso, por favor.

—Sí, a pesar de todo y de todos, siempre serás lo mejor que me ha pasado y la persona que me dio a mis hijos, a los que amo con todas mis fuerzas.

—Vas a ser feliz, Ethan.

—No como lo podría haber sido, pero lo intentaré. No soy tan mal tipo.

—No —reí —, eres el mejor hombre del mundo.

—Y tú la mejor mujer, que no se te olvide nunca —me volvió a abrazar —. Bueno, me voy que tengo que ir a arreglar una cosa del seguro médico. Ya sabes, cualquier cosa que necesites me lo haces saber. Voy a echarlos mucho de menos estos días.

—Puedes venir a por ellos cuando quieras, o a pasar a saludarlos, sabes que no tienes ni que avisar.

—Gracias, Daniela —acarició mi mejilla.

—No hay de qué —sonreí.

—Por cierto, el fin de semana es el cumple de Carla.

—Lo sé.

—¿Lo celebramos juntos?

—Claro.

—Mira algo y me dices.

—Vale —sonreí.

Cerré la puerta y aunque quise llorar con todas mis fuerzas, me puse con los pequeños en el salón que estaban tomando un batido.

A Ethan lo vi enorme, más alto y grande, con esa sonrisilla que me llevaba de lo más bonita y sentado en su carrito.

Carla no dejaba de contarme cosas de los abuelos y de Ximena, que le hacía todo lo que quería y le hablaba mucho de mí.

No dejaban de llegarme mensajes de Marcos, diciendo que me echaba mucho de menos, que me tirase una foto y se la mandase, que si tal y cual... Me encantaba que se acordara de mí, de esa forma.

Lo de Ethan y vivir con ella, como que me dejó muy en shock, que sí, que prácticamente ya lo hacían, pero eso de comunicármelo oficialmente como que dolía mucho.

Además, la forma en la que me habló y se dirigió a sus sentimientos hacia mí, me terminaron de estremecer por

completo.

Esos días preparé el cumpleaños de Carla, su séptimo cumple...

Marcos iba a venir al igual que la novia de Ethan, en cierto modo y por mucho que doliese había que normalizar las cosas.

Realmente Marcos, quería estar para que yo no pasara ese mal trago sola y también pasar el fin de semana conmigo y los niños, porque durante estos quince días me tocaba a mí y luego se volvían con el padre.

Se iba a celebrar el sábado, Marcos llegó el viernes después de salir del cuartel, se vino directo para Málaga, comiéndose un bocadillo por el camino.

Yo ya le había hablado a Carla de él, le había contado que era uno de los escritores de La Tribu y ella estaba de lo más emocionada por conocerlo, sentía pasión por Aitor y Manu, conocer a otro para ella era como conocer a un actor de Hollywood como su padre.

Cuando apareció por la casa con un ramo de flores de Chupa Chups y se arrodilló para entregárselo a Carla, ¡se la ganó por completo!

Estuvo toda la tarde jugando con los niños, pero a muerte, vamos la que le estaba dando a los dos que disfrutaban como enanos y, sobre todo, Ethan, que estaba sentado en el suelo a carcajadas limpias...

completo.

Esos días preparé el cumpleaños de Carla, su séptimo cumple...

Marcos iba a venir al igual que la novia de Ethan, en cierto modo y por mucho que doliese había que normalizar las cosas.

Realmente Marcos, quería estar para que yo no pasara ese mal trago sola y también pasar el fin de semana conmigo y los niños, porque durante estos quince días me tocaba a mí y luego se volvían con el padre.

Se iba a celebrar el sábado, Marcos llegó el viernes después de salir del cuartel, se vino directo para Málaga, comiéndose un bocadillo por el camino.

Yo ya le había hablado a Carla de él, le había contado que era uno de los escritores de La Tribu y ella estaba de lo más emocionada por conocerlo, sentía pasión por Aitor y Manu, conocer a otro para ella era como conocer a un actor de Hollywood como su padre.

Cuando apareció por la casa con un ramo de flores de Chupa Chups y se arrodilló para entregárselo a Carla, ¡se la ganó por completo!

Estuvo toda la tarde jugando con los niños, pero a muerte, vamos la que le estaba dando a los dos que disfrutaban como enanos y, sobre todo, Ethan, que estaba sentado en el suelo a carcajadas limpias...

Capítulo 32



Marcos después de darme unos buenos días de esos intensos, se levantó y se fue a la cocina a preparar el desayuno. Ya escuché a Carla ir detrás de él.

Me levanté y cogí al pequeño que estaba en la cuna, pero ya se estaba levantando.

—Buenos días, mi vida —lo besé, pegándolo a mi pecho y sonrió—. Vamos a tomar el bibi, que hoy es día de celebración.

Aparecí con él en brazos por la cocina y Marcos lo cogió para sentarlo en su trona, no sin antes ponerle caras en broma y sacarle unas carcajadas.

Después de un buen desayuno nos duchamos para irnos a la celebración que sería en un terreno para fiestas que habíamos alquilado para todo el día.

Llegamos y ahí estaban Irene y Ethan, este sonreía, pero se le veía triste y nervioso, yo lo conocía bien en ese sentido.

Me presentó a Irene y a su vez yo les presenté a Marcos.

No tardaron en llegar Manu y Marisa, así como Martha y Aitor, que nos dieron una sorpresa, no lo esperábamos.

Ni que decir tiene que aquello era una situación un poco incómoda, aunque disimuláramos, sabía que a Marcos le incomodaba la presencia de Ethan y a este también, al igual que a mí la de Irene, e imaginaba que por esa cara de pollo que tenía, la mía no le era muy grata, pero bueno, había que acostumbrarse.

Manu se puso a hacer una paella y me puse junto a él, mientras Marcos y Aitor, iban bebiendo todo lo que pillaban, sin embargo, Marisa y Martha, estaban con los niños jugando y Ethan con Irene, sentados a un lado charlando. Se veía que Irene, le estaba recriminando algo por la cara de enfado de este al contestarle.

—Qué situación más extraña, pero necesaria —dijo Manu.

—Sí, es muy tensa.

—Se ve que, a Irene, no le hace gracia tu presencia.

—No pedí que se celebrara de esta manera, pero le joda o no, soy la madre de los niños.

—Ya, lo tendrá que asumir y Ethan, pararle los pies.

—Ethan tiene una guerra en su interior que creo que no sabe ni cómo actuar.

—Hablando de actuar... Antes de ayer hablé con él y me contó que está replanteándose rodar una peli que le han propuesto.

—Le vendría muy bien, la verdad es que sí y la gente lo echa de menos en la pantalla.

—Me dijo Marcos, que cuando le entregues los otros quince días los niños a Ethan, te vas a ir a Cádiz con él.

—Sí, sonreí.

—Sabes que allí vas a conocer a muchos autores y autoras, ¿no? —sonrió.

—Sí, estoy loca por conocer a Ariadna y Jenny, así como a Dylan y Hugo.

—Te van a encantar.

—Lo sé —sonreí.

Me encantaba charlar con Manu tomando una copa de vino. Era un hombre con un corazón extraordinario, lleno de verdad y justicia. No le reía a nadie las gracias si eso conllevaba no ser fiel a sus sentimientos.

Veía como me miraba Ethan en ciertos momentos y luego agachaba la mirada disimulando, pero bueno, lo pillaba y sabía que estaba mal. En cierto modo no podía disfrutar de todo esto desde esa situación, al igual que me pasaba a mí, que nada podía fluir de esta manera y es que la tirantez se notaba por parte de su chica. Esa que me estaba comenzando a caer como el culo.

—Irene, eso me lo voy a llevar para casa de mami para leerlo allí estos días —dijo refiriéndose a un cuento que ella le había regalado.

—No cariño, te lo lees cuando vengas a casa de papi y mía, esto se para allí —en ese momento que mi niña se quedó triste y vi que Ethan no saltó, no pude contenerme y lo hice yo.

—El cuento, o se lo lleva a dónde ella quiera o lo devuelves y ya le compro yo uno. Me parece innecesaria esa actitud de cría con a mi hija. Si no la vas a dejar ser libre con su regalo, no se lo compres.

—Tú a mí, no me vas a decir lo que tengo que decir o hacer con lo que compre con mi dinero.

Cogí el cuento de las manos de la niña y se lo tiré en la falta.

—Te lo metes por el coño, que a mi hija no le hace falta nada tuyo.

—Por ahí me meto otra cosa que ya quisieras tú meterte —respondió y Ethan, le hizo un gesto con muy mala cara para que se callara.

—Para estés así de amargada, creo que no sabes lo que es que te la metan bien —dije enfurecida y Marcos cogió y me agarró del brazo para apartarme.

—No te pongas a su altura —me murmuró.

—¡Cállate ya! —le dijo Ethan a Irene, muy enfurecido cuando esta fue a hablar.

En mi vida había visto a Ethan contestar así, pero lo hizo y a mí me pareció que no había tenido la sangre de horchata y sí por fin, ese arranque para defender la situación.

Nos sentamos todos a comer y Marisa y Martha, comenzaron a bromear con los niños para reconducir un poco ese día que no debía ser así, pero que al final había estallado la bomba y es que Irene venía muy subidita y tomando decisiones que no le correspondían. Por ahí no...

La comida se hizo en una tensa calma y veía que Ethan, sonreía a sus hijos, pero estaba incómodo y triste.

Luego llegó la tarta y el problema es que Carla, era una niña muy noble, pero demasiado lista.

Irene se puso detrás de ella para las fotos y mi hija la miró y soltó la bomba.

—Deja a mi papi y a mi mami aquí, quiero la foto con ellos, por favor —encima se lo pidió con educación.

—Desde luego que tienes a la niña de lo más consentida —le dijo a Ethan.

—Apártate, por favor —le pidió él, de buenas maneras.

—Pues me piro, cojo un taxi y me piro.

—Haz lo que quieras —le respondió Ethan, acariciando la espalda de la niña.

—No te vas a comer ni las sobras —dijo Irene, dirigiéndose a mí.

—No te saco de aquí por los pelos, por respeto a mis hijos, por esos por los que mato. Ten un mal gesto con ellos y te van a encontrar a pedazos.

—Eres una resentida y lo que tienes es un ataque de cuernos porque no está contigo ni lo estará jamás.

—¡Irene! Vete para tu casa, no vayas a la mía —le dijo Ethan, muy seguro.

—Pues allí tengo cosas mías.

7 —Mañana te las hago llegar.

—¿Me estás dejando?

—No sigas, es el cumpleaños de mi hija, no es momento.

—Das asco Ethan, das asco, estás arrastrándote como un gilipollas.

—¡No le hables así! —le grité pegando mi cara a la suya.

2 —Le hablo como me dé la gana, es mi chico.

—Pues tu chico te está mandando a paseo.

—Primero te mandó a ti —me hizo un guiño y se fue de allí.

—Perdonad todos —murmuró Ethan, avergonzado.

—Tranquilo, papi, la bruja ya se fue y no me va a llamar más gorda.

—¿Te llamó gorda? —pregunté incrédula.

—No lo sabía —la cara de Ethan, era de un muerto.

Corrí hacia fuera y todos detrás para frenarme. La cogí por la cola y se giró asustada.

—Si te acercas a mi hija, si te acercas lo más mínimo, te mato, te juro que te mato. Gorda serás tú, hija de la gran... —apreté los dientes y ya nos estaban separando.

—No te acerques más a mí, no lo hagas —le dijo Ethan.

—¡Qué te follen! —dijo, montándose en el taxi.

Ethan no dejaba de pedir disculpas y le dijimos que estuviese tranquilo. Solo esperaba que esa zorra no volviera a ponerse delante de mis hijos, a los míos no me los iba a tratar con ese desprecio y falta de empatía.

Marcos estuvo como apartado todo el tiempo con Aitor, parecía que no quería entrar en esto, cosa que agradecí.

Seguimos con la celebración y todos pusimos de nuestra parte para que aquello saliera bien, era lo mínimo que había que hacer por ese día tan especial de Carla.

Esa noche nos despedimos todos y cuando llegué a casa, Marcos me agarró las manos y me dijo algo que me dejó en shock.

—No puedo quedarme, he visto el amor en tus ojos, he visto como amas a ese hombre y he notado, que por muy feliz que te haga, yo jamás seré para ti lo que él significa.

—Pero eso tú lo sabías.

—Pero no lo sentí —se secó las lágrimas—. Quizás algún día nos volvamos a encontrar y sé que tendré en ti una amiga.

—Pero Marcos... —comencé a llorar.

—Sé feliz, de la manera que quieras, pero sé feliz, te lo mereces —me dio un abrazo y se marchó.

En shock, me metí en la cama llorando y en shock ¿Qué más tenía que pasar en mi vida?

—No te acerques más a mí, no lo hagas —le dijo Ethan.

—¡Qué te follen! —dijo, montándose en el taxi.

Ethan no dejaba de pedir disculpas y le dijimos que estuviese tranquilo. Solo esperaba que esa zorra no volviera a ponerse delante de mis hijos, a los míos no me los iba a tratar con ese desprecio y falta de empatía.

Marcos estuvo como apartado todo el tiempo con Aitor, parecía que no quería entrar en esto, cosa que agradecí.

Seguimos con la celebración y todos pusimos de nuestra parte para que aquello saliera bien, era lo mínimo que había que hacer por ese día tan especial de Carla.

Esa noche nos despedimos todos y cuando llegué a casa, Marcos me agarró las manos y me dijo algo que me dejó en shock.

—No puedo quedarme, he visto el amor en tus ojos, he visto como amas a ese hombre y he notado, que por muy feliz que te haga, yo jamás seré para ti lo que él significa.

—Pero eso tú lo sabías.

—Pero no lo sentí —se secó las lágrimas—. Quizás algún día nos volvamos a encontrar y sé que tendré en ti una amiga.

—Pero Marcos... —comencé a llorar.

—Sé feliz, de la manera que quieras, pero sé feliz, te lo mereces —me dio un abrazo y se marchó.

En shock, me metí en la cama llorando y en shock ¿Qué más tenía que pasar en mi vida?

Capítulo 33



Pasé un domingo en casa llorando lo más grande y encima, intentando que los pequeños no me viesen.

El lunes salí con ellos al parque y Ethan, me mandó un mensaje, me propuso tomar un café allí y apareció unos minutos después.

Me pedía perdón por lo que había pasado con Irene y le dije que no tenía culpa de nada, pero él se empeñaba en que sí, había visto cosas de ellas que se empeñaba en tapar, pero al final, explotó como una olla exprés.

Le conté lo de Marcos y se entristeció mucho.

—Te veía sonreír con él y eso me hacía mucho bien.

—Ya, pero bueno, imagino que él no se conformaba con eso —sonreí con tristeza.

—Lo lamento mucho.

—Tranquilo. Estoy acostumbrándome a esa noria de emociones que la vida se empeña en regalarme a cada momento.

—Tenemos dos hijos que nos pueden dar todo ese amor que necesitamos.

—Sí —sonreí mirando como Carla, jugaba en la arena del parque con su hermanito, que estaba tirándole puñados de arena —. Me dijo Manu que quieres rodar una peli.

—Sí, además será aquí en Andalucía, por eso acepté.

—Tranquilo, entenderé cuando necesites tu tiempo para trabajar, no pasa nada.

—Es difícil que dos personas que se han amado tanto sean amigos, pero me gustaría que me vieras como tal.

—Claro —sonreí con tristeza —, pero, sobre todo, quiero verte bien, te lo mereces. Eres una de las personas más maravillosas que he conocido y el mejor padre que mis hijos pudieran tener. Por cierto, ayer estuve pensando que cuando te entregue los niños la semana que viene, me iré sola a hacer ese viaje que no pude hacer cuando se cruzó Marcos.

—Haces muy bien ¿Dónde tienes pensado ir?

—A Marruecos, quiero irme unos días a Chauen, ese pueblo azul que tanto describen los chicos en las novelas, además, leí la trilogía de Laia, de Ariadna Baker y me removié por completo.

—¿Es un país seguro para ir sola?

—Sí —sonreí —, después de todo lo que me contaron los chicos, sí.

—Cualquier cosa me llamas, por favor.

—Claro, tranquilo, no me cambiarán por ningún camello.

—No sé yo... —carraspeó sonriendo.

—¿Y tú que harás?

—Estoy pensando ir a California doce días con ellos, necesito ir a solas —se refirió sin Irene, con la que ya no estaba.

—Hazlo, a tus padres les hará mucha ilusión y para ti es necesario.

—Gracias por el apoyo.

—Siempre lo tendrás.

—¿Me permites que os invite a comer?

—Claro.

Carla iba montada atrás del carro, de pie y el niño dentro. Ethan los llevaba hasta el Burger King que teníamos cerca y que tan feliz hacía a la niña.

Pasamos una comida de lo más divertida, lo que nos reímos fue poco y eso de vernos juntos, aunque fuera un rato se veía que a los niños les ponían de lo más contentos.

Terminamos por ir también a merendar a una pastelería después de un paseo por la zona de la playa.

’ Echamos toda la tarde juntos y nos acompañó hasta casa donde Carla, lo convenció para que se quedara a cenar con nosotros.

Se marchó después de la cena y eso sí, me los dejó duchado a los dos y todo, mientras yo preparaba los sándwiches, tenía un total manejo con los niños.

Cada día de esa semana vino Ethan a estar un rato con los pequeños y tomar un café, pero no se quedaba mucho, era como que respetaba mi parte de tiempo con los niños, aunque a mí me hacía muy feliz verlo entrar por la puerta.

Me pidió llevarse a los niños el sábado en vez del lunes para ese viaje a California, a mí me venía muy bien, así, a primera hora del lunes cogería el barco que me llevaría a Tánger.

Y llegó ese día en el que vino a por ellos a las ocho de la mañana y se los llevó, iban locos de contentos por ver a los abuelos, esos que estaban de lo más emocionados esperándolos de nuevo.

Ese día me fui a comer con Manu y Marisa, me encantaba la relación tan bonita que tenían y esa complicidad que se había formado entre ellos.

Manu acababa de sacar una trilogía y estaba de lo más contento con el cariño que había sido recibida por sus lectoras y lo bien que hablaban de ella.

Pasé el día entero en la casa de estos y regresé a la mía por la noche, al día siguiente quería hacer la maleta para el viaje, mejor dicho, la mochila que me había comprado grande, la veía más práctica para este viaje.

Recibí la foto de los niños con los abuelos y se me dibujó una sonrisa en el rostro. La verdad es que eran unas personas entrañables y se veían que miraban a sus nietos con esa nobleza increíble que tenían. Con Carla morían y es que solo con ese simple hecho, demostraban la clase de personas que eran.

Yo quería ir a verlos alguna vez, con el paso del tiempo, cuando todo estuviera más curado, cuando esas heridas dolieran menos.

Esa noche hice una videollamada con Carles, seguía hablando con él y la verdad es que nos teníamos un cariño enorme. Me animó mucho con lo del viaje y me pidió, que le fuera mandando fotos.

Por la mañana a primera hora me fui para el puerto de Tarifa, quería salir de allí que era donde todos los viajes comenzaban en las novelas de los autores, quería vivir todo eso que había leído de ellos.

El trayecto fue precioso, apoyada en el barandal exterior del ferry y mirando al mar mientras saboreaba un café y

me fumaba un cigarrillo.

La llegada a Tánger fue espectacular, ver aquella medina frente a mis narices, esa con tanta historia...

Un taxi fue lo que cogí para el trayecto hasta Chauen, me tocó un señor taxista que era muy amable y hablaba un perfecto español.

Fueron dos horas de trayecto en las que no dejé de hacer fotos y mirar aquellos paisajes y personas que íbamos dejando por el camino, todo me llamaba la atención.

La llegada a Chauen fue sobre la una de la tarde y me alojé en el hotel más céntrico y emblemático “El parador”, a unos pasos de la plaza principal de la medina.

Dejé las cosas en la habitación y me fui rápida a la calle, quería disfrutar de mi primer día en aquel lugar y sentirlo en primera persona.

|

/

me fumaba un cigarrillo.

La llegada a Tánger fue espectacular, ver aquella medina frente a mis narices, esa con tanta historia...

Un taxi fue lo que cogí para el trayecto hasta Chauen, me tocó un señor taxista que era muy amable y hablaba un perfecto español.

Fueron dos horas de trayecto en las que no dejé de hacer fotos y mirar aquellos paisajes y personas que íbamos dejando por el camino, todo me llamaba la atención.

La llegada a Chauen fue sobre la una de la tarde y me alojé en el hotel más céntrico y emblemático “El parador”, a unos pasos de la plaza principal de la medina.

Dejé las cosas en la habitación y me fui rápida a la calle, quería disfrutar de mi primer día en aquel lugar y sentirlo en primera persona.

Capítulo 34



Salí del hotel y subí un poco de nada para ponerme en dirección a esa plaza que sabía que se animaba mucho y era el tránsito de todo. Estaba llena de terrazas, de restaurantes, aunque por el calor que hacía, poca gente paseaba a esa hora por ahí.

Me dirigí hacia allí sonriendo, me daba paz ese lugar, me transportaba a muchos años atrás, esos que escuché, pero nunca viví, era como si se hubiera detenido el tiempo.

Quería tomarme un té en alguna de aquellas terrazas y sentarme a tener ese primer contacto más personal con ese mundo tan diferente al nuestro, pero tan igual a la vez.

Comencé a pasar por delante de esas terrazas cuando de repente una música hizo paralizarme.

“De sangre y oro se viste Triana al despertar...”

No, no podía ser, la canción “Es el sur” sonaba en ese momento.

“Y aún en la noche perfume de Azahar”

Levanté la cabeza con lágrimas en los ojos para mirar de dónde venía y era de una mesa de esa terraza donde estaba sentado y con media sonrisa el hombre de mi vida, Ethan.

Me puse la mano en la cara y comencé a llorar, no me podía ni mover, estaba paralizada por completo.

Se acercó hasta mí y me abrazó por la espalda.

—¿Qué haces aquí, Ethan? —pregunté entre lágrimas.

—¿Había algo que me lo impidiera? —murmuró sin dejar de abrazarme y poniendo su cabeza sobre mi hombro.

—¿Y los niños?

—Se los llevó Martha y Aitor para California...

—¿En serio? —me reí —Pensé que se habían ido antes.

—No —sonríó —, hablo a cada rato con mis padres y están bien.

—¿Por qué estás aquí?

—Porque no veía mejor opción que acompañarte en este viaje...

—¿Ni irte con los niños?

—Ni irme con mis hijos —me besó el cuello.

Me giré y nos abrazamos, yo no dejaba de llorar, tenía los sentimientos a flor de piel y no sabía que estaba pasando, si lo hacía por acompañarme, o porque no podía vivir sin mí. Fuera lo que fuese, ahí estaba conmigo.

Nos sentamos en la mesa que estaba y me trajeron un té, yo estaba tan nerviosa que era incapaz de hablar, juro por mi vida que sentía como si me fuera a caer desplomada en el suelo, sentía las manos sudorosas y temblonas.

Él, me las sujetaba por encima de la mesa, me las acariciaba y se las llevaba a sus labios para besarla.

—¿Cómo estás, pequeña?

—No lo sé, te juro que no lo sé —sonreí mirándolo y volvían a caer mis lágrimas.

—No llores más, por favor.

—Pues no sé frenarlas —reí.

—Si quieres que me vaya...

—No —me salió una risa irónica—. Lo que me faltaba es que me dejaras ahora sola después de esto. Cojo el equipaje y me voy para mi casa —reí —Por cierto ¿Y tus cosas?

—En la recepción del hotel, saben que me voy a alojar contigo —acarició mi mejilla.

—Siempre apareces cuando menos lo espero, con esa canción...

—Me la dejaste grabada en el corazón la primera vez que apareciste ante mis ojos —sonreí —. La escucho

mucho.

—¿Sí?

—Sí, claro que sí, pequeña —besó mi mano.

Nos tomamos el té y pedimos unos platos para comer. Nos decantamos por cuscús con ternera y una ensalada marroquí.

Me encantaron los sabores y a Ethan, también, disfrutamos relajadamente mucho de esa comida. Eso sí, el sol pegaba demasiado a esa hora y decidimos regresar al hotel hasta el atardecer, además allí había piscina por si nos queríamos dar un chapuzón.

Cogió la mochila y la subimos a la habitación. Fue dejarla en el suelo, me agarró por las caderas y me miró fijamente. En ese momento sentí que el corazón me iba a reventar de los latidos tan fuertes que tenía.

Nos besamos, como dos imanes que se atraían con fuerza, con todo ese amor que había dentro de nosotros, nos besamos hasta quedar sin respiración...

r

Y me fue desnudando, sin necesidad de palabras, solo nos mirábamos y sabíamos lo que necesitábamos el uno del otro.

Nos tumbamos desnudos en la cama y juro que sentí que volvía la felicidad a mi vida en todo su esplendor.

En esa cama y después de hacerlo fue donde me confesó que no pudo sacarme ni un solo momento de su cabeza, que me amaba de la manera más fuerte que un hombre podía amar a una mujer y que pese al daño que le hacía que yo le hubiera fallado cuando más me necesitaba, había comprendido que su amor hacia mí, estaba por encima de todo eso.

Pero le hice entender algo que jamás a nadie le había dicho ni mucho menos, esa espinita que yo tenía también y que le hizo cambiar su expresión de la cara.

—Yo te fallé, pero tú sabiendo que no habías hecho nada, no fuiste capaz de enviarme una carta, solo por el respeto de saber que estaba esperando un hijo tuyo y por entender el duro momento que estaba atravesando de saber que a mis padres lo habían asesinado. Eso me dolió en el alma, esperé aquella carta cada día de mi vida —se me saltaron las lágrimas.

—Que verdad es que nadie ve más que su propio dolor...

—Yo también lo he pasado muy mal Ethan, muy mal y no estaba en buenas condiciones. Esperaba un hijo y tenía que mentir cada día a Carla, para mantenerla fuera de la dura realidad.

—No hay más que un camino esta vez y es agarrarnos fuerte los cuatro de la mano y no mirar más hacia atrás.

—Sin mirar atrás —murmuré llorando con un nudo en la garganta.

Me eché sobre su pecho y me di cuenta que la vida, esa que jugaba conmigo cada día, ahora me volvía a poner una oportunidad por delante y esta vez, no había más oportunidades, no soportaríamos el hecho de volvernos a fallar más.

Me quedé ahí haciendo un repaso a todo, absolutamente a todo, desde aquel viaje a Tailandia, a ahora, con el dolor que me producía, pero también viviendo esos momentos, pocos, pero esos que nos hicieron tan feliz.

El resultado es que, a este hombre, lo amaba mucho antes de conocerlo, simplemente eso...

l

e

2

—No hay más que un camino esta vez y es agarrarnos fuerte los cuatro de la mano y no mirar más hacia atrás.

—Sin mirar atrás —murmuré llorando con un nudo en la garganta.

Me eché sobre su pecho y me di cuenta que la vida, esa que jugaba conmigo cada día, ahora me volvía a poner una oportunidad por delante y esta vez, no había más oportunidades, no soportaríamos el hecho de volvernos a fallar más.

Me quedé ahí haciendo un repaso a todo, absolutamente a todo, desde aquel viaje a Tailandia, a ahora, con el dolor que me producía, pero también viviendo esos momentos, pocos, pero esos que nos hicieron tan feliz.

El resultado es que, a este hombre, lo amaba mucho antes de conocerlo, simplemente eso...

Capítulo 35



Caía la tarde y con ella todos los habitantes del país salían a la calle a pasear, nosotros no íbamos a ser menos.

Habíamos pasado unas preciosas horas en esa cama, desnudos, haciéndolo, hablando, confesando...

Me agarró de la mano y salimos de allí. Sentía la felicidad por completo. Que Dios me perdone, pero en ese momento ni a mis hijos necesitaba, a esos dos granujillas los vería en unos días y ahora le tocaba a su madre, recomponer un corazón que había astillado por completo.

Reí de pensar lo de los niños ¡Con lo que yo los quería! Pero era verdad que por mucho que los echara de menos, ahora necesitaba vivir mi momento a solas con Ethan.

Nos pusimos a recorrer esas calles azules de la medina llenas de tiendas, todas con sus paredes exteriores de lo más bonitas, luciendo todo aquello que vendían: alfombras, bolsos, platos, cuencos de decoración... Un sinfín de cosas a cada cuál más llamativa.

Todo se me antojaba...

—¿No estarás de ese tipo de antojos? —Arqueó la ceja.

—Tranquilo —sonreí con ironía—. Que pregunta de mal gusto, hijo —volteé los ojos—. Me quité de la regla hace tres días y nunca lo hice sin usar medios con nadie, solo contigo.

—Era una broma.

—No te pegaría algo raro Irene, ¿verdad? —le pregunté con retintín.

—Nunca me acosté con ella...

—¿Me estás vacilando?

—No, ¿por?

—Qué pasa ¿Qué quería llegar virgen al altar? —reí a carcajadas.

—No, que le dije que tenía un problema de próstata, que me iba a llevar un tiempo en curar y sufría muchos dolores —sonrió.

—Estás mintiéndome.

—Te juro que no...

—No eres mentiroso.

—Bueno, alguna vez es la primera vez —me apretó la nalga.

—Ethan, ¿llevas desde entonces sin hacer nada?

—Bueno, nada, nada, no. Qué con tu imagen permanente y mi manita, se resolvían en parte los problemas.

—Ay no, no me digas que te la meneabas pensando en mí —reí, pegándome a la pared de esa callejuela y cerrando las piernas porque pensé que me meaba de la risa.

—Yo no he dicho nada, a buen entendedor...

—Paso de seguir escuchando nada —dije entrando a una tienda que había una alfombra para mi pasillo que me había vuelto loca.

Me pidió cincuenta euros, no era grande, hecha a mano, pero rectangular.

Y como yo sabía lo del regateo, ahí que me lie con el pobre hombre a ponerme a rebatir el precio mientras Ethan, me miraba incrédulo.

Al final lo saqué por veinticinco ante la mirada atónita de Ethan.

—Y estos diez euros, para usted de propina —le dije, causándole una risa al pobre hombre y a Ethan.

—No te imaginaba así —dijo cuando cogió mi bolsa y salimos de allí.

—Pero soy buena gente, le di diez euros de bote —le hice un guiño.

—Estás fatal, pero me encantas.

—Y ahora vamos a ir a comprar a la tienda de los cuencos grandes de cerámica, quiero llevarme uno para la mesita de mi terracita del porche.

—¿Y dónde se supone que vamos a vivir cuando regresemos? —me preguntó cómo diciendo que todo era para mi casa.

—Pues tú en la tuya y yo en la mía, como los novios, a ver si te piensas que te vas a ganar el premio del tirón. Ahora te lo vas a tener que currar.

—Ah no, me planto en tu casa y no me mueve ni Dios, quiero estar contigo y con mis hijos.

—Pues comienza a convencerme, tienes no sé cuántos días por delante antes de que vayas a por los niños.

—Vayamos, vayamos.

—¿Yo también voy? —me eché a reír.

—Con el peligro que tienes, no te dejes sola ni para ir al baño.

—Déjate de decir tonterías que porque no hayas follado no tienes derecho a dar donde te pueden disparar —le avisé, con movimiento de cabeza incluido.

—Pasar la tarde conmigo te volvió muy cañera, muy tú —me hizo un guiño y me dejó paso para entrar en esa tienda.

—Nunca te han roto un plato en la cabeza, ¿verdad? —murmuré, acercándome a él, ya dentro de la tienda.

—El día que alguien me rompa un plato en la cabeza, sale con un bombo.

—Te vas a librar de que te lo parta, porque primero: no te quiero dejar más feo de lo que eres y segundo: el pobre hombre iba a coger un trauma de ver ese suceso —me referí al dueño de la tienda —, pero de buenas ganas te lo partía.

—¿Quieres un tercer hijo?

—Y un cuarto, quiero familia numerosa —reí y ya cogí dos platos y le pregunté el precio al hombre que nos miraba esas caras con las que nos hablamos de provocación Ethan y yo.

Veinte euros por cada uno me pidieron, pero este era un poco estúpido, tanto que me lo llevé por veinte los dos y no le dejé ni un dírham de bote.

En Marruecos, en la mayoría de los lugares te dejan pagar en euros y en su moneda nacional que son los dirhams.

Nos fuimos a cenar a una esquina preciosa que daba a la plaza, un lugar con mucho encanto y que había leído en esas novelas.

Nos atendieron muy bien y reconocieron a Ethan, les pidieron unas fotos los chicos que llevaban aquel negocio y nos invitaron a probar varias cosas, además de la cena que habíamos pedido. Por supuesto que Ethan, dejó buena propina, se habían portado muy bien con nosotros.

Nos fuimos a tomar un té a la plaza que estaba de lo más animada...

A los dos se nos veía diferente a todo este tiempo, todo estaba fluyendo, volvíamos a ser nosotros, eso que pasaba cuando él y yo, nos sentíamos viviendo ese amor tan fuerte para ambos.

—Dime que me quieres —murmuró, mientras acariciaba mi mano por debajo de la mesa y apoyada en su pierna.

—Dímelo tú —reí.

—No, me lo dices tú primero.

—¿Eres mi jefe?

—No, pero lo pedí primero.

—¿Crees que te quiero?

—Más de lo que quizás una persona pueda llegar a imaginar.

—Entonces, ¿por qué me lo pides?

—Porque hace mucho que no lo escucho de tu boca.

—Pues cuando tú me lo digas, yo te lo diré.

—Pongo a toda leche la canción de “Es el sur”.

—Te quiero más que a mi vida —murmuré riendo y pidiendo a todos los santos que no lo hiciera por nada del mundo, demasiada gente iba a romper todo el encanto de esa noche marroquí.

—Me encanta la gracia que tienes, no sabes lo que echaba de menos estas cosas tuyas.

—Pues no se notaba —sonreí con ironía.

—Luego dices que el que suelto cosas de mal gusto soy yo.

—Vas a comparar la barbaridad que soltaste con esto —reí negando.

Nos envolvimos en esa noche preciosa bajo el cielo de Chaouen, donde terminamos en la habitación amándonos de mil maneras de nuevo.

Y ahora, ¿me dejaría la vida ser feliz? Solo esperaba que sí...

—Pues no se notaba —sonreí con ironía.

—Luego dices que el que suelto cosas de mal gusto soy yo.

—Vas a comparar la barbaridad que soltaste con esto —reí negando.

Nos envolvimos en esa noche preciosa bajo el cielo de Chaouen, donde terminamos en la habitación amándonos de mil maneras de nuevo.

Y ahora, ¿me dejaría la vida ser feliz? Solo esperaba que sí...

Capítulo 36



El amor es muy bonito mientras es vivido....

Y en ese punto nos encontrábamos nosotros, viviendo un amor de esos que son de verdad, para toda la vida, aunque nosotros con nuestra suerte, hasta me daba miedo pronunciar un “para siempre”.

Llevábamos cuatro días en aquel lugar, unos días en los que no nos faltó momentos de risas, de pasión, de romance y, como no, de compras. La verdad es que tuvimos que hacernos con una maleta para ir metiendo todo lo comprado.

Esa mañana mientras desayunábamos en la plaza noté a Ethan muy pensativo, demasiado y tirando para triste.

—¿Te pasa algo cariño?

—Sí —sonrió saliendo de ese pensamiento y me miró—. Echo de menos a los niños —murmuró con tristeza.

—Y yo, mira hace cuatro días me decía que, bueno, que los echaba de menos, pero quería vivir mi momento, pero se hace pesado no verlos o besarlos. Cuando estuve en Bali, los eché mucho de menos, pero sabía que estaban contigo. Ahora es diferente.

—Muy diferente ¿Y si nos vamos para California desde aquí?

—¿Cuándo?

—En el primer vuelo que haya a partir de mañana —se rio.

—Vámonos. Ya le digo yo a Marisa que coja una copia de mi llave y la lleve Manu, por mi coche a Tarifa —reí.

Se metió corriendo a buscar vuelos y sí, encontró para el día siguiente con escala en París.

Se le iluminó la cara y es que ese hombre amaba a sus hijos con todas sus fuerzas y quería ver a su familia unida.

Al igual que yo, estaba deseando que vieran que sus padres, iban a criarlos unidos.

Ese último día compramos muchas cosas en Chaouen para llevar a sus padres de regalos, ni los habíamos avisado de que íbamos. Eso sí, sabíamos que estaban en el rancho, en la casa de Ethan con los niños y, como no, con Rafael y Ximena.

Por la noche fuimos a cenar a un restaurante precioso, era en una terraza arriba del local y mirando a la medina y a la plaza, una maravilla toda llena de velas.

—A este lugar tenemos que volver con los niños —dijo mirándome, con un brillo en los ojos precioso.

—Sí, los tenemos que traer.

—Eso sí, más en otoño, que el calor del verano aquí en la montaña es asfixiante.

—Sí —reí —, de todas formas, en verano podemos conocer Asilah, un pueblo cerca de Tánger y que está en la costa. Es precioso, tiene una medina blanca que da al mar.

—Habría que conocerla, este país atrapa.

—Muchísimo, demasiado —sonreí —. Me tiraría un mes recorriéndolo.

—Pero con los niños.

—¡Pesado! —reí —Relájate, que mañana ya estamos con ellos.

, Y vaya si estuvo pesado, esa noche le costó dormir y a las seis de la mañana estaba vestido y con todo preparado.

—Joder, hijo, parece que te han metido un cohete en el culo —dije, poniéndome el vestido y quejándome.

—Así desayunamos tranquilos.

—Sí, eso de tranquilos ya me lo conozco —negué mientras cogía el cepillo para hacerme una cola.

Desayunamos en el hotel a toda mecha, estaba de los nervios, por Dios, si perdía el avión lo tenían que meter en un hospital con un paro cardíaco.

Hicimos ese primer vuelo a París y luego nos cambiamos de aerolínea y nos montamos en el que nos llevaría directos a Los Ángeles.

—Esa azafata se va a llevar una trompada que va a tener que leer todo en Braille.

—¿Celosa?

—Solo falta que me tire la baba encima.

—Solo quería una foto.

a

—Sí, pero tampoco era necesario que te diera el pecho, por poco te lo pone de biberón —dije mirando por la ventanilla cuando despegó el avión.

Y nada, un minuto después, de nuevo ella trayéndonos la comida, éramos los únicos que íbamos en primera clase.

La sonrisa de oreja a oreja se la hubiera ampliado yo hasta la nuca, pero tenía dos niños esperándome y no era plan de acabar entre rejas.

—Te la vas a comer con la mirada.

—Mientras me la coma yo, y no tú...

—No conocía tu faceta celosa, pero me gusta.

—Ethan, no me toques las palmas que me conozco...

—Sabes que solo tengo ojos para ti.

—Más te vale.

—Dame un beso, anda.

—No, que te lo dé ella.

—No, ella no me lo tiene que dar, nadie más que tú.

—Déjame que estoy muy calentita —murmuró, cuando de nuevo se acercó esa azafata.

—¿Necesitáis algo más?

—No mujer —dije con cara de ironía—. Nos acabas de traer la comida, cuando necesitemos algo ya tocamos el botón, no es necesario que vengas cada cinco minutos.

—Entendido, gracias —dijo sonriente como si no lo hubiera entendido.

—Daniela, has sido un poco borde.

—¿Quieres que la aguante trece horas cada cinco minutos preguntando que necesitamos?

—No —me dio un beso en los labios y negó sonriendo, mientras seguía comiendo.

La chica no se enteró, os lo digo yo, no venía cada cinco minutos, pero si cada diez se hacía un paseíllo por delante nuestro para mirar si la llamábamos u observar si nos faltaba de algo ¡Qué colleja tenía!

El vuelo fue un poco largo, por no decir, infernalmente largo. Ya no sabía ni como ponerme, pese a estar en unos confortables sillones que se reclinaban hacia atrás a modo de cama.

Cuando salimos del avión, miré con una sonrisa maléfica a la azafata que parecía seguir sin entender nada.

Un taxi nos llevó al rancho después de tener a decenas de reporteros esperándonos a la salida del aeropuerto, no sabíamos quién había dado el chivatazo, pero de que lo habían dado, no me quedaba la menor duda.

Cuando esos niños que estaban jugando nos vieron bajar de ese taxi que metimos hasta el fondo... ¡Como chillaban!

Carla corrió a nuestros brazos y su madre cogió al pequeño para traérnoslo.

Fue un precioso momento, Carla era muy lista y vernos juntos ahí, la puso de lo más feliz y contenta.

Ximena lloró lo más grande al verme, se notaba que el cariño que sentía por mí era de verdad y muy grande.

Sus padres se quedaron en el rancho con nosotros esos días que pasamos en los que no es que fuéramos felices, es que los niños allí brillaban con mayor intensidad.

Aitor y Martha, vinieron varios días a comer con nosotros, ellos estaban encantados viviendo en California y Aito se sentía allí de lo más inspirado, como decía. Otros días nos fuimos con ellos a pasear y demás, pero estuvimos de lo más entretenidos en esas tierras que tanto bien nos estaban haciendo.

Ethan se desvivía por mí y los niños, ni que decir que su familia y Ximena, morían por nosotros, se les veía la felicidad en la cara teniéndonos allí.

Fueron una gozada esos días y ahí comenzamos a replantearnos la posibilidad de venimos a vivir a California.

El vuelo de regreso fue con Carla con cara de deprimida y es que en el rancho disfrutaba muchísimo y con esa gente que tanto la consentía.

Además, nosotros allí nos habíamos sentido verdaderamente como en casa.

Además, nosotros allí nos habíamos sentido verdaderamente como en casa.

Capítulo 37



Finales de agosto, un calor increíble, llevábamos ya en mi casa instalados desde que regresáramos de California. Viviendo un amor de película, no había día que no dejara de sorprenderme. Nos cuidaba como al mayor de sus tesoros.

A dos semanas de hacer las maletas e irnos a vivir a los Estados Unidos, habíamos decidido que en el rancho queríamos que los niños hicieran su vida y nosotros sacáramos adelante a nuestra familia. Además, allí había muy buenos colegios.

Ese día Ethan fue a hacer unas gestiones y vino un poco raro, yo lo conocía y se le notaba una cierta preocupación que quería ocultar, pero no, no podía.

Le pregunté en varias ocasiones si estaba bien, me besaba sonriendo, pero de forma forzada y decía que sí, pero no, no lo estaba, lo conocía demasiado.

Los dos siguientes días se fue muy temprano de la casa y regresaba a la hora de la comida, decía que estaba con sus asesores de aquí de España preparando cosas importantes de Hacienda, algo me decía que no me estaba contando la verdad.

Justo una semana antes de que nos fuéramos a California, yo tuve un compromiso con la fundación de los niños sin familia, esa mañana se quedaron a Carla y Ethan, mis amigos Manu y Marisa. Ethan seguía liado con esos papeleos que me resultaban sospechosos, como su actitud, cada vez más fría y lejana, como si todo le costara un mundo y como si no tuviera su cabeza aquí y la tuviera en otro lugar lejos de nuestra familia.

Salí temprano, ya que era en otra ciudad y además me llevaría el día entero. Ethan me dejó en la sede de la fundación donde partiría desde allí en el coche del director del centro.

Me despedí de Ethan y sentí un escalofrío por mi cuerpo, fue una sensación de lo más extraña.

Le mande dos mensajes en ese hueco de la mañana y me respondió de forma escueta, me decía a mí misma que algo estaba pasando y eso era ese sexto sentido que teníamos las mujeres.

Después de comer le puse uno que ni siquiera le entró, comencé a llamarlo y daba apagado, me comencé a preocupar demasiado.

Cuando regresé a Málaga me fui directa a mi casa, los niños se quedaban con Marisa hasta el día siguiente, se lo había pedido al regreso y es que ese día esperaba hablar con Ethan tranquilos, necesitaba muchas respuestas.

No tan grandes e inciertas como las que me encontré al llegar a casa.

Una carta sobre la mesa y el peor de mis presagios...

“Querida Daniela:

Sé que esta carta te va a doler como nunca te dolió nada, pero hay veces que la vida no te da varios caminos y solo puedes coger uno...

Por desgracia y muy a mi pesar, esta carta es de despedida, sí, jamás pensé que tuviera que escribir algo así, pero a veces la vida no te pone más alternativas que hacerlo y no me quedó otra.

Te he amado como jamás amé a nadie y sé que lo sabes, tanto como a mis dos niños, esos que me enseñaron a amar de forma incondicional y desde la inocencia que solo ellos saben tener.

Pasó algo, algo que no quiero que tengáis que afrontar ustedes, algo que solo me pertenece a mí y que quiero hacer solo, algo que no elegí, pero como ya sabes, la vida se encapricha de nuevo en separarnos, algo me dice que esta vez para siempre y que no volveré a veros en mi vida.

No he tenido el valor de despedirme de ustedes, he sido un cobarde y ahora estoy en un vuelo, muy lejos, nadie sabe dónde, nadie podrá encontrarme. Te pido que no lo hagas. El tiempo, te dará todas las respuestas.

Sé que me odiarás por haberlo hecho de esta forma, pero también sé, que es lo más saludable para nuestra familia.

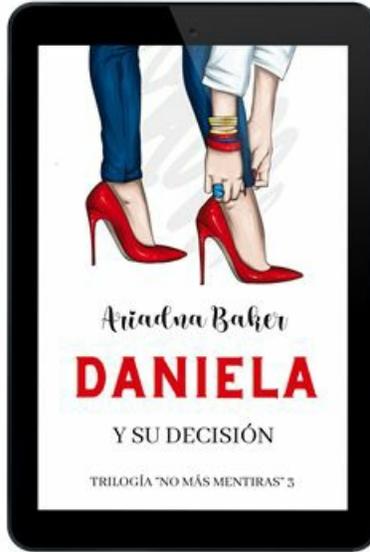
He recapacitado mucho antes de este momento, hasta que decidí que era de la única forma que podía hacerlo sin que se produjera un drama para todos nosotros. No es justo, no lo merecéis.

Os amo, siempre viviréis en mí, siempre estaréis en mi corazón, ese que solo os perteneció a ustedes...

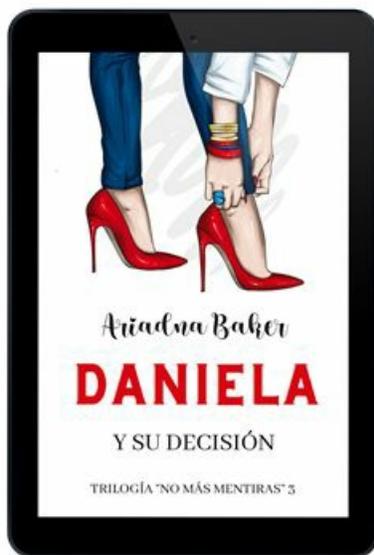
Abraza cada noche a mis hijos, los amo con todo mi corazón y a ti con toda mi alma.

Ethan”

Continuará...



Continuará...



RRSS

Facebook: [Ariadna Baker](#)

Instagram: @ariadna_baker_escritora

Amazon: relinks.me/AriadnaBaker

RRSS

Facebook: [Ariadna Baker](#)

Instagram: @ariadna_baker_escritora

Amazon: relinks.me/AriadnaBaker